



Unidad para la **Atención**  
y **Reparación Integral**  
a las Víctimas

La reparación contada en 18 historias

# Reparar para seguir



Reparar para seguir

 **PROSPERIDAD  
PARA TODOS**

Una publicación de

**Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas**

**Paula Gaviria Betancur**  
Directora General

**Carmela Serna Ríos**  
Subdirectora General

**Karen González Abril**  
Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

Redacción  
**Carlos Stivens Parra Gámez**

Fotografía  
**Rafael Ramón Espinosa**  
**Carlos Stivens Parra Gámez**

Corrección de estilo  
**Érick González G.**  
**Cesar Marín Cárdenas**

Producción editorial  
**Oficina Asesora de Comunicaciones**  
**Unidad para las Víctimas**

Impresión  
**Imprenta Nacional de Colombia**

Lea versión digital en:  
[www.unidadvictimas.gov.co](http://www.unidadvictimas.gov.co)

**Síganos en:**  
Twitter @UnidadVictimas  
Facebook: Unidad para las Víctimas  
Youtube: UPARIV

## Contenido

Una indemnización histórica .....	4
Victoria Díaz: el anhelo del retorno .....	7
Nocaut al dolor .....	10
Pequeña felicidad .....	15
El apoyo psicosocial salvó mi vida .....	17
‘Mi nombre es María Camila’: historia de una víctima LGBTI .....	21
33 días de secuestro y una vida por delante .....	24
Siempre hay tiempo para sonreír .....	27
Las estrellas vuelven a danzar sobre el cielo de Bahía Portete .....	31
Al frente de sí misma .....	35
Arte, paz y vida .....	38
Un sueño tejido a mano .....	40
Sueños sobre ruedas .....	42
Blanca Luz y su nueva cita con la vida .....	45
‘El fosforito de la esperanza’: historia de una desaparición .....	48
En Barranquilla, una mujer hizo de la bisutería una forma de vivir .....	51
“Pachera” y la música: una medida de satisfacción .....	53
Rafael Posso: memoria, amor y reconciliación .....	56

“Si sacamos adelante la Ley de Víctimas, habrá valido la pena ser Presiente”, dijo Juan Manuel Santos en agosto del 2011 ante la plenaria del Congreso. Hoy, dos años después, cuando cerca de 350 mil víctimas han sido reparadas de manera integral y cuando hemos logrado materializar este sueño en los diferentes procesos que llevamos en todo el territorio nacional, aquella consigna adquiere más sentido.

Esta revista es el reflejo de proceso como retornos y reubicaciones, estrategias de recuperación emocional, medidas de satisfacción que les han devuelto a las comunidades parte de su identidad y costumbres, acompañamiento a la inversión de recursos provenientes de indemnizaciones, bajo un esquema transformador.

Es también prueba de nuestro empeño constante en el acercamiento con la víctima, el reconocimiento y valoración de su capacidad para superar el sufrimiento, desde un trato diferencial positivo, porque bien sabemos que ninguna víctima es igual a otra, no es lo mismo una madre, una viuda, un hijo, un padre, como tampoco lo es un grupo étnico, una persona con discapacidad o una persona mayor.

En este proceso las víctimas son el centro de la política pública, no de otra manera entendemos la reparación integral. Por eso, cuentan para nosotros, para sus regiones, para el país y para la comunidad internacional.

Cuenta porque representan para Colombia parte de lo que somos y antes de ser víctimas han sido ciudadanos con derechos e identidad. Sus diálogos y costumbres, el uso de su tiempo libre, sus sueños, sus historias, ideas, fiestas, entre tantos otros valores, cuentan.

Entregamos a los lectores una recopilación de 14 historias de vida, con diferentes voces que dan razón de la importancia de haber tomado la decisión histórica de repararlas, aún en medio del conflicto armado.

Cada historia y cada voz contenida en estas páginas es un reconocimiento a su valor y queremos que sean el ejemplo para otras víctimas, de que la reparación sí es posible y de que entre todos podremos reparar a Colombia.

**Paula Gaviria Betancur**  
Directora General

Fanny del Socorro Valencia



## Una indemnización histórica

*Con 61 años aún tiene en la voz el canto del viento que brinca feliz de piedra en piedra porque la paz en San Carlos se vive nuevamente.*

**E**l 8 de octubre del 2013, Fanny del Socorro Valencia salió de su casa en la vereda El Tabor, a 30 minutos del casco urbano de San Carlos, con el propósito de hacer parte de un momento histórico para Colombia, en el que fueron entregadas por primera vez 1.858 cartas de indemnización a víctimas del desplazamiento, de las que el Presidente Juan Manuel Santos entregó 500.

Llevaba, entre nervios y ansiedad, una carta que le leería al mandatario delante de cientos de personas, que tampoco querían perderse aquel instante.

Para llegar a la Institución Educativa Joaquín Cárdenas Gómez, cuyo nombre es un homenaje póstumo a la memoria de otro sancarlitano ilustre víctima de la violencia, Fanny se despidió de Lucas y Calidoso –sus perros guardianes–, pasó los dos broches que separan su casa de la carretera central, abordó el motocarro –muy tradicional en San Carlos– y llegó a la ineludible cita.

Horas después, al frente de la multitud que rebosaba de alegría, Fanny recordó aquellos tiempos amargos del 2004, cuando debió dejar su finca y los pocos animales que permitían el sustento a ella y a Elid, su esposo.

Echó un vistazo a su memoria, cuando, hace nueve años, las balas cercenaron la vida del Presidente de la Junta de Acción Comunal de El Tabor, en una época de hechos cruentos que azotaron, sobre todo, la zona rural de San Carlos, que bien recuerda Fanny: “Por esa época mataron al líder de la zona. Y claro, la gente se llenó de miedo. Éramos como gallinitas correteando por el temor que esas cosas nos daban”.

También recordó que con la incursión de los grupos armados al margen de la ley, los campesinos perdieron más que la tierra y sus viviendas: les quitaron las costumbres y las prácticas sociales.

Fanny, por ejemplo, no volvió a escuchar en su grabadora Sony –de pilas gordas– las canciones románticas Leo Dan, Marisela y Rodolfo Aircardi, debido a los constantes anuncios exequiales que colonizaban la radio.

“Yo ya no escuchaba ni radio porque solo salían mensajes que invitaban a las honras fúnebres de fulanito y sutanito”.

De reojo, Fanny miraba a Elid, quien espera a pocos metros. Se conocieron en el Carmen de la Venta, un corregimiento de Liborina, al occidente de Antioquia, donde nació una historia de amor que ni el conflicto armado logró desbaratar. Llevan 40 años juntos y todo comenzó en un bazar, que pretendía reunir fondos para la iglesia.

“Tenía 20 años y cantaba en el coro parroquial. Yo estaba encargada de hacer las empanadas, pero mi mamá me dijo que ella las hacía y que yo fuera con él a organizar otras cosas. Ahí nos pusimos a charlar y ya, nació una bonita relación”.

Una serenata selló para siempre ese amor: “Un día, como a la una de la madrugada, él me llevó una serenata y me cantó Lunita consentida. Yo no sé cómo hizo, pero allá llegó con un músico que era ciego y me cantaron pegaditos a la ventana de la casa, cuando nadie podía subir hasta allá porque eso eran puras piedras”, asegura Fanny.

En los años 80 se fueron a vivir a San Carlos donde nacieron Nelson Hernán, Jaber Arturo, Maryi Luz y Eider Elid. En San Carlos estudiaron y de allí salieron a otras ciudades para cumplir las metas trazadas, menos Maryi Luz, que se quedó con ellos en la finca de El Tabor. Fanny no olvida los días amargos que pasó mientras uno de sus hijos prestaba el servicio militar.

“Eider pagó el servicio en la base aérea de Rionegro; pero no, eso fue muy duro, porque no podíamos verlo, él no podía venir al pueblo. Menos mal terminó allá y se puso a estudiar sistemas. Él ahora trabaja en una clínica de Medellín. Nelson trabaja en Betania, Jaber se dedicó al negocio de los zapatos y Maryi Luz es promotora en el Comité de Cafeteros de Antioquia”.

El coliseo estaba lleno y la hora había llegado. El Presidente Juan Manuel Santos estaba justo al frente de ella. Se paró con orgullo frente al micrófono y dijo con su alegre acento:

“Buenas tardes a todas y todos, en nombre de todas las víctimas de San Carlos les damos la bienvenida. Les queremos decir que las víctimas estamos con las pilas puestas, con una energía positiva para decirles que unidas sí podemos. Estamos muy agradecidas y estamos aquí con la bandera de la paz”.

Sus pulmones se hincharon de alegría, miró al Presidente y le aseguró: “Usted fue el único que se acordó de las víctimas. Por usted sentimos gratitud y cariño, porque nos reconoció, a través de la Ley 1448, como sujetos de derechos, y eso lo llevamos en el corazón”.

Al terminar su intervención le entregó al primer mandatario una semilla con la que las víctimas simbolizan la prosperidad y la esperanza para todos.

De nuevo, en su silla, vio cómo su carta causó entre la gente una emoción inmensa, tras lo cual otro momento llegó: el mismo Presidente le entregó su carta de indemnización, por lo que surcaron en su mente los meses de desplazamiento, que aunque cortos, fueron muy tristes.



San Carlos  
Octubre 8 del 2013

“Nosotros salimos y dejamos todo tirado. Nos fuimos para Medellín y llegamos al barrio Santa Cruz porque allá vivía uno de los hijos. Entonces alquilamos una piecita y nos pusimos a vivir. Todos los días nos preguntábamos por qué tuvimos que dejar la casa. Qué malo habíamos hecho”.

Al lado de este recuerdo, Fanny pensó en todo aquello que el desplazamiento le rapó a su familia y a otras que también abandonaron El Tabor.

“Lo primero que nos quitó el conflicto fue la confianza. Uno ya no podía confiar ni en los vecinos. Pero también nos arrebató la cotidianidad; mire que yo me levantaba todos los días a las 4 de la mañana a prepararles a los trabajadores su chocolatero y eso se perdió”.

Elid y otros seis o siete trabajadores, que acostumbraban a liderar las actividades en la finca, salían a las parcelas con toda la energía, pues sabían que antes de las 9 de la mañana llegaba Fanny con lo que ella llama: “un desayuno elegante”; es decir, una buena taza de chocolate, con arepas del campo y queso campesino.

“Eso también lo echábamos de menos en Medellín. Nosotros diariamente sacábamos dos litros de leche porque tenía dos vaquitas buenas pa’ ordeñar. También teníamos el quesito, y hoy tenemos unas vaquitas, pero ya no es igual”.

A los pocos meses y ya cansados de la vida en Medellín, regresaron. Fanny se estableció en el casco urbano de San Carlos por un año y Elid empezó a levantar de nuevo la finca. Hoy lidera la Asociación de Ganaderos del municipio. En el 2005, ella volvió del todo, junto a otra familia que se había desplazado a Cali.

“Nos pusimos a ‘desyerbar’ las parcelas y a levantar la finquita. Las otras familias fueron llegando y eso es muy emocionante, porque a pesar de que uno no olvida el vacío de los que ya no están, la gente ha vuelto a revivir los sueños, las casas están pintadas y han construido nuevas”.

De nuevo en el hogar, Fanny emprendió un trabajo de liderazgo social muy importante para El Tabor, donde ejerce como presidenta de la Junta desde el 2007 y también es parte de la junta zonal que coordina las veredas Puerto Rico, El Poblado, Camelias, La Rápida y Vallejuelo.

“Hemos hechos cosas muy buenas. Por ejemplo, hemos recuperado la escuela, conseguido pozos sépticos, mejorado viviendas, hemos llevado mercados a la gente de la tercera edad, entre muchas otras cosas que se me escapan”, comenta entre risas.

Con 61 años aún tiene en la voz el canto del viento que brinca feliz de piedra en piedra porque la paz en San Carlos se vive nuevamente. En su cabellera lucen frágiles lianas blancas y su menudo cuerpo, sus pasos ligeros y su alegría son el reflejo de que las cosas mejoran en el oriente antioqueño.

En aquel encuentro con el Presidente, 18 familias recibieron sentencias y títulos de sus predios y fueron restituidas más de 260 hectáreas. Fanny fue testigo del momento en el que la Unidad para las Víctimas firmó un convenio interadministrativo con municipios de Antioquia, entre ellos Granada, San Francisco, Alejandría, San Luis y San Rafael, para apoyar el retorno de familias víctimas de desplazamiento forzado.

Por su puesto que el proceso no para allí. Apenas comienza, pues la Unidad para las Víctimas tiene la meta trazada de indemnizar a 34.000 personas más en todo el oriente antioqueño, con inversiones que ascienden a 90.000 millones de pesos.

El evento en el Joaquín Cárdenas Gómez terminó y fue hora de volver a la finca. Fanny bajó de la tarima y con Elid se dirigieron al motocarro que los llevaría a El Tabor. Lucas y Calidoso los esperaban. La tarde y la noche se subieron al corredor de la casa y cerraron un nuevo día. En el próximo amanecer Elid volverá a las parcelas y ella, a su incansable liderazgo. Pronto regresarán sus hijos a pasar vacaciones y habrá lugar para contarles esta anécdota.

Fanny está segura de que volverán las navidades de los años 90, cuando toda la comunidad se congregaba y cada casa era escenario de novenas e integraciones:

“La última navidad en paz fue hace 10 años; en ese tiempo había un señor que prestaba su casa y allá amanecíamos bailando; hacíamos las novenas en las casas y preparábamos natillas, coladas, arepas y sancochos. Éramos como 70 familias, y la navidad para nosotros comenzaba el primero diciembre”.

Ya no usa su grabadora de pilas gordas. Ahora tiene una tablet con cientos de canciones para deleitarse todo un día. Ya superó su miedo a la radio y suele en las mañanas sintonizar la emisora Radio Juventud de San Carlos para reencontrarse con sus románticas canciones.

“No tengo miedo”, concluye, y de ello es testigo la noche que la ha visto pasar muchas veces con su rosario en la mano y la fe puesta en Dios. ■



Victoria Díaz

Amanece en Las Palmas, un corregimiento de San Jacinto (Bolívar), a una hora del casco urbano. Después de tres días de conmemoración de los 14 años de desplazamiento, los carros se alistan para transportar a los palmeros hacia la carretera principal donde algunos buses los llevarán a las ciudades en las que han vivido más de una década.

Entre cientos de personas está Victoria. Luce elegante, con dos estrellas que adornan sus orejas y una cadena dorada en su cuello, como si fuera un domingo y se preparara a ir de compras a San Jacinto, tal como hacía en la década del 90, antes de que las autodefensas decidieran ahuyentar a toda la población.

Es ciento por ciento palmera, y en su larga cabellera nacen los primeros hilos de plata que evidencian sus sesenta años de vida. Como todos los hijos de esa villa costeña, esta mujer creció entre el silbo de gaitas y el arrullo de acordeones y vallenatos. Hoy, pasa sus días en Barranquilla, donde vive desde octubre de 1999.

Es devota de Santa Lucía, respetada mártir que no cedió en su fe ante las amenazas contra su dignidad y su vida, “para la cual no hay elogios que sean suficientes”, según reza en su lápida, y a quien los habitantes rinden homenaje, cada 13 de diciembre, entre porros y fandangos.

Victoria, pese a vivir lejos de su tierra natal, todavía se regodea preparando el desayuno que aprendió de padres y abuelos: yuca con ñame, queso y suero.

Ella huyó de la violencia, el 28 de septiembre de 1999, con dos de sus hijos y otras 160 familias, días después de que las autodefensas asesinaran a 4 personas y poco más de un mes de que hubieran exterminado a otras 10.

## Victoria Díaz: el anhelo del retorno



Comunidad de Las Palmas (San Jacinto - Bolívar)  
Commemoración 14 años de desplazamiento

José Celestino de Ávila, un sobrino, estaba entre las víctimas mortales de aquella arremetida paramilitar.

“Ese día asesinaron a mi sobrino, José. Yo no lo podía creer. Solo me preguntaba por qué hacían cosas tan malas, por qué nos hacían esto”, recuerda Victoria.

La llegada a Las Palmas, que rezuma folclor, alegría, parranda y laboriosidad, se hace a lo largo de 15 kilómetros por una vía destapada que guarda los sollozos de aquel 28 de septiembre, pero también los amoríos y las canciones de juglares vallenatos como Julio Fontalvo, un palmero embajador de la música sabanera y compositor de canciones célebres como Río crecido, Río seco o Mírala cómo va, que han interpretado los hermanos Zuleta y los Betos, entre otros.

Por esto y muchas razones más, Victoria considera que al sacarlos de su tierra, los paramilitares también acabaron con parte de la cultura, las prácticas sociales, los juegos, las parrandas y, además, le quitaron a Las Palmas su motor económico, ya que hacia la década de los 90 este corregimiento aportaba importantes beneficios a la economía de San Jacinto, como sede de las más grandes tabacaleras y de cultivos de yuca, ñame y plátano, sin olvidar

el significativo aporte de la ganadería -porcina, ovina y bovina- y de la extracción de madera.

“La vida acá antes que llegaran ellos era muy buena. Yo me sentía muy feliz. Tenía mis tres comidas y no tenía que andar pensando en nada. A las cuatro me levantaba a barrer; tenía mis gallinas, mis cerdos. Cuando llegaba una visita, yo tenía cómo brindarle una sopa de comida. Pero ahora en la ciudad no es igual, y todo se hace con mayor esfuerzo”.

Victoria recuerda con exactitud la mañana de septiembre en la que los palmeros, niños y viejos huían para salvar su vida.

“Cuando salimos era así como hoy: había llovido también, iban a ser las seis y media de la mañana. Yo salí con mis dos hijos en una mula, pero muchas personas iban a pie. Llegué a San Jacinto y duré tres días sin poder caminar porque tenía paralizadas las piernas; creí que me iba a quedar así pa’ toda la vida”.

Desde entonces, Victoria no pisaba el suelo que la vio nacer. Incluso, en el 2010, cuando cientos de palmeros se dieron cita para conmemorar aquel hecho y recordar a sus muertos en medio del júbilo y la nostalgia, ella no pudo asistir.

Pero sí lo hizo 14 años después, el 28 de septiembre del 2013. En aquella fecha, casi 600 personas que venían de Sincelejo, Bogotá, Cartagena, Maicao y Montería, entre otras ciudades a donde llegaron luego de la incursión paramilitar, pudieron reencontrarse y hacer que la música, los abrazos y los besos volvieran a encender la vida en Las Palmas.

Durante tres días bailaron, revivieron juegos y reanudaron la alegría y las actividades sociales como las fogatas, en la misma plaza donde la comunidad fue agolpada y maltratada en su dignidad por los paramilitares. No era igual, por supuesto; casas caídas como la suya no lo permitía.

“Yo no quise ni ir a ver la casa porque me dijeron que ya estaba enmontada. Para mí fue muy duro ver la casita metida entre la maleza”.

Al salir de la misa en conmemoración de las víctimas, Victoria se paró frente a una pared blanca, a un costado de la capilla de Las Palmas, en la que el nombre de su sobrino José Celestino aparecía al lado de otros como Eustaquio Sierra, Luis Felipe de Ávila, Segundo Caro, Álvaro Caro, Alberto Castillo, Adalberto Caro, Gregorio Fontalvo, Argemiro Medina, Emma Herrera, José Celestino de Ávila, Rafael Gustavo Sie-

rra, Tomás José Bustillos, Dilia Herrera y José Clemente Sierra.

Mucha nostalgia sintió al recordar que ese mismo día en que cayeron algunos de estos hombres y mujeres, ella retó a los paramilitares.

“Cuando yo vi que sacaban a los niños del colegio y le dijeron a todo el mundo que se fuera, ya habían matado a 4 personas y ahí estaba mi José. Yo les dije que si tenían ganas de matar gente, por qué no me matan a mí también, ¡Qué pecado! ¡Qué hicieron! ¿Por qué tenemos que sufrir este percance si nosotros somos gente buena y no le hacemos daño a nadie? les gritaba”.

La tragedia de Victoria se repitió en muchos hogares. Sin embargo, ahora las condiciones están dadas para el retorno de estas familias. En marzo del 2013 inició formalmente el proceso de reparación colectiva, tras acordar con

nización, rehabilitación, satisfacción y garantías de no repetición, a la que tienen derecho las comunidades y las organizaciones o grupos sociales y políticos, afectados por el conflicto armado.

De igual forma, el retorno traerá consigo algunas obras importantes. En diciembre del 2013, según datos suministrados por la Gobernación de Bolívar, volverá el fluido eléctrico a Las Palmas. Así mismo, la Casa de la Cultura, templo de la reconstrucción histórica del corregimiento, también volverá a levantarse a finales de este año.

Además, la Unidad para las Víctimas trabaja en la elaboración del Proyecto Diseño del Acueducto, del que una vez terminado el Viceministerio de Aguas adelantará acciones necesarias para financiar la construcción.

Otra buena noticia para Victoria, es que el caso de reparación de Las Palmas está

Detrás de la música viene el recuerdo de 14 años alejados de casa. “Yo duré tres días en San Jacinto con los niños donde la señora Miriam, que era cuñada mía, pero como mataban tanta gente, porque ahí también se formaba el ‘merequetengue’, entonces dije que esta vida no la aguantaba, que no la andaba buscando, que esos tiros que se escuchaban de madrugada me ponían mal, entonces cogí los ‘chocoritos’ y me fui para Barranquilla”.

En la capital del Atlántico pasó las duras y las maduras. Y aunque estuvo a punto de obtener un subsidio de vivienda, algunas inconsistencias jurídicas impidieron que lograra su propósito.

“Allá estaban mis otros hijos, pero como donde vivían era pequeño, y ellos ya tenían sus hogares, entonces alquilé una casa y me fui a vivir allá con mis dos hijos menores. Después me salió un subsidio de vivienda, pero no lo he po-

**Yo les dije que si tenían ganas de matar gente, por qué no me matan a mí también, ¡Qué pecado! ¡Qué hicieron!**

la comunidad la voluntad del regreso y conformar el Comité de Impulso.

De acuerdo con las cifras oficiales de la Unidad para las Víctimas, en la actualidad han retornado al corregimiento 54 familias y hay 117 dispuestas a hacerlo. Victoria es una de esas mujeres cabeza de hogar que sueña con volver, levantar la casa que hoy está enmontada y retomar la venta de víveres, como en aquella época.

“Yo sí quiero retornar; si ponen la luz y arreglan la carretera yo me vengo para acá y monto otra vez mi tiendita, Vea, yo recuerdo que cada ocho días íbamos a San Jacinto a traer la remesa, vendía arroz, manteca, azúcar, es que esto acá es muy bueno”, comenta emocionada. La reparación colectiva es un componente de la reparación integral, contenido en el capítulo VII de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, que aborda medidas de restitución, indem-

focalizado en la Unidad para las Víctimas y en la Unidad de Restitución de Tierras.

“¡Ay! Es una alegría muy grande. Aunque se siente mucho dolor volver y ver que las casas están caídas. Uno se emociona, pero da mucha tristeza al ver este pueblo cómo está. Definitivamente tenemos que volver”.

Detrás de sus lentes oscuros, no solo resguarda los ojos del inclemente sol, fiel a Las Palmas. También se esconde un par de lágrimas que suelen escaparse en medio de nostálgicas tonadas que ella canta, como cantan todos los palmeros cuando evocan con fervor al maestro Julio Fontalvo:

*Por fin tú te acordaste de este pobre ser humano; eres como el invierno, que se aleja pero vuelve pa’ revivir las plantas marchitadas del verano.*

dido sacar porque el señor del proyecto después las hipotecó”.

Realizó diferentes actividades en Barranquilla y así pudo sacar a los dos pequeños adelante. Hoy, seis de sus hijos tienen hogares conformados y viven en Barranquilla. Armando —el menor— tiene una farmacia y Hugo, otro de los pequeños que vivió en carne propia el desplazamiento, trabaja en Venezuela.

Han pasado tres días y la conmemoración llega a su final. El jeep que sale hacia San Jacinto completa el cupo. Victoria suspira, mira alrededor y sonríe. Hace 14 años estaba en el mismo lugar, casi a la misma hora. No es la misma situación de entonces, y esta vez se va de Las Palmas con la seguridad de que muy pronto una llamada le advertirá que llegó la hora del regreso. ■

# Nocaut al dolor

Yovanys Mena Mosquera

**“Quiero tener una vejez tranquila, quiero un hijo y una hermosa familia, y que la Fundación esté en otros departamentos; que sea la comunidad la dueña de estos espacios, que cada habitante se adueñe de ella”.**

Uno creería que las historias de boxeadores están en los cuadriláteros, como la de los ciclistas en el lomo de su bicicleta, pero la del púgil Yovanys Mena Mosquera transcurre todos los días a lo largo y ancho del golfo de Urabá, entre bananeras, polvaredas, huidas y esperanzas.

Después de muchos años de lucha tomó una decisión que da ejemplo a otras víctimas del Urabá. Fue a la Personería y declaró su condición de víctima, tras lo cual fue incluido en el Registro, en el segundo semestre del 2013. La inspiración para hacerlo fue el mismo Presidente de la República y el proceso del cual él ha sido testigo en su departamento donde, hasta agosto de este año, habían sido indemnizadas 63.741 víctimas, de las cuales 2.051 son niños, niñas, adolescentes y jóvenes, a quienes se han creado encargos fiduciarios por más de 12 mil millones de pesos.

Además, ha visto de cerca el proceso de ocho retornos en todo Antioquia, entre los que está Apartadó como destino y de los que 8.420 hogares han sido inscritos en Familia en su Tierra y donde actualmente hay activos en proceso de acompañamiento 8.277 hogares y también ha estado al pie de la apertura de puntos de atención a víctimas en Apartadó, Arboletes, Necoclí y Turbo, que son de mucha importancia para estas comunidades.

“Yo ahora veo que acá en la subregión de Urabá hay compromiso de los gobernantes y del Presidente Santos que se atrevió a reconocer a las víctimas y a hacer cosas para que recuperemos la dignidad. Si ellos ponen su grano de arena, las víctimas ponemos el resto, porque esto es entre todos”, dice Yovanys.

Por estas razones la declaración de Yovanys no estuvo motivada por el dinero de la indemnización que recibirá, pues para él la reparación económica no lo es todo: “La plata puede acabarse. Es muy bueno que podamos por medio de la Unidad para las Víctimas recuperar a los jóvenes”. Esta es su consigna, con ella se levanta diariamente porque tiene claro que su misión es acompañar al Estado en la difícil pero interesante tarea de aportar a la reparación integral de casi 6 millones de víctimas.

Este exponente del deporte de las ‘narices chatas’, que en la piel lleva la impronta de la raza chocoana y en su voz, ese altanero y cariñoso acento antioqueño, nació en Istmina, municipio del sur de Chocó, a 75 kilómetros de Quibdó, pero fue registrado en Turbo (Antioquia), donde el mar Pacífico tiene su parque de arena y rocas.

Parte de la infancia la vivió en la zona rural de este Municipio, en el que su padre, Froilán Mena, era capataz de la finca La Manada, y su madre, Mirna Mosquera, hacía los cuidados de la casa hasta que a finales de 1987 el conflicto armado en esta región, que dañó ilusiones, empujó a sus padres, a sus nueve hermanos y a él a un largo exilio.

Casi errantes, pero orientados por la esperanza de salir adelante, la familia Mena Mosquera regresó a su lugar de origen, motivada por las convicciones religiosas de sus padres, influenciados fuertemente por la fe evangélica; aunque cuatro años después, trastearon sus ilusiones a Carepa (Antioquia), pese a las inestables condiciones de orden público, pero animados por la prometedora economía de Urabá que es tan poderosa como el acechante fenómeno de la violencia. En esos tiempos -más aciagos que los actuales-, su padre siempre se despedía para ir a trabajar como si fuera el último adiós.

Él y sus hermanos siguieron estudiando en escuelas rurales, aunque cada trayecto de ida y vuelta era siempre incierto. “Uno salía del colegio rogando a Dios llegar sano y salvo a la casa. En ese entonces opté por meterme al deporte. Y ahí vi una solución mucho más llevadera para mantenerme, disculpe la expresión, dopado de la realidad que se vivía”.

Inspirado en Mike Tyson y en boxeadores colombianos como Miguel “el Happy” Lora y Antonio Cervantes “Kid Pambelé”, inició la intrépida aventura del boxeo con el que ha podido vencer al dolor por más de 17 años, en el ring y fuera de él.

“Ellos me inspiraron, sobre todo porque en ellos veía las ganas de salir adelante para poder sacar a mi familia de esta región”, cuenta Yovanys al tiempo que recuerda sus primeros entrenamientos: “En esa época que era deportista -dice- me levantaba a las cuatro de la mañana a entrenar por las fin-



cas, por las carreteras, y de repente muchas veces me caía, y con sorpresa veía que me había tropezado con un cadáver”.

Por fortuna fue becado gracias a la intervención del rector de la escuela. Se trasladó a Apartadó e hizo del internado Hogar del Campesino su casa. Mientras tanto su familia compró vivienda en el regimiento Zungo Embarcadero, del municipio de Carepa.

Su vida cambió para siempre cuando José Luis, el hermano mayor, ingresó al Ejército, aunque su tránsito por esta etapa duró poco. “Desde ahí empezó la catástrofe en mi familia. Yo ya no pude volver a visitar a mis padres en la vereda. Luego se retiró, se vino a Apartadó y mis padres alquilaron casa en el casco urbano de Carepa”.

José Luis también había demostrado afición por las cuerdas, lo que merecía el aprecio y admiración de Jovanys. Su relación fraternal había superado la elemental asociación genealógica y filial: eran amigos. “Me gustaba salir con él a muchos lugares, pues me sentía protegido porque él era de una textura robusta, inspiraba respeto, pero también una profunda ternura”.

Por esos años, Jovanys seguía derribando competidores. Ya había sido campeón nacional cinco veces y, antes de enfrentarse al peor de sus rivales, era considerado el mejor deportista en la región de Urabá. Gracias a su dedicación integró la selección de Antioquia y luego, la Nacional.

Aquella noche en la que el cielo estiró sobre Apartadó su manto fúnebre, enterraron a José Luis y huyeron nuevamente hacia el Chocó, sin que Jovanys pudiera ver el rostro por última vez de su gigante hermano, de su cómplice de travesuras, de su amigo. Sola quedó también la casa en Carepa, porque Jovanys, a pesar de que decidió quedarse, siguió pernoctando en el Hogar juvenil Campesino.

“Yo me quedé aquí. Claro que por resultados deportivos me mandaron para Medellín. Hice cursos de locución, expresión oral positiva y fui maestro de ceremonia hasta que pude estudiar Técnica en Comunicación Social, en la academia de expresión La Palabra. Después complementé con la parte deportiva: estuve en dos selecciones preolímpicas y empecé a visitar otras culturas”.

A pesar de perder a José Luis, la campana nunca anunció el fatídico final. No pudo la muerte llegar a diez en su conteo, cuando Jovanys se levantó, y con más ímpetu continuó en el boxeo hasta cumplir 17 años, noqueando rivales, soportando golpes y raspaduras, sin perder nunca un sueño: regresar a Urabá y aportar sus conocimientos e ideas para salvar a los jóvenes de la región.

Motivado por esto se subió a un ring por última vez, en junio del 2002, en la ciudad de Pasto; luego se dedicó a entrenar jóvenes en Envigado. No obstante, algo faltaba. Pensó que la solución estaba en hacer eventos deportivos en Apartadó; entonces llevó agrandes boxeadores de Estados Unidos, sin completar sus expectativas.

**“Estoy haciendo lo que quise hacer siempre, y sé que con el apoyo del Estado podremos hacer mucho más”**

El boxeo lo formó y, como él mismo dice, lo hizo mejor persona: “Teníamos mucha rabia por dentro y teníamos que golpear algo. Y qué más sano que ir a golpear un saco, entrenar, prepararse, porque además de la parte deportiva está la parte de respeto al prójimo, el respeto a las decisiones y a las reglas”.

El sábado 12 de agosto de 1995, un gancho letal y despiadado subió desde el infierno y lo derribó: los que llamaban “traidor” a José Luis fueron a matarlo y a sentenciar a toda su familia para que se fuera de Urabá. La muerte de su hermano lo tiró en la esquina del peor cuadrilátero de su vida: el de la impotencia y el dolor.

Ahí estaba él, solo sostenido por las cuerdas o mejor de los lazos de amor fraternal hacia José Luis; el mismo con quien en la infancia esperaban a que todos en la mesa terminaran y a que su madre guardara la comida de la cena para ir a saquearla toda, aun a riesgo de que al enterarse, el castigo no se hiciera esperar.

Ese mismo sábado, Jovanys llegaba de Cartagena con el título de campeón nacional de boxeo en la categoría juvenil. “Me duché y me fui a dar vueltas con unos compañeros en el parque. Salí como a las seis y media de la tarde del hogar, cuando me dijeron que a mi hermano lo habían matado”.

“Hacía lo que hace cualquier empresario, pero no llegaba a la población objetivo, en la que estaban los niños, que por situaciones de desplazamiento y pobreza no podían acceder a esos sitios”.

Se bajó del cuadrilátero para iniciar una bonita historia. Empezó a trabajar en programas sociales para brindar orientación a los jóvenes y ayudar a evitar que cayeran en el abandono. Para estos fines buscó apoyo del Estado y del sector privado. De un momento a otro, el excampeón suramericano y nacional de boxeo decidió dedicar sus días a salvar jóvenes de las fauces del conflicto.

En este contexto nació Recreando Urabá, una fundación que contribuye a que los jóvenes encuentren mejores opciones de vida. Allí, Jovanys Mena lidera actividades sociales y deportivas en los 14 municipios que conforman el Urabá antioqueño.

“A mí me motivaron muchas cosas, pero en especial el poder superar las secuelas irreparables que dejó la violencia en la región, sobre todo a los niños y a los jóvenes que tuvieron que criarse sin el papá o sin los hermanos”.

En Recreando Urabá se recuperan espacios de tejido social. Actualmente, trabaja con seis líneas de atención, de acuer-



*Jovanys junto a Diana Cristina Hernández, en el I Encuentro de periodistas comunitarios y Reparación Integral a las Víctimas.*

do con las necesidades de la comunidad: deporte, recreación, cultura, medio ambiente, salud y belleza. Allí llegan niños y jóvenes que pueden divertirse, y, lo mejor, también se integran los padres. “Queremos que Recreando Urabá sea en el 2020 una de las fundaciones que más aporte a la reconstrucción del tejido social en la que los jóvenes le digan NO a la violencia”, asegura Jovanys.

Como todo tiene una motivación en la vida, la de este joven de 36 años es una especie de recompensa por lo que una vez hicieron con él, pues considera que si no hubiese sido por el deporte tal vez no estaría contando esta historia, y su nombre solo aparecería en los millones de epitafios que ha dejado el conflicto en Colombia. “De alguna manera estoy contribuyendo a eso que a mí me salvó en épocas pasadas”.

Poco a poco el grupo fue creciendo, y gracias a la aceptación, empezaron a conquistar otros lugares. Con una estrategia clara de no pelear con la delincuencia y, en cambio, aportar a la paz, la Fundación Recreando Urabá se dedica a entregar un mensaje de esperanza que ha tenido el apoyo de pastores, psicólogos, profesionales de diferentes áreas y la fuerza pública.

Los eventos tienen un costo, por lo que Jovanys procura no detenerse y gestionar por todos lados el respaldo económico o en especie para seguir adelante con esta bella iniciativa. Finalmente, es lo que lo satisface:

“Estoy haciendo lo que quise hacer siempre, y sé que con el apoyo del Estado podremos hacer mucho más”. En la actualidad, Recreando Urabá realiza jornadas hasta con 60 odontólogos y con un mínimo de 200 personas, entre artistas y profesionales de distintas áreas. Sus actividades se han realizado cada quince días, pero la meta es poder hacerlo cada ocho días.

Hoy, Jovanys ve realizado parte de su sueño. A diferencia de otros tiempos, ahora en la región de Urabá se está viviendo un panorama de tranquilidad: los niños salen sin tanto temor y los habitantes anhelan que continúe así para que los vientos que golpean las casas solo sean aquellos provenientes del mar.

A veces Jovanys deja de lado este arduo trabajo y se detiene a pensar en la vida que quiere construir en familia: “quiero tener una vejez tranquila, quiero un hijo y una hermosa familia, y que la Fundación esté en otros departamentos; que sea la comunidad la dueña de estos espacios, que cada habitante se adueñe de ella”.

Después de su carrera en el boxeo, después de acariciar los triunfos, después de huir, de volver, de soñar y llorar con la misma fuerza, Jovanys sigue su paso, esta vez, con más confianza hacia el Estado. ■

Margarita Pino



*La casita de plástico y madera de Brisas del Bernal de 1999 se convirtió en una modesta pero agradable vivienda de cemento de dos pisos, con un balcón donde a veces Margarita se asoma a recordar y a agradecerle a la vida.*

Los bolsos en pindo y fique casi dominan el mercado de las artesanías colombianas, debido a la proliferación cultural y a la diversidad de costumbres y formas de vida del país. Nadie niega su valor estético, producto de la apropiada amalgama de colores, la armonía de los trazos y la dedicación en su fabricación, pues por tratarse de manualidades exigen la puesta en escena de mucho amor, paciencia y talento.

Estas cualidades las reúne Margarita Pino, originaria de San Agustín, quien tras sufrir el desplazamiento en la zona rural de Camelias, al norte del Huila, se refugió en este arte para encontrar una forma de vivir en paz al lado de su familia, de su esposo Guillermo, sus tres hijas hermosas: Lina de 21; Cristina de 17, Johana de 15 y Bolly, un perro criollo de tamaño mediano, que por azar llegó a su casa, y que esperan, los acompañe mucho tiempo.

Ama a las mujeres de su hogar, pero tiene una conexión especial con Johana, la menor, quien antes de nacer sabía lo que era caminar de noche, sabía lo que se siente huir y pernoctar en lugares inhóspitos. Claro que eso no preocupa a Margarita. Ella sospecha que la pequeña sabrá levantarse en la vida cuantas veces las inefables piedras del destino lo obliguen. Un buen ejemplo es su vida actual, pues cursa once grado en un colegio popular de Neiva y sueña formarse profesionalmente.

Esto tiene su razón de ser: la noche del 30 de junio de 1998, cuando debieron salir de la finca y caminar más de tres horas hasta llegar al casco urbano de Camelias, Margarita estaba a punto de “aliviarse” -como dicen en esta región- para referirse a las mujeres que darán a luz. En su vientre iba la niña.

“Por esos días pasaron cosas terribles. A un tío de mi esposo lo decapitaron y empacaron su cabeza en una bolsa negra, que dejaron en la puerta de la finca para que la esposa del señor la viera”, cuenta Margarita.

Mientras esto ocurría en Camelias, Guillermo perdía su trabajo en Batata, a 20 minutos de Neiva, donde se desempeñaba como conductor de volquetas del municipio. Esto fue el principio del fin para la familia.

“La viuda se fue de la finca y como sabía que no podía volver por allá, nos la dio. Luego, cuando ya estuvimos allá, nos dijo que nos quedáramos con el predio”.

Al comienzo las cosas iban bien. Obtenían del campo justo lo que requerían para el sustento: ejercían la ganadería, cultivaban café, maracuyá, plátano, yuca y otros alimentos.

Esta paz fue quebrantada cuando un sobrino de Guillermo fue reclutado por la guerrilla y luego de seis meses de permanecer con el grupo armado, huyó.

“El muchacho llegó huyendo a la finca, desnudo y sin zapatos. Nosotros lo mandamos para la Policía y luego para el Batallón. Pero esos tipos llegaron después a decirnos que lo devolvieramos. Nos dieron tres días para llevárselo”.

Pero no pasó una hora desde ese momento, cuando la familia salió sin pensarlo hacia Camelias. “Salimos con lo que teníamos puesto. No nos llevamos nada. Mi esposo cogió a las dos niñas y una maleta, y yo, como estaba en embarazo, no pude ayudarlo con nada”.

Al siguiente día, en la mañana, pusieron la denuncia en la Alcaldía. “Después de poner el denuncia fuimos don-

de unos conocidos, les pedimos plata prestada y arrancamos en el primer bus que vimos para Neiva”.

En la capital del Huila los esperaba la mamá de Guillermo, que vivía en el barrio Los Tunjos. Era una casa pequeña y no le cabía una persona más. Sin embargo, en medio de las incomodidades causadas por la estrechez de la vivienda, permanecieron allí tres meses.

Justo al mes siguiente, Johana, que había soportado desde el vientre el escandaloso dolor del desplazamiento y que había llevado consigo el ruido de la noche del 30 de junio, decidió nacer antes de lo estimado.

“Fue un parto diferente al resto. Como a mí siempre me daba tan duro lo de las niñas, mi esposo me mandaba con anterioridad a donde su mamá para que yo preparara los partos, pero esa vez no tuvimos tiempo de nada. Es más, a mí nunca me dieron dolores, ni me hinché ni nada, cuando de repente...”

El estrés, la ansiedad y el miedo que sentía Margarita porque en cualquier momento vendrían a matarlos, le produjo el inesperado parto que trajo consecuencias graves para la salud de la niña. “Johana nació mal. Estuvo en la incubadora un mes porque nació antes de tiempo y no se le habían desarrollado los pulmones”.

Ya la casa de Los Tunjos no daba abasto y Margarita actuó: se inscribió en una asociación de desplazados con la que presionaron al gobierno local para que les ayudara con un lote donde pudieran construir la vivienda.

“Nosotros cogimos las riendas del proceso y nos aventamos. Vivimos debajo del puente El Arenoso más o menos cuatro meses. Allá descubrí la solidaridad del pueblo opita”.

# Pequeña felicidad

\* Los nombres de esta historia han sido cambiados para proteger la integridad de la víctima.



Margarita, en el I Encuentro de periodistas comunitarios y Reparación Integral a las Víctimas.

La lucha por subsistir no la detuvo hasta que el 6 de febrero de 1999, después de pasar muchas dificultades, el grupo se instaló en el sitio conocido como “Los Patios”, adonde solían llevar los carros y motos en pleitos.

“Me acuerdo mucho esa fecha porque ese mismo día cumplió años. Recuerdo también que al principio la Policía intentó sacarnos pero se cansaron de molestarnos y nos quedamos”.

Los primeros años de la década del 2000 no fueron fáciles. Guillermo no conseguía trabajo estable y Margarita debió dedicarse a lavar ropa en casas ajenas. Las jornadas eran largas, iniciaban a las 7 de la mañana y terminaban a las 8 de la noche. “Yo me cansé de eso. Sentí que me estaban explotando porque tenía que dejar a mis hijas todo el día prácticamente solas y solo me pagaban 10 mil pesos”.

No dudó en ingresar al Sena a un curso de manualidades. Junto a ella ingresaron 50 mujeres, pero en el camino algunas se rezagaron y solo terminaron 20. Las mujeres que llegaron al final conformaron una asociación de artesanas, todas residentes en el barrio Brisas del Bernal. Comenzaron con materiales básicos y un par de máquinas planas. Esto ocurrió en el año 2007, y desde entonces no pasa un día en la vida de Margarita en el que no haga al menos un bolso.

“Lo primero que hay que hacer es comprar la fibra. Uno llama a Santander y

pide que le manden los rollos. La traigo de allá porque es la mejor del país. Cuando me llega, lo que hago es separarla por colores y empezar a ver cuáles combinan mejor”.

El tejido es manual, lo único que necesita máquina son las costuras de bolsillos, cremalleras y adornos, como los botones de chonta -propios del Chocó-, que usa para algunos bolsos. “Claro está que el pindo lo puedo cambiar por cuero, pero perdería su valor artesanal y se pondría más caro”.

Margarita ha querido que este arte se convierta en un asunto familiar, pero ha tenido poco eco en las hijas, quienes, a pesar de saberlo, no le prestan la misma atención. “Ellas saben coser, yo les enseñé, pero nos les gusta”.

Poco a poco se han recuperado de aquel pasado que los dejó prácticamente en la calle. Guillermo ha tenido más suerte en sus trabajos recientes y la venta de los bolsos les ha permitido ayudar a levantar el hogar. Lina se casó y Cristina estudia Enfermería. La casita de plástico y madera de Brisas del Bernal de 1999 se convirtió en una modesta pero agradable vivienda de cemento de dos pisos, con un balcón donde a veces Margarita se asoma a recordar y a agradecerle a la vida.

“No es nada de lo que era. Eso era un lugar tenebroso, con una pieza abajo y la cocina. No existía el segundo piso”. Pero sus reflexiones duran poco, pues afuera la esperan sus clientes.

“Yo le vendo a las señoras de la Gobernación, de la Secretaría de Turismo, a las profesoras, así. También a gente de Cali, Pereira y Manizales. Ellos me hacen el pedido, mandan la plata y nosotros enviamos los bolsos”.

Margarita es una mujer alegre. Se le ve cuando habla del negocio de los bolsos: “Quiero que esto se ponga grande, es que a mí me gusta. Quiero dar empleo a gente que no ha podido trabajar, enseñarles. Hacer muchas cosas”, expresa con ilusión.

Sin embargo, es consciente del reto diario, y a pesar de que en el camino ha habido situaciones de inestabilidad, espera paciente su indemnización. Aclara que sueña con que más mujeres se sumen a este trabajo y fortalecerse. “De las 50 que iniciamos solo quedamos 20, y peor aún, de las 20 algunas han ido quedándose por cuestiones de salud”, dice.

Así pasa los días y las noches esta mujer en compañía de su familia. Su carácter es firme, sus palabras suaves y su amor, indefinible. No es fácil que la convengan de comer un pescado distinto del bocachico. Eso lo saben Guillermo y las niñas, porque ya lo han intentado en los días de la madre que no descuidan en celebrarle. En las mañanas mientras cose, escucha baladas de los años 70’, sobre todo de Camilo Sesto, el cantante y compositor español, en la emisora HJDOBLE K de Neiva.

Sabe que la vida premia las buenas acciones y que verá en sus hijas reflejados los sueños que ella quizás no pudo cumplir. Por lo pronto sale a caminar, como lo hace desde hace ya tiempo a las 4 de la mañana, porque el médico le recetó hacerlo como medida de prevención de la tensión. Así mantiene el dinamismo.

Llega de caminar, prepara el desayuno, se atalaja y prepara la salida. Entre las rejas del balcón, Bolly bate su cola: esto es suficiente para salir con toda la fuerza, pues en la gran urbe la espera un nuevo día y otra nueva “pequeña felicidad”. ■

## El apoyo psicosocial salvó mi vida

\* Los nombres de esta historia han sido cambiados para proteger la integridad de la víctima.

**“Ese fusil se veía gigante. Pensé que ese señor me iba a matar. No sabía si correr, gritar. Solo me quedé quieto”**

Cristóbal Fuentes repasa la investigación que ha estado haciendo los últimos tres años sobre el conflicto armado y la dinámica del narcotráfico, como una manera de aportar a la reconstrucción de la memoria histórica de una guerra que ferozmente atacó su integridad moral un día de 1999 y que por poco lo lleva al suicidio y a la marginación social.

Las vacaciones escolares iban viento en popa: nada de profesores, tareas y lecciones; pero la vida, con una salida de tono inimaginable, echaría por la borda cualquier alegría.

En la finca de la familia Fuentes Galvis estaba Cristóbal con sus dos hermanas. Gabriel Fuentes y Luz Galvis, sus padres no estaban aquel día en el que un niño de 11 años fue humillado en el más ruidoso silencio, en el más escandaloso teatro de la infamia.

Un hombre con acento costeño golpeó la puerta y preguntó:

—¿Qué familia es esta?

—Fuentes Galvis – y asomó, desde el pórtico, la voz de un niño de 11 años.



Panorámica zona rural de Tuluá - Valle del Cauca

El hombre enrolló las hojas y llamó al resto de la tropa conformada por 15 personas que se identificaron como miembros de las AUC. Esa noche pernoctaron allí.

“La mayoría eran costeños. A los pocos días llegaron más señores de esos. Nos pedían agua y luz para cargar los teléfonos”, recuerda Cristóbal.

Por casi dos semanas los niños compartieron la sala de su casa con el comandante de aquella cuadrilla paramilitar. En el rincón de la sala, junto a la escoba, se sentía la gélida respiración de los fusiles.

La rutina en la finca cambió. Nada fue lo que era antes. Los pequeños les llevaban agua, víveres y les preparaban café. Pero una mañana de lunes, cuando las primeras horas transcurrían por la zona rural del municipio Tulipá, a treinta minutos de Cali, un paramilitar a quien apodaban ‘Guerrillo’, porque decían que había pertenecido al EPL, miró de frente a Cristóbal y mientras apoyaba sus manos en la boquilla del fusil, lo llamó.

“Me dijo que le trajera agua. Fui corriendo y se la traje. Entonces me dijo que me quedara con él. Yo no quise y se enojó”.

La siguiente imagen que vio Cristóbal y que todavía no olvida fue la punta plateada de un AK 47 apuntándole, con la boquilla despicada, como quedaría la moral de Cristóbal luego de que lo obligara a entrar en el cuarto de las herramientas y abusara de él.

“Ese fusil se veía gigante. Pensé que ese señor me iba a matar. No sabía si correr, gritar. Solo me quedé quieto”.

“Me violó”, afirma Cristóbal. Lo siguiente fue silencio... ‘Guerrillo’ había abusado sexualmente de un niño de 11 años, a quien la vida hasta entonces solo le había enseñado los tropiezos de sus carreras por el campo y de sus aventuras por el río.

“Entré en ‘shock’. Tuve mucho estrés y la sensación de suciedad. Sentí que tenía mugre, que no estaba limpio”.

Los primeros días, el joven se bañaba con límpido para intentar quitarse de encima lo que él llama ‘suciedad’. Pero el peor daño vino después, cuando empezó a sentir que su vida no valía nada y que su cuerpo era un objeto. Como pudo terminó séptimo grado aun siendo el mejor estudiante del curso.

“Desarrollé un odio visceral por los costeños y en especial por los paramilitares. Incluso tuve una época en la que tomé pastillas para suicidarme, y por muchos años mantuve en silencio lo que me había pasado. Tal vez por temor al rechazo y por vergüenza”.

El buen estudiante de otrora se había convertido en un joven hosco y solitario. Con solo 12 años y forzado a estudiar octavo grado, Cristóbal se alejó de los amigos y de la familia. En casa pensaron que andaba por la senda de la drogadicción.

“Eso es algo que cambia la vida. Yo me acuerdo que en séptimo fui el mejor estudiante y en noveno, el peor. Perdí todas las materias y las ‘profes’ me preguntaban qué me pasaba, pero mi silencio fue mayor”.

—¿Por qué a mí?— se preguntaba este joven nacido en el campo, que solía jugar por los potreros con toda libertad.

“Antes de lo que me pasó yo caminaba por los campos libremente, pero vino un tiempo en que ir a la escuela daba miedo”, dice hoy a sus 27 años, al recordar aquella época en que soñaba ser futbolista y que como cualquier niño posponía el almuerzo por ir tras el balón.

Sin embargo, al pasar por los campos de Tulipá, recuerda a su profesora de humanidades, quien significó mucho para su formación.

“Recuerdo con mucho afecto a la profesora Carmenza, ya que ella siempre me valoraba. Y decía que yo tenía talento para las humanidades”, comenta.

El abuso sexual que sufrió Cristóbal quebró su infancia, pero no algunos momentos mágicos que a pesar de ser consciente de que no volverán, sonríe al recordarlos.

“Un día un amiguito llevó a la vereda un nintendo y eso fue una emoción muy grande, yo nunca había visto algo así, tanto que me volví aficionado a los juegos”.

Al escarbar en ese recuerdo apareció otro, el de Guillermo, su mejor amigo: “Con él hacíamos todas las travesuras del mundo. Íbamos mucho al río y sacábamos unos pescaditos muy pequeños. Cómo olvidar el día que cogimos a pedradas un nido de avispas y nos picaron”.

A cada paso Cristóbal reconstruye una parte de su vida. En esas reminiscencias aparecen Gabriel Fuentes y Luz Galvis, cuando no se conocían, cuando ella era la más bonita del pueblo y él cultivaba café en las empinadas montañas del oriente de Caldas.

Hacia la década de los 80, cuando el conflicto en el Valle del Cauca empezó a tomar fuerza y la presencia de las Farc se acentuaba en sitios como Buenaventura, Bugalagrande, Cali, Dagua, El Águila, Florida, Jamundí, Obando, Palmira, Pradera y Tuluá, a muchos kilómetros de allí, Gabriel Fuentes emprendió un viaje por esa región. Así llegó este agricultor a Tulipá, proveniente de una tierra fecunda de ensueños y flores, como describen las letras del himno del municipio de Pensilvania, donde conocería a Luz.

## “Entré en ‘shock’. Tuve mucho estrés y la sensación de suciedad. Sentí que tenía mugre, que no estaba limpio”.

“Mi padre es un gran hombre. Es un campesino puro que nunca fue a la escuela, pero con una mente brillante. Como buen caldense se dedicó a cultivar la tierra y a enamorar a mi mamá”.

Los años fueron pasando y en medio de las sombras de la violación logró terminar la secundaria. “Fue en el 2005. Estaban mis padres conmigo. Fue chévere, porque pude terminar una etapa muy dura”, dice con orgullo.

Sin embargo, solo hasta el 2007 pudo ingresar a la universidad. En los 24 meses que se marginó del estudio siguió con las tareas del campo. Limpiaba la maleza que dañaba los cultivos con la fiereza que significaba limpiar su cuerpo.

“En mi cuerpo había maleza y nubes grises. Y a pesar de que no me quedó ningún trauma físico, quizás la carga emocional fue más grave que la misma carga física”, confirma sin espacio a dudas.

Con un crédito ingresó a la universidad y estudió Derecho, lo que significó para este joven un cambio total en su forma de ver el mundo. “Para mí fue motivo de orgullo pues fui el único campesino que ingresó a esa universidad”.

Pero en el 2010, los problemas económicos lo obligaron a retirarse. Con solo la mitad de su pregrado en Derecho siguió

adelante la vida, sin olvidar lo que aquella universidad le había entregado a su proceso de recuperación afectiva.

“En la U me la pasaba en concursos. Varias veces gané premios de argumentación y oratoria cuando competía con otras universidades. Esos momentos antes de subirme a la tarima eran sublimes”.

Las dificultades económicas no lo frenaron. Si no lo hizo aquel episodio del 99 que no le alcanzó a tocar toda el alma, en la vida nada podría detenerlo. De manera autónoma siguió estudiando Derecho y empezó a ver de cerca todos los debates que por el año 2011 se llevaron a cabo en el Congreso de la República sobre la Ley 1448.

“Me la pasaba viendo Señal Colombia. Por ahí fue que vi los primeros debates de la Ley de Víctimas. Pros y contras iban y venían, pero me dio mucha alegría cuando el Presidente Santos dijo: ‘Hagámosla’. Cuando vi lo que él se proponía con esa Ley me esperancé”.

Al mismo tiempo se entregó a la lectura, hábito que se convirtió en el bálsamo de Cristóbal para ahuyentar el odio y la depresión.

Ya con todo el aparato del Estado al servicio de las víctimas, sintió que no estaba solo. “Saqué valor –comenta– y fui a declarar”. Era el 19 de julio de 2012, 13 años después del día en el que sintió que no valía nada.

“Hacía frío. Era demencial. Pero me armé de valor, fui a la Personería y conté mi caso. La funcionaria que me atendió me ayudó mucho, me escuchó, no me criticó, no me condenó y yo no oculté ni una palabra de lo sucedido”.

“Al comienzo fue difícil porque no hubo respuesta rápida. Fui varias veces a la Personería, pero nada. El 4 de febrero del año pasado llamé y vaya sorpresa: había sido incluido en el Registro Único de Víctimas”.

Parte de su recuperación emocional se dio gracias al acompañamiento psicosocial de la Unidad para las Víctimas, que en el 2012 brindó apoyo a 1.708 víctimas y hasta agosto del 2013 llevaba cerca de 2.500 personas asistidas, en todo el Valle del Cauca.

A través de sus sesiones con los profesionales de psicología ha podido rescatar esas cosas que lo han motivado siempre en la vida, como su amor por la familia, el trabajo, el campo.

Cristóbal ha representado de muchas formas su sufrimiento, ha validado la experiencia como sobreviviente de un atentado a su dignidad, que sin dejar huellas visibles en el cuerpo, tatuó profundas heridas en el alma.

Todo esto se logró gracias a que la Ley de Víctimas contempla un programa de atención integral con enfoque psicosocial

que le ayuda a los sobrevivientes a su integración social, de mucha utilidad, sobre todo, cuando se trata de delitos contra la libertad, integridad y formación sexual.

Del mismo modo, su reparación estuvo marcada por la medida de rehabilitación que de acuerdo con la Ley 1448 de 2011 “consiste en el conjunto de estrategias, planes, programas y acciones de carácter jurídico, médico, psicológico y social, dirigidos al restablecimiento de las condiciones físicas y psicosociales de las víctimas”.

Para Cristóbal, para más de 3.300 víctimas de delitos contra la integridad sexual y para las casi 6 millones de víctimas registradas en Colombia, el Gobierno Nacional diseñó el Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas del Conflicto (PAPSIVI), que además de reconocer su calidad como sujeto de derecho, reconoce el impacto psicosocial derivado de la victimización con un enfoque diferencial en el que prevalece su orientación sexual, pertenencia étnica, discapacidad, entre otros factores.

En lo relacionado con el componente psicosocial, se cuenta con 126 equipos interdisciplinarios, lo que equivale a 550 profesionales de ramas como las ciencias sociales humanas y de la salud, distribuidas en 17 departamentos, 230 municipios y en Bogotá.

Además, Cristóbal recibirá su indemnización administrativa este año. Sin embargo, para él, su reparación fue distinta. El sentirse escuchado, asistir a las terapias de recuperación emocional, poder contar y revivir los hechos, le ha servido para depurar el dolor y espantar los miedos.

“Hay algo más que el dinero; en mi caso, fue el apoyo psicosocial, porque creo que el solo hecho de que a las víctimas se les tenga en cuenta, se les escuche, se les haga sentir como actores válidos, con voz y sueños, eso ya es muy importante”.

Hoy, Cristóbal tiene de nuevo sueños y proyectos e invita a que más víctimas del conflicto que no han declarado pierdan el miedo y lo hagan. “Es duro dejar a un lado la pena, la vergüenza, pero hacerlo es muy importante”.

Además tiene confianza en las instituciones y es un ejemplo de vida para más de 3.301 mil víctimas de delitos contra la integridad sexual en Colombia.

Con las terapias de apoyo psicosocial, rompió el silencio en la casa. Tardó mucho tiempo para contárselo a su novia Laura, quien lo ha acompañado en todo el proceso.

Hoy Gabriel está viejo y ya no vive con Luz. Las hermanas de Cristóbal construyen sus propias vidas y él, aún limpia -ya no con objetos, sino con el corazón- sus estados emocionales y afectivos.

Por lo pronto sale a caminar por el campo como ya casi ningún joven suele hacer. Mira el sol que barre los escombros de la noche en Tulipá y se detiene a ver las montañas donde guarda una historia de dolor y esperanza. Sabe que el camino será largo. Que todavía quedan heridas por cerrar, pero que con el apoyo que recibe del Estado y el programa de atención psicosocial volverá a ser el ‘pilo’ de séptimo grado cuando las profesoras se sorprendían de su intelecto y dedicación. ■

## María Camila Rojas

Al cumplir 18 años María Camila guardó para siempre en el olvido el nombre masculino con el que la familia Rojas Vanegas la bautizó, con el que escribieron sus calificaciones en la escuela, con el que amigos y amigas de la infancia la invitaron a tantos juegos, con el que tuvo una vida antes de encontrar su orientación de género.

“Yo desde los 12 años ya me vestía como mujer. Al principio, en la escuela, en medio de la ignorancia, los niños me ofendían y me hacían sentir mal. Cumplí los 18 años y me cambié el nombre. Fui a la Registraduría y anulé el registro anterior”, comenta mientras aparece en su rostro una sonrisa pícarona que connota orgullo y altivez, porque hoy, a sus 23 años, con una vida afectiva y económica establecida, tiene la tranquilidad de haber tomado el camino correcto”.

Ella es una mujer transgénero y pertenece a un universo humano incomprendido, no por “la ignorancia infantil” -como ella diría-, sino por causa de la incapacidad que tiene la sociedad para reconocer los valores de la diversidad.

Al igual que casi 400 víctimas más incluídas en el Registro Único de Víctimas (RUV), de un total de 536 valoradas hasta agosto de 2013, en el marco de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, María Camila hace parte de la comunidad LGBTI, en la que se encuentran lesbianas, gays, bisexuales, transgeneristas e intersexuales. Ella fue incluída en el 2011 en el RUV por desplazamiento y ya obtuvo sus primeras ayudas humanitarias.

‘Mi nombre es María Camila’:  
historia de una víctima LGBTI

La sigla LGBTI es una manera de autodeterminación de las personas con orientaciones sexuales y de género diversos que hacia los años 90 hizo énfasis en la llamada "comunidad gay". Cualquier explicación sería posible, pero María Camila las resume en una frase:

"Yo considero que el chico gay nace como hombre y siente atracción por su mismo sexo y no se siente mal con su vestimenta de hombre. La 'mujer trans' es diferente, pues desde que tengo uso de razón tengo sexo de hombre y gustos de mujer".

Expresar esa diferencia no ha sido fácil, y quizás uno de los días más difíciles fue cuando decidió contárselo a sus padres.

"Primero le conté a mi mamá y ella se puso a llorar, pero tuve de su parte mucha comprensión. Ella le contó luego a mi papá y, a pesar de que veníamos de esa cultura machista, él lo aceptó muy normalmente".

Sin embargo, aquel reto fue inferior al que enfrentó en diciembre del 2008 al terminar su bachillerato, cuando debió sobrevivir al conflicto armado que se ensañaría con otras 'mujeres trans', en Dabeiba, y la obligaría a marcharse del pueblo en la más profunda incertidumbre.

"Habían matado a una amiga y le habían dado una paliza a otra que se tuvo que ir. Yo les dije a mis papás que no iba a quedarme esperando a que me mataran. Entonces me fui para Medellín".

A la media noche de un día que prefiere no recordar, tomó su maleta y se desplazó a la capital de Antioquia. Lo hizo junto a un primo que traía maderas de Mutatá.

Antes de salir se despidió de sus padres, de su hermano mayor, de amigos y amigas y -por supuesto- de Sandra, la dueña del salón de belleza donde ella había hecho sus primeros trabajos como estilista, tras un curso que Ermel Antonio, su padre, le había pagado.

"En la casa la situación era muy dura a raíz de la violencia. Mi papá se ganaba la vida en una escalera o 'chiva' -como le dicen en otras partes de Colombia- y mi mamá era ama de casa. Entonces, cuando yo tenía 14 años, él me matriculó en una academia.

-Yo sé que no voy a poder ayudarlo más adelante con una carrera profesional-, me dijo el día que me inscribí".

El desfile de despedidas y buenos deseos lo decoró su primo con una frase muy coloquial:

-Listo pelada, no la quiero ver llegar con las manos vacías. Quiero que le calle la boca a la gente que piensa que las 'trans' no sirven para nada-, le dijo con una entonación más afín a una orden.

En la madrugada, el camión se detuvo en un sector de Medellín, cuyo nombre parecía confabularse con su situación: Barrio Triste.

"Para mí, el 2009 y el 2011 fueron muy duros por la cuestión económica. Al principio llegué a una casa de familia donde vivían 15 personas, pero a los tres meses me aburrí y me fui a vivir sola a una pieza".

La contienda por el empleo terminó en una sala de belleza del centro de la ciudad, en la que se desempeñó como estilista hace 4 años y donde le pasó la tijera a ese oscuro recuerdo de Dabeiba y al rechazo de algunos salones que, paradójicamente, preferían otro tipo de orientaciones.

"Entrar no fue fácil, ya que en la mayoría de salones de belleza decían que solo recibían lesbianas o gays".

Entre secadores, cepilladas y cortes, el amor acudió a su vida. Ahora, su existencia se bambolea entre el salón de belleza y sus labores como ama de casa.

"Por lo general, a las 4 de la mañana despacho a mi esposo y me acuesto otro rato hasta las 7. Arreglo la casa, me alisto y a las 10 me voy para el trabajo. Llego a las 8 de la noche y dejo listo lo del día siguiente".

A pesar de que biológicamente María Camila no puede concebir, sí sueña con tener una familia:

"Sí he pensado en adoptar un hijo, pero es un proyecto que tengo a largo plazo. Me gustaría poder darle todo mi amor y sacarlo adelante".

La vida en Medellín tuvo sinsabores, y en muchas ocasiones intentó justificar lo injustificable: que a causa de su orientación de género, le habían pasado aquellas cosas.

"Muchas veces me sentí mal por ser como era, porque pensaba que si no hubiera nacido en el medio del género, me hubiera ahorrado los problemas, como la vez que estaba en la Avenida Oriental de Medellín y un tipo me hizo

"Cuando puedo voy al pueblo y me encuentro con mi familia. Mi hermano mayor terminó el Ejército y ahora va a ingresar a la Sijín. Como tenemos otro hermanito de 9 años, entonces en las vacaciones lo traen a Medellín".

Otras sorpresas vinieron a su vida. Gracias a la complicidad del destino, María Camila actuó en tres capítulos de la famosa telenovela colombiana El Joe, la leyenda, en la que interpretó a un controvertido travesti. Allí se dio cuenta que tenía un talento escondido con el que espera alargar la melena dorada de los sueños.

"Estoy esperando que seleccionen a los que hicimos el casting para una película colombiana, aunque antes ya había hecho papeles cortos en una serie llamada Los ladrones, en Medellín. Es muy curioso cómo llegué a ese papel, porque la que iba a hacerlo quedó en embarazo y me lo dieron a mí".

Quizás la veamos en la pantalla grande interpretando papeles estelares y rom-

timas LGBTI y me satisface ser parte de esto, y no por mí ni siquiera, sino porque sé que estoy haciendo cosas por las personas que vienen detrás de mí".

Así pasan sus días. Siempre en el ropero ante prendas muy lúcidas con colores que se discuten entre el rosado y el fucsia; con yines o vestidos, porque como ella dice: "Si hay que ponerse un vestido, me lo pongo".

Para esta mujer de 23 años a la que la vida en dos ocasiones le puso las cartas al revés, la reparación es posible. "Con la reparación nos devuelven a las víctimas un pedacito de lo que perdimos; por eso, a las víctimas les digo que hay que guerrear, luchar, poner en alto lo que quieren y saber para dónde van".

Su liderazgo tiene antecedentes muy significativos. María Camila es la fundadora de la Corporación 'Antioquia Trans', que defiende los derechos de las mujeres transgeneristas. En la actualidad la organización reúne a 20 víctimas del conflicto armado.

**"Yo considero que el chico gay nace como hombre y siente atracción por su mismo sexo y no se siente mal con su vestimenta de hombre. La 'mujer trans' es diferente, pues desde que tengo uso de razón tengo sexo de hombre y gustos de mujer".**

tropezar para que yo me cayera encima de los carros".

Pero poco a poco fue encontrando su proyecto de vida. Ha conseguido, en muchas personas, apoyo emocional y laboral para seguir luchando, pero lo más importante es que pudo demostrarle a la sociedad, a sus paisanos de Dabeiba y al resto del país que es una mujer valiosa.

"Gracias a Dios le demostré a mucha gente que las 'mujeres trans' no somos trabajadoras sexuales, que para mí eso no es una opción de vida, como sí lo es ser independiente económicamente. Ese es uno de mis mayores orgullos", asegura emocionada.

Después de un tiempo pudo volver a Dabeiba. Su situación de vulnerabilidad cesó. Volvió a sentarse a la mesa con sus padres y hermanos a disfrutar de su tradicional plato de frijoles, aunque prefiera de vez en cuando una buena porción de carne.

piendo cada vez más los paradigmas de la segregación. Quizás haga temblar al mundo como lo hizo Jenna Talackova, la canadiense que consiguió que se les permita a las mujeres transgeneristas competir en el certamen de belleza más importante del planeta.

Por lo pronto, la psicología también la apasiona. Y tiene sus razones. "Me gusta porque es algo muy enriquecedor y alentador. Enriquece de una manera que no se puede explicar. Es muy importante ayudar y escuchar a la gente y orientarla".

Con estas y otras tantas experiencias, María Camila hizo del Primer Encuentro Nacional con Víctimas de los sectores LGBTI, que reunió a 40 representantes de todos los rincones del país, un evento con el que la Unidad para las Víctimas dio un paso significativo en el proceso de reparación integral.

"Es algo gratificante porque vemos que hay un propósito de ayudar a las víc-

"También estuve en un proyecto con el Fondo Mundial sobre prevención y destigmatización del VIH, en talleres de sensibilización y educación a las Fuerzas Militares y a funcionarios públicos".

Así es María Camila. Siempre dispuesta a soñar y a luchar, a dar amor, a pasar horas enteras viendo películas que le llenan el corazón o escuchando canciones que le recuerdan la vitalidad de sus pasos.

Dispuesta a sonreír, a lucir su rostro alegre -el mismo que le heredó a su madre, Consuelo Vanegas-, a hacer valer su derecho a la identidad y a la orientación de género, por si algún desprevenido o bromista se atreve a decirle 'Mario' o 'Camilo', devolverle la vista y decirle: Mi nombre es María Camila. ■

María Camila Participa en el I Encuentro Nacional con Víctimas LGBTI



# 33 días de secuestro y una vida por delante

Nelson Vargas

**E**l 29 de mayo del 2004 prometía ser un día normal para Nelson Vargas, quien junto a otros compañeros de universidad se dirigía hacia Tutunendo, corregimiento de Quibdó, (Chocó). Para esa fecha, él era estudiante de español y literatura en la Universidad Tecnológica de ese departamento.

“Yo había estudiado en la Normal Superior de Quibdó, y como la educación siempre me ha gustado, entonces decidí hacer el periodo complementario y me gradué como normalista. En esa época había un convenio entre la Universidad Tecnológica y la Normal”, comenta Nelson.

Sus avances le habían servido para ingresar al quinto semestre de la Licenciatura y empezar a tejer un sueño. Pertenecía a un semillero de investigación llamado “¡Ven, te cuento!”, a través del cual se aproximaba a la reconstrucción de la tradición oral de las comunidades chocoanas, tarea muy compleja dada la diversidad lingüística derivada de la herencia colonial, en la que los relatos, el cuento, la poesía, los conjuros y las adivinanzas iban a la par del analfabetismo de negros e indígenas.

“Nosotros con el proyecto lo que hacíamos era recopilar la información sobre la tradición oral. Ya habíamos hecho lo mismo en Yuto, Cértegui e Istmina, y ese día íbamos a seguir con la tarea porque era un tema que nos apasionaba”, recuerda.

Pero al pasar sobre el río Catugadó, en los confines de Tutunendo, corregimiento de Quibdó que goza de especial atractivo turístico por sus reconocidas cascadas, riachuelos y viandas típicas, un grupo de hombres armados detuvo la caravana de vehículos que transitaba por allí.

“Nos pararon y nos hicieron ir a algunos bien adentro del puente. No nos decían nada raro, solo que nos harían unas preguntas y que nos dejarían seguir normalmente. Uno solo tiene dos opciones: o confía o se muere. Yo opté por la primera opción”.

Con la promesa de dejarlos libres fueron internados en el monte y sin mirar atrás, de un momento a otro, 14 personas iban en una sola fila rumbo a un lugar desconocido.

“Cuando ya íbamos un poquito adentro sonó un ‘pum’ y pensamos que habían matado a la gente de los carros. Pero como en el grupo no hablábamos ni decíamos nada, se nos venían a la mente cualquier cantidad de cosas. Yo pensaba en mi mamá y en mi mamá. Quedé nublado”.

Lo que en principio fue un requerimiento por parte de un grupo de hombres armados se convirtió, luego de 8 horas de

caminata, en un secuestro perpetrado por el ELN en el que permanecerían 33 días.

“Cuando ya por la noche llegamos a un corregimiento nos dijeron que eran del bloque Manuel Hernández del ELN, que estábamos retenidos y que la única forma de que nosotros saliéramos de allá era que los familiares pagaran el rescate o que el Gobierno escuchara sus peticiones”.

Nelson iba en busca de material que diera cuenta de la oralidad del departamento del Chocó, pero se encontró con frases que devorarían su integridad moral, pues la palabra ‘retenido’ –bien lo sabe él que hoy es docente de lingüística– tiene una connotación muy fuerte. La Real Academia de la Lengua Española la define como impedir que algo salga o se mueva..., y así estaba Nelson aquel primer día: impávido y sin saber qué hacer.

“Durante el camino un soldado se voló. Nos dimos cuenta que era soldado, porque al otro día nos avisaron que alguien había informado. Así las cosas, de los 14 quedábamos solo 13”.

Al siguiente día, sin que el sol tuviera aún rayos suficientes para penetrar la manigua tropical del Chocó, reanudaron la caminata. La tensión crecía por cuanto el Ejército había empezado a sobrevolar la zona.

“Teníamos mucha expectativa de lo que pudiera pasar porque sentíamos encima los helicópteros. Sin embargo, no parábamos. Cruzamos ríos, trochas y creo que subimos toda la cordillera Occidental pues cada vez hacía más frío”. Pronto quedaron diez, ya que un hombre que aparentaba unos 60 años fue dejado libre en medio del monte con un acompañante; además, al llegar a la cabecera del río Atrato, en el anillo del cerro plateado, hasta donde el ELN los condujo, otro soldado también huyó.

“Todos íbamos en fila, y al llegar al río Atrato los guerrilleros escucharon que estaba aterrizando un helicóptero, entonces nos hicieron devolver y ahí fue cuando el soldado se quedó del grupo, pero nadie se dio cuenta porque ya estaba oscureciendo; es que eran más de las cinco de la tarde. Vinimos a saberlo cuando llegamos a un campamento después de que el helicóptero se fuera y pasáramos el río en una “champa” (también llamada canoa)”.

La deshidratación del grupo empezó a notarse. Pero lo que más preocupaba a Nelson era la picazón de los moscos -que en la región son llamados ‘chitras’-, que penetran cualquier tipo de tela y pueden transmitir leishmaniasis.



Y es que sin darse cuenta estaban inmersos en plena selva tropical, en las márgenes del Atrato, catalogado como el río de mayor caudal en Colombia, que facilita el comercio en la región del Bajo y Medio Atrato. Esta zona del Chocó, además, se caracteriza por la humedad y la presencia de bejucos, ceibas y bongas, entre algunas de las más de 140 especies de árboles reconocidos, de acuerdo con el Instituto de Investigaciones del Pacífico. La estadía en aquel campamento no duró mucho. A Nelson y al grupo les esperaban otros diez días de infantería.

“Nos tocaba caminar como 13 horas diarias; hacía mucho frío y cuando parábamos a dormir nos tocaba en el suelo, sin importar que estuviéramos mojados. Nos picaban mucho las hormigas. Se nos volvió una rutina comer, bañarnos y hacer las necesidades fisiológicas”.

Cuando llegaron a un campamento -donde permanecerían el resto del secuestro- hubo tiempo para jugar cartas, o lo que llaman en el Chocó “jugar pájaro”, y hasta para tener conversaciones con los hombres que les habían quitado su libertad.

“Había uno en particular que creo era el psicólogo del Bloque, porque era el que siempre nos decía que no nos preocupáramos, que todo iba a estar bien. Cuando nos veía afligidos nos levantaba el ánimo”.

El tiempo de las liberaciones llegó. Pasados 20 días y 20 cuantos, -que no serían precisamente escuchados por el grupo investigador sino vividos- liberaron a dos personas. En poco más de 25 días le habían dado la vuelta a buena parte del Chocó y ahora estaban en los límites con Risaralda, cerca al corregimiento Santa Cecilia, del municipio de Pueblo Rico. El 2 de junio del 2004, el comandante ‘Richard’ y alias ‘Daniel’ se acercaron al grupo y le dijeron a Nelson que su situación ya estaba resuelta.

“Era un domingo. Yo le dije al comandante que no era justo, que si habíamos salido todos, todos regresábamos. A mí en ese momento me preocupaba mucho la vida de mis compañeros de la universidad”.

## “Cuando ya por la noche llegamos a un corregimiento nos dijeron que eran del bloque Manuel Hernández del ELN, que estábamos retenidos...”

– Si querés intercambiar con alguno te quedás –le dijo alias ‘Richard’.

Los 33 días transcurrieron con mucha zozobra, pues en ocasiones cuando los helicópteros sobrevolaban el campamento los guerrilleros les advertían que de presentarse un combate su mejor opción era ir del lado de ellos.

– Si nosotros vemos que cogen pal lado de los ‘chulos’ los matamos –les decían.

Finalmente, llegó el día de su liberación. A pesar de que la orden era mantener en secreto su salida, Nelson les contó a los demás compañeros.

“Yo no quería dejarlos solos ni irme a escondidas, así que les conté, pero les pedí que no dijeran nada. Cuando llegó el martes me sacaron del campamento y caminamos otros dos días. Me preguntaron que si prefería que me recibiera un familiar o la Cruz Roja. Yo preferí la segunda opción”.

La emoción de quedar libre no le permitió a Nelson sentir cansancio, y el viernes estaba ahí, en un pueblo desconocido para él, llamado Piedra Honda, en el corregimiento de Bagadó, donde se encontraría con la delegación de la Cruz Roja Internacional y finalmente obtendría su libertad.

“Yo no quise hablar con mi mamá hasta no verla en persona. Me parecía muy doloroso ilusionarla sin saber si era un engaño como cuando nos secuestraron”.

Finalmente, se reencontró con ella y sus hermanos. Los primeros días fueron de recuperación. Nelson no hallaba las horas de volver a ver a sus amigos. Por fortuna, a los 8 días salieron todos, menos uno al que retuvieron hasta finales del 2004.

“Retomé la universidad y pude adelantarme en las materias. Gracias a Dios llevaba buenas calificaciones y los compañeros me tuvieron en cuenta en varios trabajos. Me gradué en abril del 2006”.

Nelson siguió el camino de la educación, en el que siempre ha visto una puerta al desarrollo y al crecimiento de la sociedad.

“Apenas terminé hice un diplomado en Docencia Universitaria y me metí a dar clases a estudiantes de los primeros semestres, pero luego me fui para Medellín. Allá conseguí trabajo y me quedé 6 años. Pero, por cuestiones personales, me devolví”.

A su regreso conoció a la mujer que ahora es su esposa y con la que tiene un hijo. Desde entonces se trazó una nueva meta: estudiar una maestría, que para entonces estaba lejos de las posibilidades pues había perdido su empleo como docente. Sin embargo, su condición de víctima del conflicto armado lo llevó a hacer la declaración, tras la cual obtuvo su indemnización y pudo cumplir el sueño.

“Yo recibí el dinero de la indemnización y de una le compré a mi mamá sala y comedor y, por supuesto, me matriculé en la maestría en Educación y Desarrollo Humano (CINDE), en la Universidad de Manizales.

Para julio del 2013, la Unidad para las Víctimas ya había indemnizado en el Chocó a 179 personas, entre las que estaba Nelson, una buena parte de las indemnizaciones hechas en el departamento del Chocó que llegaban en octubre de ese año a 5.401. Esta tarea se repite en el país hasta lograr la reparación integral de 28.462 víctimas de secuestro que hay en Colombia.

Con la asesoría de la Unidad, a través del Programa de Acompañamiento, y la plena convicción de Nelson, se hizo realidad el sueño de estudiar para estar al nivel académico de quienes lo formaron a él.

Ya ha pasado el primer mes de clases, y él reflexiona sobre las heridas y lecciones que le dejó el secuestro:

“Gracias a Dios pude replantearme la vida y darle más valor porque pude entender que en cualquier momento todo puede cambiar. Yo aprendí que no me puedo dejar derrumbar porque soy el bastón para mi mamá y ahora para mi esposa y mi hijo”.

“Yo les digo a otras víctimas que lo peor que uno puede hacer es ‘revictimizarse’. Acá nos toca utilizar toda la valentía y pensar que hay que salir adelante. Si el Estado te da un empujón hay que hacerle, y si quiero ser maestro, debo prepararme mejor cada día. Este es mi perfil como educador y lo estoy perfeccionando”.

Hoy, Nelson, inspirado por la vida, por las oportunidades que ha conseguido al lado del Estado y por la motivación que le dio el nacimiento de su primer hijo, da un nuevo paso. Su secuestro duró 33 días, pero con los 29 años que tiene, hay toda una vida por delante. ■

María Olivia Gálvez

## Siempre hay tiempo para sonreír

María Olivia Gálvez nació en Ginebra, pero vivió la mayor parte de su niñez en Palmira, al sur del Valle del Cauca. Fue una niña consentida. Cuando quería se deleitaba con un vaso de caspiroleta, bebida propia de la cultura gastronómica valluna; se bañaba en las aguas del río Nima y jugaba entre cañaduzales y plataneras. Era feliz junto a sus padres y cinco hermanos.

Desde que dejó la escuela María Antonia Santos no se sentó en un pupitre hasta el año 2013 cuando la vida, después de tantas curvas, le daría una nueva oportunidad. Para llegar a este momento tuvo que enfrentarse al dolor muchas veces. Su existencia tristemente corroboraba la frase del escritor Héctor Abad de su obra El olvido que seremos, “la vida acaba dándonos duro a todos; para sufrir, la vida es más que suficiente, y yo no le voy a ayudar”.

Fueron 20 años en los que María Olivia escaló dificultades económicas, combatió la enfermedad de una de sus hijas y los traumas propios, sin dejar que el infortunio segara sus esperanzas, aunque no pudiera evadir la muerte de su esposo, Ernesto Aníbal Serrano, la noche del 27 de agosto de 1993, quien era transportador de carga pesada cuando la seguridad en las carreteras se complicó.

“Él me llamó como a las siete de la noche. Me preguntó por mi hijo Roger y por la bebé, y me aseguró que regresaba al otro día”, dice María Olivia.

“A él ya le habían robado una carga de café y se había salvado de morir -rememora María Olivia- cuando unos tipos le salieron al paso. Afortunadamente, metió el carro en una cuneta y si no es por un compañero que pasó por el lugar lo hubieran matado. Creo que su vida estaba marcada”.



Hoy, pese a esas señales de la vida, María Olivia todavía no comprende porqué su esposo no sigue con ella. Según los testigos del hecho, Ernesto y un número indeterminado de ‘muleros’ pernoctaban en un hotel, en las afueras de Medellín, cuando unos hombres armados llegaron al lugar y les dispararon indiscriminadamente.

—No nos vayan a matar, que somos trasportadores —dijo Ernesto. Pero su sevicia no se detuvo. Eran las diez y media de la noche, y cerca de la una de la madrugada una nueva llamada quebrantó el sueño y la paz de María Olivia:

—Lamentamos decirle que a su esposo lo mataron...

Esa noche asesinaron al hombre que amaba, al padre de sus dos hijos, Roger y Carol, al cantante aficionado que la enamoró con canciones románticas y que en alguna ocasión compartió tarima con Billy Pontoni.

“Fue algo muy duro. Éramos muy felices. Sí, soñábamos con que la muerte nos separara, como dice la iglesia, pero no de esa forma tan horrible”.

Las miradas de Ernesto y María Olivia se cruzaron un día de 1972, en el barrio 20 de julio de Bogotá. Ella había llegado a la capital del país buscando mejores oportunidades y vivía con su hermana mayor; él se ganaba la vida en un taller de calzado italiano y vivía en compañía de su madre.

“Yo estaba un día en la puerta, él pasó y a mí me gustó. Después me mandó saludos con un sobrino y empezamos una amistad. A los días me invitó a Monserrate; recuerdo que fue nuestra primera cita como novios, aunque estábamos acompañados de un sobrino porque a mí no me dejaban salir sola. Así pasamos 9 meses de novios hasta que yo les escribí una carta a mis padres, en la que les pedía permiso para casarme con él. Mi papá vino de Palmira a conocerlo y le cayó muy bien, porque mi hermana y mi cuñado le dieron buenas referencias”.

Los padres aceptaron y la boda se celebró en la iglesia del 20 de Julio, al sur de Bogotá, el 27 de marzo de 1973.

“Quedé embarazada de Roger Marino. Lo bautizamos así porque a mí me gustaba mucho un actor llamado Roger Moore, el de James Bond. Los primeros años fueron duros, pero después se puso a trabajar con los camiones y se nos arregló la situación. Luego compramos casa y cuando llevábamos cuatro años pagándola lo mataron”.

Con su muerte, el conflicto armado puso fin a 25 años de sudar las carreteras de Colombia, y pese a que en ese trabajo como trasportador perdió la vida, María Olivia no olvida las mejores anécdotas de esos viajes.

“Le dábamos la vuelta a Colombia. Era muy chévere todo. Me gustaba ir a Cartagena y los paisajes para ir a Ipiales”.

En las vacaciones, Roger también los acompañaba sin ningún temor al rigor de los viajes, pues la tractomula en la que Ernesto anduvo más tiempo no era cualquier carro de carga pesada. Era una Peterbilt, con cabina adicional, que hasta el mismo camionero protagonista de la serie ochentera BJ McKay, que tenía un Kenworth, envidiaría. Tenía la fortuna de conducir uno de estos vehículos, que, por los costos, no fue

muy común en Colombia, porque tenía la misma exclusividad del Roll Royce, y que es la misma marca de la que está hecha la figura de Optimus Prime, el héroe de la película Transformers.

Cuando no podía acompañarlo, Ernesto siempre llevaba a casa algún detalle.

“Me traía plátanos o naranjas de Cajamarca; arequipe de Buga; piononos, si venía de Medellín; hormigas o miel, si iba a Bucaramanga, hasta zapatos me traía de Buenaventura. Era todo un galán conmigo”.

Ernesto solía llamarla “mi fierita” no precisamente porque fuera malgeniada, sino porque era ella quien estaba al volante del hogar.

“Él me daba la autoridad para que hiciera en la casa lo que había que hacer y respetaba mis decisiones”.

Cuando en alguna curva de su pensamiento aparece Ernesto, María Olivia hace un gran esfuerzo para no llorar, porque él siempre irradió la casa de sonrisas. Era un hombre diver-

dor siempre a fondo y la persiguiera, aquel hombre, oriundo también de Santander, sufrió un atentado al que sobrevivió y se marchó a España. La distancia y otros factores los separó. Él ahora vive en el país ibérico y tiene su propia familia.

Mientras tanto, María Olivia siguió tocando puertas para salir del país con la ilusión de encontrar un mejor destino; quiso irse al Canadá, pero no fue posible.

Si en los primeros años su debilidad era el recuerdo de Ernesto, en los más recientes la angustia corría por cuenta de la situación económica y la enfermedad.

“Me enfermé del colon, de la garganta, hasta llegué a tener problemas de respiración. Con todo esto me tuve que retirar de algunos trabajos y empecé con las deudas”.

A través de una amiga se acercó al Estado y adelantó los trámites para registrarse como víctima. Después de pasar casi dos décadas entre hospitales, trabajos fugaces y tristezas, la trocha de sus infortunios se convirtió en una autopista esperanzadora.

## A finales de agosto del 2013, junto a María Olivia, en Bogotá ya había 5.401 personas indemnizadas, de las cuales 3.883 contaron con un plan de reparación individual

tido y solidario con la gente. También tenía otros atributos: “Era un papacito, más alto que yo y fornido. Tenía el pelo largo y muy simpático. Carol se parece mucho a él”.

Tras la muerte de Ernesto vinieron tiempos aciagos. La situación económica empeoró y Roger tuvo que dejar las inferiores del Club Deportivo Millonarios, en el que iniciaba su carrera deportiva.

Por si fuera poco, María Olivia luchó siete años contra una luxación de cadera de Carol Angelina, que debió someterse a cinco cirugías.

“Ya podrá imaginarse: sin plata, sin trabajo, con los niños menores todavía. La hospitalización diaria me costaba 15 mil pesos”.

María Olivia no se rindió. Trabajó en el Círculo de Lectores y en casas de familia “como una turca”, según sus propias palabras, para sacar adelante a sus hijos.

Y lo logró. Hoy, Carol cursa séptimo semestre de Licenciatura en Artes de la Universidad Distrital y Roger trabaja en una multinacional.

Después de tres años, y llevada por la más profunda desolación, conoció a un hombre con el que intentó formar un nuevo hogar. De este romance nació Evelin, que hoy tiene 16 años. Pero como si el conflicto armado tuviera el acelera-

“Era un viernes —dice—. Salí de la casa con cinco mil pesos e hice mil vueltas hasta llegar a la oficina de la Unidad para las Víctimas. Allí, una doctora me dijo que mi carta cheque estaba lista y que el lunes siguiente recibiría la indemnización”.

—Ven el lunes con tus hijitos —dijo la funcionaria.

—Claro, ¿qué debo traer?

—Solo la fotocopia de la cédula ampliada.

Si la conversación con Ernesto la noche del 27 de agosto del 93 fue una pesadilla, esta, que sostuvo un viernes de febrero del 2013, era un sueño, más exactamente un milagro, como ella prefiere llamarlo.

“Reclamé el dinero y solo le daba gracias a Dios. Mis hijos tenían deudas, yo tenía una muy grande, y afortunadamente pudimos pagar todo... el dinero no sana todas las cosas que quedan, porque ante el recuerdo se afloran las lágrimas, pero nos ha ayudado a salir de la crisis y a sentirme nuevamente productiva”.

A los pocos días, María Olivia estaba de nuevo en un pupitre recibiendo clases de Educación Financiera, en el marco del programa de acompañamiento de la Unidad para las Víctimas, que busca capacitar a los sobrevivientes del conflicto armado en la inversión adecuada de los recursos. Estas capacitaciones tienen una filosofía denominada “Indemnizaciones transformadoras”, cuya finalidad es señalar la vía y asegurar el trayecto de las víctimas hacia el nuevo proyecto de vida.



Con su negocio María Olivia restableció el proyecto de vida.

A finales de agosto del 2013, junto a María Olivia, en Bogotá ya había 5.401 personas indemnizadas, de las cuales 3.883 contaron con un plan de reparación individual. Las inversiones del Estado ascendían a 31.249 millones de pesos. Como ella, otras 800 víctimas enfocaron la inversión en proyectos productivos.

“Eso significa que a uno no lo dejan solo ni desprotegido, y también es como una voz de aliento”, dice hoy a sus 57 años.

“En los talleres de una vez ‘plantíe’ la idea de mi negocio... esas clases me gustan mucho porque nos enseñan cómo invertir la plata”.

Gracias a este acompañamiento y a las sesiones permanentes de trabajo psicosocial, María Olivia pudo materializar un sueño: montar un negocio dedicado al comercio de productos de aseo. Dio vida a ‘El Portón del Aseo’.

Hoy, en el garaje de su casa propia en el barrio La Estancia, en Bogotá, todo luce bien distribuido. Allí, los vecinos pueden adquirir desde una pasta de jabón para ropa hasta productos para mascotas.

“Sé que mi negocio seguirá lleno de bendiciones. Aspiro a darle empleo al menos a una persona del barrio que necesite y quiera salir adelante”.

María Olivia recuperó sus emociones. Suele ir con sus hijos a la laguna de Guatavita, donde esparció las cenizas de Ernesto, casi como un ritual de purificación a través del recuerdo de los buenos momentos que tejó su historia de amor.

Le va bien en el negocio y también en las artes culinarias. “No es por nada, pero a mí no me va mal en la cocina. Yo me

preparo unas chuletas, unos aborrajados y unos sancochos que ni se imagina”.

Hoy, está más convencida de la necesidad de seguir adelante con su vida. “Mientras yo pueda seguiré yendo a los talleres, porque entre todos aportamos un granito de arena. No podemos perder las esperanzas, tenemos que luchar para que este país sea mejor para nuestros hijos y nuestros nietos”.

El Portón del Aseo abre a las ocho de la mañana y cierra a las siete de la noche todos los días, menos los domingos, cuando el servicio es hasta mediodía porque en las tardes va con Evelin a sus entrenamientos de salsa o al cine con todos los hijos.

En un día normal abre el baúl de recuerdos en el que guarda casetes con las baladas que Ernesto le cantaba. Antes de permitirle a la nostalgia sentarse junto a ella, evoca la alegría de las trompetas del Peterbilt descendiendo desde el alto de la Línea. Como dirían los conductores, las imágenes de su esposo le hacen cambio de luces. Son pequeños chispazos que vienen a decirle que todavía hay un largo camino por recorrer. Sabe, con su actual vida, que el título del libro de Héctor Abad Faciolince se puede reescribir: el recuerdo que seremos.

Un cliente la espera detrás de las cortinas de la sala:

—Buenos días —dice detrás del mostrador.

—Deme un litro de quita mancha, doña María. La veo muy contenta, cuente la buena nueva.

—No es nada. Solo que siempre hay tiempo para sonreír. ■

## Débora Barros

“Nosotros morimos tres veces:  
La primera en nuestra carne,  
La segunda en el corazón de aquellos  
que nos sobreviven  
Y la tercera en sus memorias, que es la  
última tumba y la más glacial”

Era el 18 de abril del 2004: el sol de la mañana empezaba a caminar sobre Bahía Portete en la Alta Guajira, sin advertir que el azufre penetraría las ventanas y los resquicios de las puertas y que la muerte tiraría sobre los ojos del día ventiscas con arena negra hasta cegarlos. Los hombres de la comunidad, como de costumbre, se hallaban en sus actividades de pesca y pastoreo, y las mujeres, en sus casas con sus hijos o preparándose para el comercio y las artesanías.

Esa mañana, alrededor de 40 paramilitares, al mando de alias ‘Jorge 40’, llegaron al tranquilo pueblo de Portete y desaparecieron del cielo porteño 5 ‘estrellas’: Margot Fince Espinayu, Rosa Fince Uriana, Diana Fince Uriana, Reina Fince Pushaina y Rubén Espinayú. Hubo una sexta víctima mortal de la que solo se halló un brazo calcinado.

Con sus muertes y la desaparición de otras mujeres, sumadas a la tortura de otros moradores, los paramilitares deshilacharon el tejido social de la comunidad: los que no murieron debieron huir por el desierto, pasar humillaciones, laceraciones, enfermedades, angustias y otras tribulaciones hasta llegar a Maracaibo, en una odisea que les tomó cuatro días.

En este contexto aparece Débora Elena Barros, la hija mayor de cuatro hermanos, del hogar formado por Carmen y Gabriel: una mujer sencilla, de esta-



## Las estrellas vuelven a danzar sobre Bahía Portete

tura media, con perfecto dominio del wayunaiki (lengua wayuu), que baila y canta vallenatos, que delira con el ritmo de la flauta y el tambor, que baila la yonna -una danza tradicional de su pueblo-, con tez morena y los ojos anchos como el sol cuando se estira en las tardes del desierto.

“Cuando ocurrió la masacre yo estaba en Uribia, donde era la inspectora. Tenía 24 años y un título de abogada recién obtenido en la Corporación Universitaria de la Costa (CUC)”, comenta Débora.

Esta estrella joven empezó a recuperar aquello que por herencia llevan los wayuu: la moral del desierto, que había sido escupida por los fusiles y ultrajada por los hombres, que ahora de forma indomable emprendía un camino de esperanza para su comunidad y para otras etnias y culturas que el conflicto ha querido desaparecer de la faz de la tierra.

Al mediodía, cuando llegó la noticia de la masacre, Débora pensó en su hijo Camilo que por aquel tiempo tenía 4 años. “Creía que mi hijo estaba muerto. No lo podía creer. Camilo es la fuerza que empuja a vivir a mi madre biológica. Gracias a él, ella puede tener recuerdos míos”.

El niño era, como dice Gabriel, su primer título de grado. Ella quedó embarazada en la universidad, luego de conocer a un arquitecto guajiro de quien después no supo más, pero que antes de irse sembró en ella el milagro de la vida. “Yo le echaba la culpa de mi embarazo a las monjas porque nunca me enseñaron sobre planificación familiar. Yo solo estaba enamorada de ese tipo que decía que yo era una pelada linda. Fue algo que pasó”, narra mientras sonríe.

Al igual que el día en que nació Camilo, esa vez tampoco supo qué hacer. Pensó también en Margot, en Rubén, en Diana, en Reina y, en especial, en Rosa. “Nunca perdí la esperanza de que Rosa estuviera viva. ¡Tiene que estar viva!”, decía.

Rosa era hermana de su madre biológica, pero no podía concebir. Suele darse en la cultura wayuu que cuando una mujer no puede procrear, alguna de sus hermanas le entrega un hijo para la crianza, y así ocurrió con Débora.

“Rosa es como mi madre y vendía mochilas, llaveros, chinchorros, sombreros, etc. Gracias a ese apoyo pude ser la primera profesional de mi comunidad”.

En medio de estas agradecidas memorias, Débora regresó a sus más os-

curos recuerdos. Tuvo que aceptar que a solo una hora de allí, en el desierto, la violencia irracional acabó con la vida de varias personas, cercenó la tranquilidad de los sobrevivientes que se dirigieron a Maracaibo y atizó la preocupación por Diana y Reina, que no aparecían.

“El haber matado a las mujeres tenía un claro mensaje político. Yo pensé que me había quedado sin tíos y primos, jamás imaginé que hubieran matado a las mujeres porque para el pueblo wayuu la mujer es esencia y supervivencia, y ellos acabaron con eso”.

Margot era tía de Débora y, además, una autoridad en la comunidad, pues ejercía el papel de liderazgo político. Por si fuera poco, la única rosa de la comunidad murió no como una flor inmolada por el viento otoñal, sino deshojada por la barbarie de unos locos primitivos.

“La muerte de mi tía Rosa fue muy cruel. A ella la decapitaron. Nunca antes habían decapitado a una mujer. Le colocaron granadas en su boca y en el cuerpo. Fue imposible encontrar sus partes”, dice acongojada.

A diferencia de otras muertes, la de Rosa no tuvo el ritual alegre de la lluvia

con el que sueñan los wayuu. Según su cultura, cuando alguien muere naturalmente, como compensación, el dios Juyá deja caer sobre el desierto leves lloviznas que representan la abundancia. Los wayuu consideran tal hecho como un trascender a otro universo.

Pero, tal vez, Rosa no quiso trascender para cuidar las únicas casas que se sostienen en pie, aguardando el retorno de las 79 familias -algo así como 400 personas- que sobrevivieron aquel 18 de abril en que se suponía, debía florecer la primavera.

Ese día también cambió la vida de Débora. “Cuando me dijeron de la masacre, también me advirtieron que debía irme pues venía haciendo las denuncias sobre la incursión paramilitar en la región.

Aún envuelta en dudas y pesares, Débora inició su lucha: “Después de estar en Venezuela regresé a Barranquilla. Junto a otras personas que conocieron el caso, escribimos un documento anónimo dirigido a la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), en el que informábamos sobre lo ocurrido. A los pocos días nos contactaron e hice mi primera comisión a Bogotá en compañía de otras seis personas, miembros de la comunidad”.

En Bogotá se enfrentó a un nuevo universo. Los primeros días fueron de hambre y, al mismo tiempo, de vértigo, sobre todo cuando hicieron la primera denuncia pública: “Salimos a los medios a contar lo que nos estaba pasando. Mi primera entrevista fue con Holman Morris”. Los demás viajaron a Venezuela y ella quedó sola en Colombia.

bién lo hicieron en la Defensoría del Pueblo de la Guajira, en Riohacha. Así comenzaron a tener reconocimiento en el departamento, pero también vinieron las amenazas, las presiones y las persecuciones.

Con la entrada en vigencia de la Ley de Víctimas mejoró el panorama para Débora y para la comunidad de Bahía Portete. “Ahora las familias tienen más confianza, están adelantando cosas con la Unidad y ya recibieron su ayuda humanitaria. Y se está trabajando en todo el tema del retorno y de la reparación colectiva”.

Un día cualquiera se dio la oportunidad de representar a la Guajira en un escenario nacional y Débora postuló su nombre para representar a todas las víctimas sin diferencia. “Yo no quería quedarme solo en el Departamento, me gustaba aportar y por eso decidí pos-

## Débora sueña con volver a ver el cielo estrellado de Portete, sentada en una silla o balanceándose en un chinchorro, en el tránsito suave del viento.

El paramilitarismo llegó a la Guajira para apoderarse de los corredores que servían al negocio del narcotráfico en la región. Según los registros históricos, Mancuso y ‘Jorge 40’ llegaron a esta región hacia 2001; primero, a la troncal de la Guajira, más exactamente, a Maicao o ‘Maiko-u’, si se le quiere llamar por su nombre en lengua wayuu, donde arribaba buena parte del comercio. Pero Mancuso y ‘Jorge 40’ no se detuvieron en Maicao, ni en la zona baja de la Guajira. Sus hombres se instalaron en el desierto hasta llegar a Uribia y Bahía Portete.

“Lo primero que hice fue ir a Riohacha a pedirle ayuda al Gobernador, pero él me dijo que yo estaba loca y que esa gente había muerto de hambre, no por ninguna masacre. Al ver que no tuve respuesta fui a la universidad donde estudiaba Telemina y la saqué. Tomamos rumbo a Venezuela, y allí tuvimos que vivir tres meses debajo de los palos de mango”.

A los meses le surgió la idea de litigar. Creía que tenía la fuerza suficiente para hacerlo y que la difunta Rosa la ayudaría. En septiembre de ese mismo año viajó a Ecuador a su primer foro regional sobre Derechos Humanos. Allí conoció a Óscar, un guajiro como ella, con quien hizo una gran amistad, incluso más que con las mujeres que eran pocas y reservadas. Con él y un grupo de líderes volvió a Bogotá y vivió otra de sus hermosas experiencias: conocer Monserrate, un cerro que para ella era todo un monumento jamás antes visto en La Guajira.

Era septiembre del 2004 y, a los pies de Monserrate, decidió bautizar lo que para entonces era una organización naciente con el nombre de “Wayuumunurat” (montaña en el desierto), que se dedicó a hacer denuncias y a empoderarse del tema de Bahía Portete.

Con todo el valor fueron hasta la personería de Uribia y se inscribieron. Tam-

plarame y aportar el conocimiento y la experiencia”.

Al final de la votación obtuvo 13 votos de 15 posibles. Así fue como llegó al espacio nacional y conoció líderes de otras organizaciones que también trabajaban por los Derechos Humanos en sus respectivas regiones.

El creciente liderazgo de esta mujer wayuu no se detuvo allí. En octubre del 2012, durante una reunión con los delegados de los departamentos, fue postulada para que los representara en el Comité Ejecutivo, la máxima instancia de participación que tienen las víctimas en Colombia, en el marco de la Ley de Víctimas.

Salió elegida con 19 votos, pero estaba lejos de imaginar que tendría la posibilidad y, además, la responsabilidad de compartir un escenario de decisión con el Presidente de la República. Para sorpresa suya, la más grata de todas,

Ranchería en Bahía Portete.





Comunidad de Bahía Portete se reúne nuevamente en el lugar del desplazamiento.

conoció a Angélica Bello (q.e.p.d), otra líder que representaría en ese comité a las víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado.

“Verla ahí conmigo fue una clara reivindicación de la mujer que históricamente ha sido usada como un objeto de guerra”, dice con nostalgia.

En el Comité Ejecutivo representaron a las más de 5 millones de víctimas que ha dejado el conflicto armado en Colombia, papel de vital importancia porque es el espacio de decisión en el que se coordina con las instituciones que conforman en Sistema Nacional de Atención y Reparación Integral a las Víctimas (SNARIV), todo lo relacionado con la política pública para lo que podríamos llamar, refiriéndonos a los wayuu: la recuperación de la moral.

Con un sueño compartido, Angélica y Débora llegaron a la tercera sesión del Comité Ejecutivo a finales de enero de 2013. Recuerda que le dijo al Presidente que ella era parte de la comunidad masacrada en Bahía Portete, el caso más emblemático del país y, quizás, de los más documentados, frente a lo cual el mandatario asintió.

El jefe de Estado sabía que Débora decía la verdad. Sabía que en Portete no solo habían matado cuatro mujeres, un hombre y desaparecido otras más, sino que habían herido de muerte a una comunidad como la wayuu que representa la quinta parte de la población indígena en Colombia y casi el 50% de la población guajira.

Hoy más que siempre Débora cree que si el gobierno se compromete a trabajar con las víctimas habrá futuro y el retorno de Bahía Portete será pronto. Y no se equivoca, pues las condiciones están dadas: el caso está documentado, el gobierno tiene toda la voluntad y la Unidad para las Víctimas sigue de cerca cada acto simbólico y material que conduzca a ese momento en el que se reen cuentren con las estrellas que duermen en el desierto.

Débora sueña con volver a ver el cielo estrellado de Portete, sentada en una silla o balanceándose en un chinchorro, en el tránsito suave del viento. “Cuando estoy en la Alta –agrega- es mi momento más feliz. Duermo en un chinchorro y, a pesar de que ahí pasó todo, me llena de energía y fuerza”.

Sabe que si las estrellas brillan con toda la fuerza es porque Rosa y las demás víctimas de Portete están ahí. Sabe también que debe estar más unida a su madre biológica y a sus hermanos, como lo está con Telemina -otra de sus hermanas-, con quien comparte la pasión por la defensa de los Derechos Humanos. También valora, especialmente, la relación que tiene con su padre.

“Con todos me llevo bien, pero con mi papá me ocurre algo especial. Él tiene mucho compromiso conmigo: me defiende, me protege. Es un hombre muy humanitario, que justo en este momento debe estar visitando a mi mamá. Además, es un gran chef y prepara unas sopas de gallina criolla con chivo, exquisitas”.

Algo sí le preocupa: que sus otros dos hijos, Tasharen y Antuan, vivan la soledad que le tocó vivir a Camilo por sus constantes viajes. Aunque el retorno traerá consigo la unidad de su familia, Débora siente que su compañero -como se refiere al padre de ‘Tashi’ y Antuan- se esté gozando solo los mejores momentos de sus hijos. “Creo que ellos entenderán que lo hago por mi familia, mi comunidad y mi país; sin embargo, cuando puedo me encierro con ellos todo un día”.

Gracias al compromiso del Estado y de la incansable lucha de esta mujer de 33 años, pronto veremos a las familias de Bahía Portete correr libres en el desierto como ella solía hacer en sus años de infancia, cuando hacía con sus hermanos muñecos de barro y ‘ollecitas’ o se bañaban en los arroyos y jagüeyes, aun contra la voluntad de su madre.

“Nos escapábamos a un jagüey que había cerca, a pesar de que mi mamá nos decía que muchos años atrás hubo una mujer que se enamoraba de los hombres y que ese sitio tenía contacto con el mar. ‘¡Un día de estos sale un hombre del jagüey y se las lleva!’, nos decía”.

Débora ya ha hecho su parte en este proceso de reparación colectiva y retorno. Lo ha logrado con ayuda de Mareiwa, el dios wayuu, que a pesar de ser el único en su universo -sin la Santísima Trinidad nuestra- es inmaterial, lleno de amor, de pruebas y de milagros. Bien lo sabe ella, que nació como predestinada un 10 de diciembre, la misma fecha en la que el mundo celebra el día mundial de los Derechos Humanos. ■



Sol Isabel González

## Al frente de sí misma

*“Recuerdo que eso se estaba poniendo feo. Yo iba un día con un cuñado en canoa y fue dramático porque cayó una bomba cerquita de nosotros, en el río Caguán. Yo me asusté mucho”.*

Sol Isabel González sale diariamente de su casa en el barrio 15 de junio en Cartagena del Chairá a encontrarse con las víctimas del conflicto armado. Temprano, al igual que el astro rey, comienza a irradiar con cortesía su calor, humano claro está. Su sentido de solidaridad con sus colegas de tristeza la impulsa, su nobleza la obliga. Su trabajo le exige estar algunas horas tras un módulo para brindarle a esta población la mejor atención a sus preocupaciones y la mejor orientación a sus esperanzas.

Hace parte de los 277 orientadores que tiene la Unidad para las Víctimas en el territorio, en 95 puntos de atención y de cuya labor depende en gran medida que las víctimas sientan confianza y afecto por el Estado en todo el proceso de su atención y reparación integral. Es por ese canal que las víctimas se encuentran de frente con la política del Estado para su reparación integral.

Solo en el año 2012, los orientadores atendieron a 1.912.483 personas, y en lo corrido del 2013 esta cifra se acercaba a 1.428.561.

Tiene 25 años y un hogar maravilloso. Es madre de Ashlee Carolina, de 3 años, y esposa de Jhon Edison Tovar, de 26, ayudante de botes, muy adentro del río Caguán.

Cada día trae para ella nuevas historias, con las que podría escribir más que un memorial de agravios, una crónica de aflicciones; narraciones en algunos casos muy distantes de su vida y en otros, tan cercanas, que pasan a los pies de su memoria y juegan con su recuerdo, como lo hacen aquella personas que con alguna magulladura en el alma saben que todo pasado fue peor.

Sin embargo, por esta entrevista su memoria también se muda a la época en que solía jugar en la casa de Remolinos con sus hermanas, Natividad, Yuberly y Sandra. Esa casa ahora es una cuadra completa de recuerdos: “Cogíamos palos de escoba y nos poníamos a bailar. Teníamos muñecas. Era muy bonito todo”, cuenta.

Según su infancia, la casa de Remolinos tenía “una palma de coco, un gallinero y algunos árboles frutales al fondo del patio”, que doña Carmen se encargaba de mantenerlo lim-



Sol y Ashlee disfrutan de un domingo a orillas del río Caguán (Caquetá).

**Muchas historias están por pasar frente a su módulo. Por lo pronto, una víctima llega al punto de atención y pregunta por su turno. Sol la llama: “Buenos días, siéntese, ¿en qué le puedo ayudar?”**

pio, pese a lo terroso, porque -como dice Sol-: “Podríamos ser pobres, pero éramos organizadas y aseadas”.

En un cuarto dormían Sol, Sandra y Yuberly, y en otro, Natividad. La sala estaba adornada por un afiche de grandes proporciones del que salía un unicornio blanco. Esa era la galería de arte de una familia conformada por Miguel Ángel González y Carmen Molina donde lo más importante siempre fue la fe cristiana.

“Mis padres me han dado demasiado. Creo que hoy soy lo que soy gracias a sus principios. Mi mamá era muy apegada a la iglesia y siempre nos enseñó esos valores religiosos. En mi casa siempre vi amor y paz. Mi papá era muy dado a lo que ella dijera y nosotras crecimos viéndolo llevar rosas y regalos a mi mamá en sus cumpleaños. Era muy detallista”.

Pero el conflicto en el Caquetá, el aumento desmedido de la producción de coca, los coletazos sociales y, de sobremesa, las confrontaciones entre las Farc y el Ejército, desbarataron este hogar y otros más en Remolinos.

En 1997, Sol tenía 8 años, los sueños intactos y una decena de muñecas que guardaba celosamente como el billete ganador de una lotería, y que fueron a parar a una caja cuando debió huir con sus padres y hermanas del conflicto que quemaba las aguas del río Caguán.

“Recuerdo que eso se estaba poniendo feo. Yo iba un día con un cuñado en canoa y fue dramático porque cayó una bomba cerquita de nosotros, en el río Caguán. Yo me asusté mucho”.

Un grupo de hombres llegó al caserío y le dijo a toda la población que debía irse. La familia González Molina tomó la mejor decisión: coger río arriba hasta Cartagena del Chairá y empezar otra vida, lejos de la palma del patio, lejos de las gallinas que solían vender doña Carmen, lejos de esa niñez que todavía se regodea en las playas del río.

“Para esa época Natividad estaba casada y mis otras hermanas no tenían todavía sus parejas, pero como yo era la menor entonces mis padres me mandaron a donde mi padrino en Neiva”.

En ese año, un viaje entre Cartagena del Chairá y Neiva superaba las 10 horas, pues la vía era casi un camino de herradura. Y en un campero, como una encomienda delicada, Sol fue enviada a la capital del Huila, con el deseo de que se alejara del conflicto y abriera nuevos caminos en su vida. Sin embargo, la joven solo duró un año donde ‘Iván’ -el padrino- porque las fuerzas del destino halaron hacia su origen y prefirió volver.

En estas anécdotas estamos cuando una viuda, que le recuerda a sus padres, se sienta frente a ella con las pupilas trémulas. A veces no comprende por qué la vida condena al dolor. En ese momento reaparecen en su mente don Miguel Ángel y doña Carmen. Ella, oriunda de Cundinamarca, quien tras tener a su hija Natividad fue abandonada por un hombre del que nunca supo más, y él, obrero por aquel entonces en la Alcaldía de Doncello (Caquetá).

“El amor de ellos fue muy raro. Mi papá necesitaba un ayudante y mi mamá estaba sin trabajo. Él le propuso ayudarlo con algo de dinero a cambio de que trabajara con él y luego se enamoraron. Mi mamá siempre valoró que él quisiera más a Natividad como si fuera su propia hija”.

En las horas de descanso, Sol suele leer las cartas que le ha enviado el padre Jacinto Franzoi, veterano religioso italiano que en 1988 llegó a Remolinos, con un pasado tempestuoso que años más tarde Sol repetiría en su versión colombiana: sería desplazada por el conflicto armado.

“El padre Jacinto fue un hombre maravilloso. Él también había perdido a sus padres en la Segunda Guerra Mundial; era fuerte, alto y con muchas convicciones religiosas y morales”, cuenta Sol, justo cuando de nuevo le asaltan su niñez como acólito en la capilla de Remolinos, cuando oficiaba como padre Franzoi, y el cariño y los buenos consejos que de él recibía.

La devoción que infundía doña Carmen y la moralidad de Jacinto formaron a Sol, le dieron templanza y vigor para enfrentarse a la vida, esa vida que a finales de 2005 le quitó a su madre luego de luchar contra un cáncer, hecho que desconcertó a Sol, a sus hermanas y a don Miguel Ángel.

Una vez terminó el colegio, Sol sabía que a diferencia de otras compañeras de colegio con proyectos de estudios superiores, ella debía dedicarse a trabajar para ganarse la vida y así lo hizo. “Desde niñas éramos verraquitas para el trabajo. Mi mamá tenía una receta de tamales muy exquisita y nosotras le ayudábamos a venderlos en Cartagena. En los ratos libres me iba con mi papá en la carroza a acompañarlo a recoger la basura en Remolinos, sobre todo en vacaciones”. “Me puse a hacer de todo en Cartagena del Chairá hasta que llegó el proyecto ‘Scala’, que era del Gobierno Nacional; hice un curso en ventas y mercadeo los sábados y domingos, y con eso pude trabajar en supermercados”.

En las lágrimas y la desesperación de muchas víctimas ella ve el río Caguán llorando los muertos que ha dejado el conflicto, pero en ciertas víctimas que llegan con esperanza vuelve a ver los bejucos que besaban la playa de Remolinos donde solía jugar. A veces alcanza a ver, en los ojos de esas personas, las pestañas de los árboles que enmarcaban al río, a cuyas aguas le temía su niñez.

El 2006 trajo de vuelta las gratas sorpresas. El amor llegó a su juventud: “Yo vivía enamorada de un muchacho que nunca me paró bolas; lo miraba en el descanso, a la entrada, a la salida, pero nunca tuve el valor de decirle algo”.

El joven viajó a Bogotá y regresó en el 2005, por la misma época en que doña Carmen había agravado. Ahí floreció su romance, como la amistad con el padre Jacinto, en momentos difíciles.

“Jhon se volvió mi apoyo, pues, cuando mi mamá murió, yo me sentía muy sola. Ni sé cómo empezamos a salir, pero vea, le doy gracias a Dios pues es mi esposo hoy en día y el padre de mi hija, Ashlee Carolina”.

Natividad, Yuberly y Sandra ya estaban por fuera de casa, con sus esposos y proyectos, pero Sol aún era muy joven para volar sola. Y fue una señora muy cercana a la madre quien le dio la mano. “Para ese momento llegaron unos cursos de sistemas, la cuota inicial era de 300 mil pesos y la señora me los dio”.

Con dedicación y talento se ganó la confianza de aquella mujer. —Trabaje con nosotros en clínica —le dijo ella—. No lo dudó y puso todo el empeño en hacerlo bien. Se volvió experta en cuentas médica y facturación hasta que tuvo la oportunidad de hacer una carrera profesional a distancia en la CUN.

En el 2010 Sol quedó embarazada. Abandonó la clínica, se retiró del estudio cuando iba en sexto semestre -por lo que obtuvo el título de Técnico Profesional en Contabilidad-, se fue a vivir con Jhon y dejó solo a don Miguel Ángel. Por fortuna, el joven se hizo cargo del hogar y no le ha dado la espalda ni un día.

“Jhon es muy juicioso, hizo algunos ahorros y aprovechamos que había un remate de una casa y la compramos. Al comienzo me dio duro dejar a mi papá, pero hoy en día tenemos una muy buena relación”. Este lazo de amor se ve cada domingo, cuando Ashlee visita a su abuelo, quien hoy tiene 74 años.

Siguen llegando víctimas para ser atendidas. Sol no para ni un segundo, porque en la vida de una víctima —parafraseando a Lewis Carroll, autor de Alicia en el País de las Maravillas— la vida es a veces solo un segundo. Ella lo aprendió desde el 19 de abril, cuando tuvo su primera jornada de atención sin tutoría y se dio cuenta de la magnitud del trabajo.

Sabe que al frente hay personas de su misma condición. Y valora que un día su madre haya decidido adelantar los trámites para el registro de víctimas e incluir en la declaración a toda la familia. En poco tiempo ha aprendido que la reparación integral comienza por una buena atención y que su doble condición de víctima y orientadora de víctimas, le otorga unos valores esenciales: el de la bondad, la comprensión y la entrega.

“Estos meses en la Unidad para las Víctimas han sido una experiencia maravillosa. Me gusta mucho mi trabajo y me identifico mucho con las víctimas. Sé lo que les pasa, entiendo sus reclamos, su desespero, su angustia. Admiro a las personas que se sientan al frente y me cuentan su historia, porque puedo conocer sus problemas y aportarles un granito de arena a solucionarlo”.

Muchas historias están por pasar frente a su módulo. Por lo pronto, una víctima llega al punto de atención y pregunta por su turno. Sol la llama: “Buenos días, siéntese, ¿en qué le puedo ayudar?” ■



# Arte, paz y vida

No cabe duda de que Dulvis Estrada Gámes es como las palmeras del litoral que enfrentan las tormentas y no se quiebran. Vivía desde 1975 en el corregimiento de La Mesa, a 20 minutos de Valledupar, con sus 14 hermanos, cosecha del amor que fulgió entre Carlos Estrada y Digna Gámez. Sus días transcurrían entre labores del campo, pues la casa de esta familia tenía un solar con gallinas, cerdos, conejos, cultivos de yuca, maíz y frijol, que el conflicto les arrebató ferozmente.

Por aquella época se dedicaba a vender ropa, comestibles, arroz, aceite, camisas, bolsos, y otros artículos que traía desde la capital del Cesar. Era una vida tranquila, sin ambages ni excentricidades. Pero la incursión paramilitar acabó con la paz. El 4 de mayo de 1990 mataron a José, uno de sus hermanos.

“A él lo mataron en un negocio que teníamos. Por aquella época, La Mesa era invivible. Se volvieron frecuentes las amenazas, los asesinatos y las desapariciones. Allá mandaba alias “Cucú”. Él decidía si la gente podía entrar o salir. Después de las 6 de la tarde no podía haber nadie por fuera”, afirmó Dulvis.

Una década después, a comienzos del 2003, los paramilitares volvieron a atacar, desaparecieron y mataron a otro de sus hermanos:

“Ay, Leonardo. A él lo desaparecieron el 10 de febrero y lo encontramos muerto a los 18 días en Codazzi (Cesar). El mismo día que lo encontramos nos dijeron que teníamos 24 horas para abandonar La Mesa”, dice.

A las 10 de la mañana del 28 de febrero, los miembros de la familia Estrada Gá-

mes huyeron hacia Valledupar a bordo de un camión Chevrolet 600 que venía de La Sierra y se instalaron en la casa de los abuelos paternos, ubicada en el barrio Candelaria, al sur de la ciudad.

“Nuestra llegada a Valledupar fue muy dura. Casi un año duramos sin salir a la calle por temor a que esa gente nos hiciera daño. Incluso una de mis hermanas, que había estudiado estética, dejó de trabajar por el miedo que nos daba”.

Pasaron algunos meses, hasta que en agosto de ese año se atrevió a seguir su vida normalmente. Trabajó en Electricaribe, pero a los 6 meses renunció, pues un día de comisión por el barrio Nevada, unos hombres le dijeron que se fuera. A pesar de que dejó el trabajo, Dulvis no quiso quedarse como el camarón que se duerme y se lo lleva la corriente, y entonces, con Lorena, una

de sus hermanas, reinició la venta de mercancía por las calles de Valledupar.

Así pasaron los días y las noches, los meses y los años, hasta que conoció a Sixto, un vallenato puro, de esos que tienen alma de acordeón y mueven las manos con la altivez de quien interpreta una guacharaca, con quien aprendió a fabricar artesanías.

Inició reciclando pedazos de madera y tablas de camas viejas, que luego pulía y calaba con herramientas que él le prestaba. Ahora, como el negocio está creciendo, compra la madera en los aserraderos y poco a poco ha ido aprendiendo a tallar y a pulir. Sin darse cuenta, Dulvis se volvió experta en el arte de las manualidades y goza haciendo llaveros, colgadores, portarretratos, entre otras tantas artesanías, en su casa de Valledupar, junto a otras mujeres, hombres y jóvenes víctimas del conflicto armado.

Todos los días en el taller cala, pule, cepilla, talla sus artesanías, prepara la

tar de los campesinos, mira el turpial haciendo su nido. Mira aquella mariposa como juguetea a la orilla del río, pero muéstrame una cosa que sea más hermosa que el cariño mío”.

Con esta labor artesanal ella volvió a consentir la idea de vivir y que alternó con la actividad social: se vinculó a las mesas transicionales de víctimas y fundó en el 2007 la Asociación Paz y Vida, que con ayuda del SENA capacita a personas en diferentes oficios como panadería, artesanías, peluquería, etc. “Le pusimos así porque era como reivindicar un sentimiento. Cuando uno siente paz, tiene vida, y uno aprende a recordar sin dolor”.

Gracias a que la Unidad para las Víctimas definió un Protocolo de Participación que permite a las víctimas, de manera organizada, incidir en la política pública en los municipios, departamentos y en el ámbito nacional, su organización fue elegida en la mesa de víctimas de Valledupar. Paz y Vida hoy tiene 12 miembros activos que luchan

“Al día hacemos más o menos 30 artesanías pequeñas y unas 15 de las grandes. Me da mucha alegría que mi hija Lizeth también me ayuda”, cuenta con orgullo.

Lizeth cursa octavo semestre de sociología en la Universidad Popular de Valledupar. Es hija única y tiene 20 años. Su nacimiento talló una nueva esperanza en la vida de la familia, sobre todo en la de doña Digna -mamá de Dulvis-, que aún no superaba la muerte de José.

Era 1993 cuando el amor subía por las aguas del río Badillo hasta encontrarla: se enamoró de un obrero que trabajaba en las minas de iraca. De este furtivo romance nació Lizeth Andreina. Pero como si Heráclito vigilara su amorío, no permitió que aquellos besos se bañaran dos veces en las aguas del mismo río.

Detrás del último grito del sol, aquel amor se fue para siempre y solo sus ojos quedaron estampados en los de

**Con esta labor artesanal ella volvió a consentir la idea de vivir y que alternó con la actividad social: se vinculó a las mesas transicionales de víctimas y fundó en el 2007 la Asociación Paz y Vida**

pintura, ojalá roja -su color favorito-, y el esmalte. No es un proceso fácil. Sin embargo, esto le ha permitido combinar el arte con la paz y la vida, pues cada paso del proceso tiene su encanto, su motivación, su fuerza.

Ahí es cuando empieza a construir pequeños universos de madera. Dibuja con sutileza la silueta de la figura que quiere obtener y corta cuidadosamente hasta darle la forma soñada. Viene el proceso de lijado en el que interviene su dulzura. Cuando la pieza tiene su color, ella graba con el lápiz eléctrico un nombre o una frase para luego envolverla en plástico adherente.

A la hora de pulir y hacer los últimos retoques, Dulvis deja correr su voz como los arroyuelos de su natal San Juan en Guajira y canta estribillos de río Badillo, la canción del compositor vallenato Octavio Mesa, que han hecho célebre, Claudia de Colombia y los hermanos Zuleta, entre otros: “Oye el can-

por los derechos de las personas afectadas por el conflicto.

Con el tiempo, Dulvis pudo exhibir y vender sus productos de manera informal en esquinas, estantes improvisados y ferias. “Abril es para nosotros la mejor época, pues es cuando se realiza el festival vallenato y vienen muchos turistas”, dice la mujer que ha sabido replicar en pequeña escala, cajas, guacharacas, pilones y otros instrumentos propios de la cultura musical del Cesar.

El panorama para ella ha mejorado, y aún en medio de las difíciles circunstancias que afronta en su trabajo de liderazgo social, hoy, el negocio, con un nombre sencillo y muy expresivo, Artesanías Vallenatas, sigue siendo lo que mueve a mujeres y hombres en la capital del Cesar para no dejar que las secuelas del conflicto apaguen sus almas, en las que solloza y canta un fértil acordeón.

Lizeth. Por fortuna Dulvis supo ser mamá y papá a la vez hasta lograr que la pequeña lograra encaminarse por buenos caminos.

Hoy, gracias al buen desempeño académico, le ha hecho más liviana la carga económica de los estudios, pues solo paga 200 mil pesos por semestre.

A comienzos del 2013 y aconsejada por el personero de Valledupar, que conocía su trabajo social en Paz y Vida, Dulvis decidió hacer la declaración y salió incluida en el Registro Único de Víctimas. Pronto recibirá su indemnización y espera mejorar el negocio y abrir más mercados.

A sus 56 años sueña que al Cesar llegue la paz; mientras tanto, se prepara para otro día de trabajo artesanal en el que convertirá retales, palos de escobas y otros desperdicios de madera, sucios y polvorientos, en hermosas artesanías. ■

# Un sueño tejido a mano

Zayda Gutiérrez



Málaga es un municipio de Santander empotrado en la cordillera oriental y conocido como “El Valle de los Cercados”. Allí se teje una historia de valentía y ternura protagonizada por una mujer de 62 años, cuya memoria ha ido bordando, con sutileza, el recuerdo de una tragedia familiar, hilada tras hilada y día tras día.

Esta historia comenzó en Bucaramanga, donde doña Zaida Gutiérrez vivía en la comodidad de un hogar de clase media, integrado por sus tres hijos y don Horacio Pereira Uribe, transportador de la empresa de buses Copetrán, quien fue secuestrado cuando agonizaba la década de los 90.

“Recuerdo que el primer conductor que se llevaron fue a mi esposo y a su ayudante, a quienes tuvieron en una casita, por allá lejos, durante 12 días, que para mí fueron interminables”, apunta Zayda.

A pesar de los traumas psicológicos que el rapto le dejó a don Horacio, pudo recuperarse con sus medicinas, y tras superarlo volvió a su trabajo. Así, esta pareja de bumangueses -como cuenta doña Zayda- juntó una ‘platica’ y compró un bus. También obtuvieron el crédito para la casa, como es el sueño del promedio de las familias colombianas.

Sin embargo, el destino, que pasa demasiado tiempo hablando con la muerte, conspiró contra la familia Pereira Gutiérrez, y el 25 de mayo de 2005, a través de una persona conocida de doña Zaida, anunció la tragedia:

– El viejo se nos fue –dijo la mujer.  
– ¿Para dónde? –preguntó Zaida–. ¿Para dónde se nos fue? –repitió.

Don Horacio Pereira Uribe había caído muerto en medio de un combate entre el Ejército y los grupos armados ilegales, en Puente Coco, vía Arauquita-Panamá, en el departamento de Arauca.

Con su muerte no solo vino el dolor, que suele subir por la sangre como lava hasta explotar en los ojos, sino también los problemas económicos. “Perdimos el vehículo y la casa, pues no la pude seguir pagando y tuve que entregársela al banco que me la estaba financiando”.

Las manos inmóviles. Los párpados inmóviles. Las palabras inmóviles. Pero el corazón, con esa firmeza que empuja a quitarse las esquirolas de la vida, latía por encontrar un nuevo futuro. “Quería alejarme de todo. Ya no estaba mi esposo, entonces qué sentido tenía seguir en Bucaramanga, así que me fui derecho con mis tres muchachitos hacia Málaga, con la ilusión de empezar de nuevo y ver a mis hijos formados profesionalmente”.

Así, en principio, su alma acurrucada por el recuerdo herido comenzó a erguirse y a recoger las cenizas de su vida. Y para pasar los ratos empezó a crear prendas a base de lana de oveja. Al poco tiempo vio que era algo rentable y que de ello podría vivir. Entonces se capacitó y aprendió la técnica de aquella herencia que dejaron los indígenas, transformada en la época de la Colonia, y comenzó a confeccionar una forma de vivir que lleva 7 años.

Y fue hace dos años que tomó la iniciativa de montar su propio negocio: Arte Málaga, que funciona en un pequeño local en el centro de esta población.

“Al comienzo usaba lanas que traían del Perú o Ecuador, pero a raíz de que no eran naturales, preferí comprarlas a los campesinos del páramo de Málaga, que trabajan exclusivamente con ovejas vírgenes, es decir, que la extraen cuando el animal tiene entre 14 y 15 meses”.

Después de que Arte Málaga creció, Zaida pudo contratar a otras mujeres. Eso sí, ella misma las capacitó. Ahora son alrededor de 6 mujeres las que sacan adelante la empresa y tejen la vida en el municipio. Es un proceso bonito y digno de reseñar:

Todo comienza en el páramo pues desde allí llega la lana. Después todo transcurre en el taller, que se convierte en un centro de arte en el que cada una cumple una función importante: el lavado, la esquilada, la pulida, etc., y aunque todavía usan lanas tradicionales y telares de cuatro pedales, de esos que son sostenidos por ‘lacitos’ y ‘cabuyitas’, estas mujeres le dan un toque de originalidad a sus sueños a la hora de producir sacos, cobijas, ruanas, tapetes, guantes, calcetines, suéteres y mochilas, entre muchos otros.

Pero hay un ingrediente que no está en la lana ni en los bastidores: es el buen genio -paradójico, sí- de esta santandereana. A pesar de que es estricta en su trabajo, sabe tratar con dulzura a las demás mujeres que le ayudan; no obstante, es ella la encargada de diseñar los pequeños detalles que, como en la vida, dan un toque especial a las cosas.

Ya en Málaga se dio cuenta que, con la aprobación de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, ella y sus hijos tenían derechos a diferentes medidas de reparación. Entonces, con el valor que siempre la ha caracterizado, Zaida desempolvó la carpeta en la que guardaba el denuncia que había presentado en la Fiscalía años atrás por la muerte de su esposo, puso en una tula las fotocopias de la cédula, del acta de defunción y del certificado de los hijos, se dirigió a la Personería de Bucaramanga y declaró su condición de víctima del conflicto armado.

*Hoy, Arte Málaga se ve mejor que cuando inició.  
Zaida ya no se siente sola y logró el sueño de ver  
a sus hijos profesionales*

Pasaron tres meses antes de volver a la capital de Santander -el tiempo que estima la Ley para incluir a las personas declarantes en el Registro Único de Víctimas-, pero se llevó una sorpresa: los documentos no aparecían; regresó a Málaga y recuperó el tiempo.

“Ya estaba entusiasmada, de modo que trabajé muy duro una semana, volví a reunir los papeles y viajé otra vez a Bucaramanga. Entonces le dije a la señorita que me atendió que por favor yo quería ver cuando ella escaneara los documentos y los enviara a Bogotá, pues no podía darme el lujo de que me los embolatara otra vez”.

Al poco tiempo fue sorprendida por una llamada: “Eran de la Unidad para las Víctimas, que me decían que tenía derecho a la indemnización y que ya estaba lista mi carta cheque. Pensé que mi negocio reventaría de bendiciones y así fue”.

Ella aceptó el Programa de Acompañamiento e invirtió el dinero proveniente de la indemnización para fortalecer su negocio. Con once millones de pesos compró materiales de contado como nunca había podido hacer y también consiguió una vitrina para accesorios y exhibidores.

“No lo utilicé todo. Guardé una parte para pagarle de contado a los que me traen la lana, también pagué un mes de arriendo adelantado y cero deudas”.

Hoy, Arte Málaga se ve mejor que cuando inició. Zaida ya no se siente sola y logró el sueño de ver a sus hijos profesionales. Ella es un ejemplo para las mujeres que tuvieron que realizar las exequias de sus esposos por culpa del conflicto armado interno, pero que también han rebautizado su vida.

Ahora, en las tardes soleadas su rostro es asaltado por delgados hilos amarillos que van coloreando sus mejillas para recordarle que el siguiente día será mejor. Regresa a casa, enciende el televisor y sintoniza Arcoma TV, el canal más visto por los malagueños. Si siente mucho frío va hasta la habitación y se coloca una de aquellas prendas con las aprendió a hilar la vida en estos 7 años.

A sus 62 años mantiene la lucidez de la juventud. Todos los días sale a la calle y recorre alegremente el centro de Málaga como si fuera una aldea reencontrada. Su mirada, ya no desangelada, fluye por el páramo hasta que finalmente -con las manos inmóviles, las palabras inmóviles, los párpados inmóviles- se posa en alguna de esas porciones de cordillera, exactamente, sobre las ovejas que dan inicio a este milagro. ■

# Sueños sobre ruedas

José Gregorio Mercado

**Mientras narra su historia, no deja de mover su silla de lado a lado.**

*Sabe que sobre ella ruedan sus sueños y que hoy la vida le está dando una nueva oportunidad*

**E**l domingo 23 de junio de 2013, en un salón de eventos de la Alcaldía de San Jacinto (Bolívar), se indemnizaban a 35 víctimas del conflicto armado de la región de Montes de María. A pocos kilómetros de allí, el Presidente de la República, Juan Manuel Santos, reafirmaba su compromiso con la paz delante de más de 10 mil sobrevivientes del conflicto armado, principalmente mujeres que ignoraban que ese era el Día Internacional de las Viudas, estado civil al que muchas de ellas fueron empujadas por la violencia.

De vuelta al salón, en un rincón, José Gregorio Mercado, otro sobreviviente, imaginaba cómo se vería su negocio en Carmen de Bolívar después de invertirle parte de la indemnización que estaba a punto de recibir.

De mano en mano pasaban las cartas de dignificación, o mejor, pasaban ese papel que es el prólogo a los anhelos y a las esperanzas hechos realidad, con el que la Unidad para las Víctimas le reconocía su condición de sobreviviente. Cuando la recibió, enrolló su sueño y, con la dignidad restablecida y en espera de su carta cheque, contó una historia que comenzó muy lejos de allí, en el tiempo y en la distancia:

Caía la noche, hace 25 años, sobre los techos de Flor del Monte, corregimiento del municipio de Ovejas (Sucre), cuando las balas empezaron a entrar en estampida y a estampillarse por las paredes de la casa donde pernoctaba tranquila la familia Mercado Mercado. Luego de ese vómito metálico, unos hombres encapuchados arruinaron todo cuanto encontraban.

Desde la cama, Miguel Antonio Mercado sintió temor de que su familia fuera masacrada, pues en el fondo él sabía que su liderazgo al frente de una organización de campesinos de Sucre podía ser la causa por la que aquella horda estaba taladrando, no solo las paredes, sino la tranquilidad de los últimos días de marzo de 1988.

-No disparen más -gritaba Miguel Antonio, mientras daba lo que sospechaba que serían sus últimos pasos. Caminó descalzo unos metros con los pies arrastrándose en la tierra, la misma que le había dado vida, que lo había acogido y que esa noche, desamparada e impotente, veía cómo la despojaban de uno de sus hijos. Sobre la enramada de aquel techo artesanal, el plomo vertía su velo de espanto y la luna sudaba de miedo.

Digna Isabel, su esposa, compartía el mismo miedo y la misma sospecha, mientras abrazaba a sus pequeñas hijas, Biondis y Glemis.

José Gregorio, que por entonces tenía 18 años, rasgaba -con desespero- el cojín que forraba los brazos de su silla de ruedas.

Aquella noche terminó la lucha de este campesino. Miguel Antonio no pudo ver el proceso de pacificación que germinó años después, en abril de 1993, cuando, según archivos históricos, se logró la desmovilización del movimiento Corriente de Renovación Socialista (CRS).

La muerte también le impidió ver cómo a mediados de la década del 90, la embajada de Alemania en Colombia lideró un proceso de acompañamiento a los campesinos para poner en marcha proyectos productivos que por años han sido el sustento de buena parte de la comunidad.

A las 10 de la mañana del siguiente día encontraron el cuerpo de Miguel Antonio completamente lacerado. Había sido atado de pies y manos y tirado en el platón de una camioneta hasta llegar al sitio escogido por los hombres para asesinarlo, no sin antes torturarlo y cercenarle el cuello.

“Fue horrible. Uno no se imagina que a una persona le hagan semejante cosa. Esa noche, como casi nunca me había ocurrido a pesar de mi enfermedad, me sentí impotente”, narra José Gregorio, quien es consciente de que algunas cosas en la vida son decisión de Dios y hay que aceptarlas, pero que otras, son una aberración de la humanidad.

José Gregorio padece poliomielitis desde que tenía 20 meses de nacido. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) esta enfermedad es muy contagiosa y es causada por



José Gregorio en el I Encuentro de periodistas comunitarios y Reparación Integral a las Víctimas

un virus que invade el sistema nervioso y puede causar parálisis en cuestión de horas. El virus entra en el organismo por la boca y se multiplica en el intestino.

La OMS estima que en 1988, el mismo año en que fue asesinado el padre de José Gregorio, los pacientes de polio en el mundo eran 350.000. En el 2012, esta cifra bajó a 223. Y en este año, solo considera endémicos a tres países: Afganistán, Nigeria y el Pakistán.

Pero ningún diagnóstico y ningún estudio le han quitado un segundo de vitalidad a José Gregorio, nacido en un municipio cuyo nombre lleva el espíritu de un gran hombre: San Francisco de Asís de Ovejas. Quizás por eso -irremediablemente- él también es un hombre con “corazón de lis y alma de querube”.

“En la infancia tuve pues algunas limitaciones, pero ni modo, había que seguir pa’ delante. Recuerdo que yo tenía 14 años cuando al pueblo -más exactamente al corregimiento

Flor del Monte- llegó una monja, que fue quien me regaló la primera silla de ruedas, de las tres que he tenido, pues he dañado dos”, expresa con la mirada altiva y serena.

Al entrar el año 1990, Digna Isabel cerró para siempre la puerta de su casa en Flor del Monte y se fue con sus tres hijos hacia Carmen de Bolívar. Allí empezó una nueva etapa en la vida de esta familia -ya sin Miguel Antonio-. Por un lado, la relación entre los hermanos se fortaleció, y por otro, se desbarataron para siempre momentos que solo se vivían integralmente con el padre.

“Nosotros -añade- hemos sido muy unidos con mis hermanas y mi mamá. Además, tengo unas tías con las que me la llevo bien, pero sí se notan muchos vacíos a veces, sobre todo en las navidades. Antes pasábamos esas fechas muy unidos, ahora como que cada uno está por su lado; mis hermanas tienen sus esposos... ya tengo sobrinos”.

Su madre, después de vencer al miedo, muy digna, eso sí, se atrevió a hacer la declaración. “Eso fue ya hace 10 años, y vea, con paciencia se han dado las cosas. Ella, al comienzo tuvo miedo, pero cuando se supo que esos señores ya no estaban lo hizo. En la declaración nos incluyó a todos”.

José Gregorio hace parte de las 253.512 víctimas registradas en el departamento de Sucre y de las 1.364 que en Ovejas han sido víctimas por el homicidio de algún familiar, de acuerdo con las cifras oficiales de la Unidad para las Víctimas, para septiembre del 2013.

Mientras narra su historia, no deja de mover su silla de lado a lado. Sabe que sobre ella ruedan sus sueños y que hoy la vida le está dando una nueva oportunidad para seguir adelante con sus proyectos, aunque el dinero de la indemnización no signifique todo para él. Hay otras cosas que le fortalecen el alma.

“Estas acciones del gobierno son buenas porque hay mucha gente desprotegida, que quedó en el aire. Con la muerte de mi papá las cosas que pensábamos hacer se vinieron al piso, ya que él hacía todos los trabajos en compañía de mi mamá”.

Es domingo, no tiene afán de ir a abrir el negocio, su pequeño local en el barrio El Prado, de Carmen de Bolívar, así que se

tro, fueron suficientes para que José Gregorio heredara de su padre el gusto por la música popular, sobre todo por Darío Gómez, verdadera razón por la cual suele pasar horas escuchando al ‘rey del despecho’, muy lejana de los desamores que sus canciones sugieren.

“Ese tema me trae recuerdos de la infancia. Cuando lo escucho recuerdo a mi papá. Él era fanático de esa canción, sobre todo de una parte que dice:

*Yo no quiero aceptarme su olvido  
Porque solo nací para amarla  
Y no sé cuánto voy a quererla  
Ni hasta cuando me dure esta traga*

Canta en voz baja ese estribillo, porque en el resto del salón siguen llamando a las víctimas para recibir su carta cheque.

La polio nunca lo ha detenido, mucho menos la muerte de su padre, y hoy, aunque no ejerce los estudios hechos, se siente tranquilo por haber logrado terminar el bachillerato y un par de grados superiores. “Terminé el bachillerato en el Carmen y me metí a estudiar Administración de Empresas y Tecnología en Operación y Mantenimiento de Computadores, pero no sé porque no hago nada de eso”.

**“Como no hay agua del grifo entonces me ayudan a traer agua en baldes, pero yo solito hago mis cosas. Yo me baño solo y me visto solo”.**

relaja. Vuelve a desenrollar la carta de dignificación y escucha que llaman a más víctimas para entregarle la carta cheque.

“Hace tres años abrí el negocio con el dinero que mi mamá recibió de la ayuda humanitaria. No es muy grande, pero ahí la paso y me gano la vida. Estoy convencido de que con la plata que me llega de la indemnización le meteré otros computadores a ver si mejoro los ingresos”.

Su discapacidad no le impide abrir cada día el negocio y sacar un letrero que anuncia la venta de cedés, servicio de fotocopiadora, papelería, impresiones, minutos, entre otros productos y servicios. “Yo hago muchas cosas. Soy una persona que aprendo fácil. Por ejemplo, hago mantenimiento a celulares”. Tampoco ha sido impedimento para desarrollar sus dones artísticos:

“Hay ratos en que me da por pintar. Hago unos cuadros bonitos, pero no lo tomo en serio. Es más bien como un pasatiempo. Una vez me dio por hacer hamacas, de esas artesanales bonitas y grandes, pero las vendí y nunca más hice otras”.

Los ocho años que Miguel Antonio llevaba conviviendo con su familia, después de haberse alejado por más de un lus-

Las únicas limitaciones que tiene José Gregorio para moverse son algunos huecos que hay en las calles y las escaleras altas que tiene la casa donde vive actualmente con su madre y unas tías, barreras por las que debe acudir a otras personas, en especial cuando se va a bañar, pero no precisamente para que le ayuden en la ducha.

“Como no hay agua del grifo entonces me ayudan a traer agua en baldes, pero yo solito hago mis cosas. Yo me baño solo y me visto solo”.

La vida le arrebató a su padre hace 25 años. Hoy, con 43, sueña con tener una familia, ya que su parálisis no es total y no le afecta sus deseos reproductivos. “Quiero tener dos hijos; yo no me puedo quedar atrás porque mis hermanas ya tienen sus familias”.

Por fin sale del paquete su nombre. Va hasta la mesa. El saludo de los funcionarios de la Unidad para las Víctimas es efusivo. Toma su carta cheque. Ya casi termina la jornada y debe irse. Se devuelve y dice: “no le dije lo más importante, me gusta todo lo que sean fritos y soy adicto al jugo de mango”. ■

## Blanca Luz y su nueva cita con la vida

Blanca, 38 años, 1.60, trigueña, desplazada por el conflicto armado, calienta, estira, oye el altavoz que pronto anunciará la salida de la Media Maratón de Bogotá, la modalidad 10 k, en medio de un enjambre de camisas amarillas. El himno nacional. Otro himno: “Ueye lojee jeyee ole ye jaa ole ye jeee, sí, sí, Colombia, sí, sí, Caribe, sí, sí, Colombia, sí, sí, Caribe”. 10:33 a.m. El esperado disparo y la 10 k de Bogotá arranca, Blanca Luz Barba arranca.

28 de febrero de 1998.

En la finca de mi mamá, a las 12 de la noche, de forma sorpresiva, llegaron los paramilitares. Ya la noche anterior se habían metido en el pueblo El Tomate, en Córdoba, que está a una hora, y lo

quemaron. Eran tantas las casas que quemaron que el resplandor de la candela llegaba hasta la finca. Uno se paraba y la sombra pegaba hacia atrás. Esa noche la pasamos con el miedo de que fueran a llegar hasta allá. No pasó nada.

A la otra noche, en la carretera quemaron un bus y a un señor que estaba adentro. Luego, empezaron a meterse a las fincas y todo el mundo comenzó a correr hacia el monte, porque no sabían que más hacer, hasta que llegaron a la finca y preguntaron qué cuántos vivíamos allí. Mi mamá dijo: “Vivo con mi hija y mi yerno”. Entonces ellos preguntaron que dónde estaba él. Yo les respondí: “¿Para qué?”. Ellos estaban armados y con unas bandas oscuras

en la cara. Es que nos lo vamos a llevar. “Pero ¿por qué? ¿qué hizo?”. Y salí corriendo detrás de ellos para que me devolvieran al papá de mis hijos, porque era injusto que se lo llevaran, yo no sabía por qué. Entonces uno de ellos le dijo a otro: “Acábala”. Y ese otro me dijo: “Devuélvase, devuélvase”, y me empujó, mientras yo le decía que no, lo agarré de la ropa, pero me empujó. “Que si no tenía mamá, que si no tenía hijos, usted se está llevando al papá de mis hijos, yo que voy a hacer”, le decía. Entonces me devolvió y le grité a mi mamá: “Se lo llevaron, se lo llevaron”. Empezamos a correr hacia el monte asustadas, con los niños. Luego los bandidos se devolvieron y le prendieron fuego a la parte de atrás de la casa. Se quemó todo, yo me

Blanca Luz Barba



Blanca luce uno de los trofeos ganados en su carrera deportiva.

## Esa noche que se llevaron a mi esposo me quedé con cuatro hijos y estaba embarazada de dos meses del quinto, Danielito, que ahora tiene 15 años

quedé sin nada. Fueron los del grupo del 'Mono López', de las Autodefensas.

Esa noche que se llevaron a mi esposo me quedé con cuatro hijos y estaba embarazada de dos meses del quinto, Danielito, que ahora tiene 15 años.

A su esposo, Rafael Espitia Mejía, lo conocí en la finca cuando era contratista de Ecopetrol. Él llegó desde Barranca. Pero se fue por su trabajo. Un año después volvió. Se comprometió con ella, quien le enseñó a cultivar la tierra, a recoger maíz, a ordeñar. Ese fatídico 28 de febrero no era la primera sombra que atravesaba la vida de Blanca Luz, quien forma parte de las 219.746 víctimas del conflicto armado que desde 1985 ha tenido el departamento de Córdoba.

Cuando era niña, en agosto de 1988, el grupo del 'Mono López', de las AUC, cometió una masacre en el mismo municipio y también quemó muchas casas. Gracias a Dios no llegaron a la finca de mi mamá, además me había ido a pasar vacaciones a la casa de mis abuelos que queda muy lejos. Pero sí mataron al yerno de un tío con un tiro en la frente. Fue el mismo grupo que hizo lo que le conté de 1998.

Yo me dedicaba a la casa, igual que mi mamá; a mi papá no lo conocí, porque él trabajaba en construcción y se cayó de un décimo piso. Al día siguiente de la desaparición forzada de mi esposo pasó un camión en el que estaba un señor de Barranquilla que había ido de vacaciones a El Tomate con sus dos hijos y la noche anterior se los mataron. El camión nos llevó a Montería. En la capital tenía miedo de ir a las autoridades, de decirle a alguien, era el temor de que nos fueran a

encontrar y hacernos algo. Así que viajamos a Barranquilla al día siguiente, pero nos quedamos en el barrio La Central de Abastos, en Soledad, municipio que queda pegado a la capital.

Allá se quedó la finca que vaya ironía se llamaba "La bendición de Dios", quien, quizá apenado, guardaba silencio en espera del momento adecuado para aparecerse a Blanca, cuyo caso se inscribía sin piedad en los 4'848.944 hechos victimizantes asociados al desplazamiento forzado ocurridos en Colombia. Quedaron atrás desoladas, exiliadas de su vida, las 45 hectáreas de niñez, de juegos, de tierra, de animales, de maíz, de ñame, de yuca, de ajonjolí que recogían y vendían en los depósitos La Mazorca y Colón, en Montería.

En ese momento en Soledad vivimos en una pieza que tenía solo las paredes, no tenía techo. Era un lugar que no tenía dueño, pero a los tres días aparecieron. Eran unos cristianos que me llevaron a su casa, con mis cinco hijos y mi mamá. El dueño me dijo que allí no me iba a faltar nada. Trabajé en el colegio alemán de Barranquilla en un quiosco en el que vendí gaseosa. Me ganaba 25.000 pesos a la semana. La familia de cristianos no me dejaba pagar nada; ellos me decían que guardara mis ganancias por si se me enfermaba algún niño o para comprar los pañales y la leche para Daniel, mi hijo menor. Luego dejé de trabajar en el colegio y me fui a vender almuerzos con una señora cerca al Metropolitano, en una especie de bodegas que estaban construyendo. Yo lavaba la loza, me pagaban 20.000 pesos a la semana.

Luego me fui a vivir a una casa de una urbanización abandonada, en Soledad.

Entonces empecé a ir a una iglesia cristiana, cerca de la casa, y comencé a trabajar con los hermanos de esa iglesia: a lavar, a planchar, a hacer aseo. En una casa de unos hermanitos de la iglesia duré trabajando dos años, entonces se me acomodaron mejor las cosas en la casa; me regalaron una cama para no seguir durmiendo en el suelo y unas sillas. Y pude pagar el arriendo.

Duré mucho volteando en Barranquilla, buscando la ayuda del Gobierno, pero no pasaba nada. Luego mi hija mayor se enamoró de un joven que me violó a la hija menor, de ocho años. Le preguntaba a Dios qué mal yo había hecho, y hasta dónde va a llegar esa violencia contra mí, fue horrible. El muchacho que violó a mi hija estuvo preso, pero se escapó y anda por ahí, campan-te en Soledad.

De repente, a Blanca Luz la sorprendió la vida que, aunque un poco estrecha todavía, le comenzó a conferir, a cuentagotas, como escribe el poeta Giovanni Quessep "la libertad del que sueña", tal vez la del que ora.

Estaba en la iglesia, todavía no corría, cuando me salió una beca. No sé cómo llegaron mis papeles a Bogotá. De aquí me llamó una niña y me dijo: "Felicitaciones", que me había salido una beca en la Universidad Santo Tomás de Barranquilla; era un curso de Máquina Plana, de cinco meses, para hacer bolsos. La hermana Cristina, de la iglesia, me regaló los pasajes. Aprendí a coser. Cuando terminé el curso comencé a trabajar en Dismoda, una empresa grande de ropa. Hacía los cuellos de las camisas. Allí, después de un año, me ascendieron a supervisora. Tenía un sueldo, conseguí

una muchacha para que me cuidara a mis hijos. Fue algo hermoso. Me salí de ese trabajo. Volví a hacer aseo en oficinas, a lavar y planchar. Después, en el 2003, entré a trabajar en una empresa de vehículos en Barranquilla.

Tristemente lo que le pasó a mi niña en el 2004 fue lo que hizo que llegara a contactar a una entidad del Estado. En la UAO conocí a la doctora Carolina Herrera y luego a Humberto Barceló, y ahí comencé mi proceso, porque me metieron en un programa llamado "Primeros Principios Administrativos", que duró tres meses. Al terminarlo me regalaron una máquina plana industrial, porque yo quería algo con que defenderme, y me dieron como 800.000 pesos en material para bolso fino.

En ese entonces el marido de mi hija mayor sabía hacer bolsos y me dijo: "Blanca, vamos a arrancar, yo te enseño", y bueno le enseñó a mi hijo mayor que tiene 22 años, al menor que tiene 15 y me enseñó a mí. Él aprendió con el papá, que siempre ha hecho bolsos. Aprendí a hacer can-guros, bolsos y el morral estilo Totto, que hacemos con un material llamado codra, una especie de lona. Esa máquina plana me dio para las otras tres máquinas. Mi yerno después nos abandonó, pero yo seguí con mis hijos.

En realidad solo trabaja con sus dos hijos. Su hija menor lo hace en un consultorio y estudia Enfermería. Las otras dos hijas viven en Magangué con sus respectivos esposos. Hace poco cosió 400 bolsos para un importante periódico de Barranquilla; no fue un contrato conseguido por ella directamente; sueña con el día en que ella misma haga un negocio grande. Muchas veces el sueño lo persigue a uno hasta que lo alcanza.

Un día, hace dos años, me llamó la vecina, que me dijo que acompañara a correr al esposo a Malambo, yo le dije que no, que no tenía zapatos y ella me prestó unos, así que fuimos a Malambo. Luego de la carrera regresamos a Soledad, donde vivía, y me presenté al profesor Orlando Maldonado, el entrenador de Julieth Mendoza, corredora profesional en Barranquilla. Él fue corredor profesional, pero tuvo un accidente en una moto y ahora tiene unas platinas en la pierna, corría los 10 kilómetros. Comenzamos a entrenar y a los cinco meses salió una carrera en Santa Marta, que el profe me dijo que corriera, pero yo le dije: "Profe, van a llegar niñas más jóvenes que llevan mucho años entrenando, yo voy a llegar a apagar las

velas". Pero el profe me dijo: "Yo confío en ti, tú tienes que confiar en ti, yo sé que tú puedes, yo te doy los pasajes". Y nos fuimos.

El 29 de julio de 2010, cuando se soltó la competencia, me aconsejó: "No te vayas a salir matando como los otros, porque a los tres kilómetros ya no pueden, sal como si estuvieras en un entrenamiento, despacio, el cuerpo te va pidiendo", y así llegué de segundas y me gané 350.000 pesos y descubrí que corriendo podía llevar dinero a la casa, me dije Dios mío voy a seguir corriendo.

Blanca Luz, admiradora de Katherine Ibarquén y Mariana Pajón, corrobora los versos del poema 'Una carta rumbo a Gales', del escritor y poeta colombiano Juan Manuel Roca: "Las mujeres de este país son capaces de cocerle un botón al viento, de vestirlo de organista". Corrió en la 10 k en Barraquilla (3r. puesto); en la Q, en Barranquilla; en la de la Policía; los 15 k, en la San Silvestre del 31 de diciembre (4º), para amanecer el primero de enero con dinero; en la de Riohacha (2º); en la de Maicao (3º); en la de Baranoa (2º), en la del 14 de noviembre en Cartagena. Así transcurren los kilómetros, se despiden los miedos y se saludan las alegrías.

Trabajo en mi casa, desde las seis de la mañana, haciendo bolsos y morrales. Sueño con tener una empresa grande y poder darle trabajo a las madres cabezas de familia y a las mismas víctimas. Mi hijo mayor estudia Mercadeo y Venta, en el Sena de Barranquilla, el menor no estudia porque me la paso viviendo de aquí a allá, pero me ayuda en el trabajo.

Hace tres años estuve en Montería, y me dio mucha nostalgia saber que estaba tan cerca de mi tierra y que no podía verla porque todavía hay grupos armados ilegales por la zona.

Hasta junio del 2013, según estadísticas de la Unidad para las Víctimas, se registra presencia de guerrilla en tres municipios de Córdoba: Montelíbano, Puerto Libertador y Tierralta, y de bandas criminales, en seis: Ayapel, la Apartada, Montelíbano, Montería, Tierralta y Valencia. Ahora, esa nostalgia hace que un recuerdo 'antipersonal', oculto en alguna esquina de su memoria, explote y se asomen sus esquirlas.

Se me había olvidado contarle que seis años después de la desaparición de mi esposo recibí una llamada de mi tío que me dijo que lo habían encontrado, que es-

taba en un pueblo tirado y muy golpeado. Yo creo que él se les escapó. Viajé a verlo gracias a los pastores que me dieron los pasajes. En Cereté (Córdoba), en la finca de La Carolina, estaba mi tío con mi esposo. Al principio no lo podía tocar de lo maltratado que estaba. Me dijo que lo habían torturado, que lo habían puesto a trabajar el campo para cultivar comida para ellos y que lo mantenían amarrado a un árbol. Duré allí un mes. Me lo quería llevar para Barranquilla y allí regresé para ver cómo me lo traía. A mis hijos les dije: "Su papá está vivo, está vivo", cuando recibí otra llamada de mi tío que me aconsejó que no viajara porque habían llegado los paramilitares a la finca donde mi esposo se había quedado y la quemaron. Se lo llevaron otra vez. Ahora estoy segura de que lo mataron y no sé dónde está enterrado. En ese mes que lo vi quedé embarazada de mi hijo menor.

El llanto se asoma a las mejillas de Blanca, tal vez porque el espacio que aún ocupa esa desgracia sus recuerdos todavía no pueden habitarlo. Es como si hubiera sido una aparición fantasmal solo para que naciera su último hijo. Rafael Espitia forma parte de las 3.145 víctimas desaparecidas forzosamente en Córdoba desde 1985.

Para mí la reparación es reparar el alma, el corazón. Eso no se me va a olvidar, porque te juro que no se me olvida. He asistido a talleres de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas para saber sobre mis derechos como víctima del conflicto armado en Colombia y para recibir atención psicosocial. Por eso, ahora que hay una sanación interior y he entendido que el pasado no puede volver, y lo único que pido a Dios es que me mande un contrato bien grande para que yo pueda comprarme una casa.

Para llegar a esta esperanza ha tenido que cruzar por la muerte y la desdicha. A veces es la forma en que la verdadera felicidad confabula para poder alcanzarla. Ahora, en el lobby del hotel, ella se sienta, con el alma apretada de ansiedad, y espera a la persona con la que busca hacer su primer negocio grande, personalmente, sin intermediarios. Esa persona llega 5 minutos después. Blanca Luz ahora tiene el alma habitada de alegría, sabe que ha llegado a una de sus metas. 11:35 a.m. el dorsal 32157 cruzó la meta del Parque Simón Bolívar. Uyeje lojee jeyee ole ye jaa ole ye jeeje, sí, sí, Blanca, sí, sí, Colombia. Bienvenida a su nueva vida. ■



## ‘El fosforito de la esperanza’, historia de una desaparición

Las historias de desaparecidos en Colombia se narran en tiempo presente, porque para sus familiares siguen aquí, en un espacio inmaterial; están en álbumes, retratos, flashes de la memoria y sitios comunes. A pesar de no saber de ellos y ellas durante muchos años, cada recodo de la vida tiene sus imágenes, ademanes y figuras.

Esto nos lo enseña Gloria Salamanca, quien sueña reencontrarse con ‘el mono’ -su hijo- desde el ocho de octubre de 2006, cuando en una conversación telefónica, de las que cruzaban hasta tres veces al día, sin darse cuenta se despidieron.

“Él me llamó ese día. Recuerdo que era un domingo en la tarde y me dijo que hiciera esto y lo otro porque iba a salir a Pasto. Yo le colgué, pero como uno de mamá tiene un sexto sentido, presentí que algo estaba pasando. No sé, pero empecé con dolor de estómago y tembladera.

“Al siguiente día le marqué pero no tuve respuesta. Intenté ubicarlo a través de Jhon Jairo, mi exesposo, que vive en Pasto, pero no fue posible”, dice Gloria.

Desde entonces camina en medio de dos incertidumbres que suelen unir sus sombras en cada esquina, pero andan por aceras distintas. Hoy no sabe a ciencia cierta si Jhon Jairo está muerto o fue raptado por un grupo armado ilegal en el corregimiento de Sánchez, del municipio de Policarpa, ubicado al sur occidente de Nariño, en la subregión del Patía.

“A mi hijo me lo quitaron por allá en Sánchez, en lo que llaman la Loma, y estuve a punto de tenerlo conmigo otra vez, pero no fue posible porque unos me decían que lo habían tirado al río y otros que estaba reclutado. Yo sé que está vivo y si él me ve o me escucha en alguna parte sabe que lo hago con todo el amor y que no descansaré hasta tenerlo junto a mí”.

## Así el ‘fosforito’ siguió encendido. En abril del 2013 ingresó al proyecto de voluntariado que impulsa el equipo de apoyo psicosocial de la Unidad para las Víctimas.

Mientras esto ocurre, Gloria cambia los sollozos por algo que denomina “el fosforito de la esperanza”. Así despierta todos los días antes de que el sol luzca su dentadura de oro y alista su valentía para una nueva jornada.

“Yo salgo faltando un cuarto para las siete de la mañana a trabajar en mi negocio de masajes. Cuando me levanto lo primero que hago es darle gracias a Dios y a la vida porque puedo ver, sentir, escuchar, tocar y porque estoy viva”.

Gloria vive enseguida de sus padres, en un barrio del sur Bogotá, de donde es originaria. Sus 53 años los ha pasado en la capital colombiana. Allí creció y se enamoró. Allí se casó un 28 de junio de 1978 y también allí se divorció, a finales del 2003, del hombre que le dio 25 años de felicidad y dos hijos, Jhon Jairo y Alex. Tiene una hermana, Lucero, menor que ella, con quien vivió aventuras en la infancia que sobreviven también en la memoria.

“Yo le hacía muchas maldades a Lucero. Cuando íbamos con mi mami al mercado de San Jorge, cada una cargaba una bolsa. Como premio ella nos daba una Lechera. Yo acababa la mía primero y obligaba a Lucero a cambiármela. Lo mismo le hacía en el almuerzo, le cambiaba mis papas por su carne”.

Guiada por su instinto de madre, salió a buscar a ‘Jairito’ nueve días después, en una aventura heroica y casi anónima, pero tristemente infructuosa. Después de 18 horas de viaje desde Bogotá, llorando, pisó suelo nariñense. El primero en recibirla fue Jhon Jairo, a quien no veía desde el 2003, cuando se separaron. Estaba junto a Olga, la nueva esposa.

“Él apenas me vio se puso a llorar. Eso me dio pauta para pensar que a mi hijo sí le había pasado algo”.

Al siguiente día salieron los tres en búsqueda del muchacho. Se fueron por la ruta de Remolinos, en la vía que conduce Barbacoas, en el Bajo Patía. Llegaron a Paso Real, una calle larga, en cuyos costados se aprecia la cultura del comercio: hay cafés de paso, tiendas, billares, restaurantes y casas chanceras. Hasta aquel lugar habría ido ‘Jairito’ con un sueño:

“Él dijo que nos íbamos a vivir por allá tres años y que se iba a poner a estudiar Diseño Gráfico porque eso le gusta mucho. Que mientras yo hiciera manicura a las calentanas de allá, y para eso me pagó un curso antes de irse”.

En Paso Real Gloria supo, por primera vez, qué era tener la garganta seca y los párpados inmóviles:

–Vengo buscando a este chico –le dijo a una joven, mientras le mostraba la fotografía del ‘mono’.

–Ya vengo –dijo la muchacha.

Regresó con otro ‘pelao’ que le dijo:

–Doña, ¿quiere que le diga algo? A ese ‘pelao’ lo mataron y lo echaron al río.

“Uno no puede pasar saliva. Se reseca la garganta. Se pierde el control de esfínteres. Empecé con hemorragias y un dolor en la tráquea que no se imagina”.

El mismo joven le comentó que quienes habrían ejecutado el crimen serían de las lomas, tras lo cual, Gloria tomó aire y decidió ir hasta ese lugar. La tarde encunaba en Paso Real, y en contra de todas las advertencias tomaron la ruta del Bajo Patía hasta las Lomas, en dos motos, una en la que iba Gloria y otra con Jhon Jairo y Olga.

“Era oscuro ya. Solo se veían las luciérnagas. Los de las motos nos dejaron en una explanada, cerca al cementerio, y desde ahí caminamos al caserío. Cuando llegamos, antes de poder entrar nos hicieron inscribir en un cuaderno”.

–A qué vienen –preguntaron.

–Papi, buenas noches. Lo que pasa es que yo vengo buscando mi hijo y yo sé que ustedes me lo quitaron –respondía Gloria. A medida que decía “ustedes me lo quitaron”, acrecentaba el dolor.

“Llegamos a un lugar donde solo se veían personas con boinas rojas y verdes. Para mí era aterrador ver a niños y niñas con uniformes, con esos fusiles colgados que eran más grandes que ellos mismos”.

Los siguientes 15 días fueron una vorágine. Todo era confuso. En medio de oraciones, Gloria le pedía a Dios que le mostrara dónde estaba su hijo. La búsqueda se concentró en el caserío donde empezaron a aparecer indicios de que Jairito estaba vivo y lo encontraría: un reloj y un pantalón, fueron claves.

“En medio de toda la gente yo vi el reloj de Jairito; estaba segura de que era el mismo que el papá le había regalado cuando hizo la inducción para trabajar en Invercosta”, dice. A sus observaciones se sumaron las de Olga, que corroboró que un hombre llevaba el pantalón que le había lavado al muchacho ocho días atrás.

Los días que vinieron solo trajeron más angustia. Y esta desesperación la llevó a insultar al comandante del Bloque y a tener constantes alteraciones de sus estados de ánimo. “Yo llegué a odiar a todos porque no sabían el daño que me hacían”, comenta.

Antes de abandonar la búsqueda Gloria tuvo dos conversaciones que, como ella sostiene, le cortaron las alas.

– Doña, mire, si esa gente tiene a su hijo no se lo van a de-



Gloria, en su habitación recuerda cada instante de la vida de su hijo Jairo

volver y si está muerto no se lo van a decir –dijo la persona donde se hospedaron los 15 días.

Más adelante, el hombre que portaba las cosas de su hijo le dijo:

–Váyase, si no quiere que la maten a usted y a su familia.  
–Por todo lo que se ponga de mi hijo el Señor lo va a avergonzar –dijo.

“Cuando salimos del caserío, yo le dije adiós moviendo las manos y él me dijo adiós, poniéndolas en su frente”.

Pero sus manos y su corazón estaban vacíos. Solo se llevó frases y palabras que todavía están secándose en las cuerdas del tiempo.

Solo hasta el 2007 volvió a tener razón del ‘mono’. En una notificación del CTI, un informante dijo que el muchacho estaba en las filas de la guerrilla.

Tras aquel hecho vinieron otras situaciones que la afectaron más. “Mi mami contrajo osteomielitis y a mi papi le dio un cáncer en los pulmones. El deseo más grande de ese momento era morirme”.

Fue en la Fundación País Libre donde comenzó su recuperación y tuvo mucho que ver el apoyo psicosocial, porque en las terapias encontró un lugar donde era reconocido su llanto y sus manifestaciones de dolor. El proceso implicó ‘alzar el vuelo’, es decir, retirarse de la protección que le brindaba su hermana Lucero y empezar a afrontar todos los miedos. Se ganaba la vida en varios oficios e ingresó a cursos de danza, yoga y natación.

“En las terapias conocí a una amiga que me dijo si quería aprender a nadar. Me llevó a unas piscinas y aprendí. Para mí fue valioso porque con la natación pude enfrentar mis miedos. Imagínese que yo antes le tenía miedo a los charcos y a los ríos”.

Esta tragedia familiar causó muchas secuelas, entre ellas el alcoholismo de Alex, que por fortuna pudo superar. Él ahora vive en Florencia con su esposa y sus tres hijas, Lesly, Dana y la pequeña Kimberly. Lucero y Gloria cuidan de sus padres y Jhon Jairo sostiene su negocio en Pasto.

En muchas ocasiones, después de buscar culpables, pensó que la mayor culpa era de ella porque ‘el mono’ vivía con Alex en Florencia y por presión suya él fue a parar a Nariño, a perseguir el sueño de iniciar un negocio de giros nacionales y así estar junto al padre.

En enero de 2012, Gloria y su familia fueron indemnizadas como víctimas directas por desaparición forzada.

“Con la plata compré una máquina de masajes, y con un crédito pude mejorar el piso de la casa y hacer una pared que dividiera el cuarto de la sala donde monté el negocio. Lo que hace la máquina con los masajes es corregir la columna. Las terapias duran entre 10 y 40 minutos. Yo les recomiendo a mis usuarios que hagan la terapias al menos dos veces en la semana”.

Así el ‘fosforito’ siguió encendido. En abril del 2013 ingresó al proyecto de voluntariado que impulsa el equipo de apoyo psicosocial de la Unidad para las Víctimas.

“Nos capacitaron en lo que tiene que ver con el Registro Único de Víctimas, atención, asistencia, hechos victimizantes, mejor dicho, en todo. Yo trabajo por localidades, en todos los talleres psicosociales que son ocho”.

Allí, Gloria aporta la experiencia y el conocimiento adquiridos en todo su proceso y puede -como otros psicólogos- implementar con las víctimas la acción sin daño.

“Para mí, acción sin daño significa respetar el llanto. Si su tiempo me lo va a dedicar a mí, hágalo como debe ser, mirándome a los ojos y reconociéndome. Uno mira a la víctima a los ojos, respeta su llanto y busca frases que la motiven en esos momentos”.

Gloria también ‘cuida a los que cuidan’. Para este fin, lleva su máquina de hacer masajes a las oficinas de la Unidad para las Víctimas y ofrece terapias de 10 minutos durante las cuales cuenta su historia. “Yo cuido a los funcionarios que también son seres humanos y tienen que cargar con todas estas cosas que nos pasan”.

Hoy por hoy, no se siente víctima, y prefiere la expresión: sobreviviente. Tiene razones de sobra para decirlo:

“Fui víctima como unos seis años. Cuando era víctima no pensaba que tenía papá, otro hijo ni que mis nietas me necesitaban. Ahora sí lo hago. Creo que la reparación sí es integral porque he recuperado mi vida, mis emociones, mis sueños y me siento productiva”.

‘El fosforito’ sigue encendido. Hace un año descubrió en uno de los pisos de la casa un mensaje que ‘el mono’ le había dejado antes de irse a Nariño. “Te amo, gorda. Atte, Jairo”. ■



“Lo hice con amor. Vi en este trabajo una manera de vivir y de ayudar a que otras mujeres aprendieran y sacaran sus hogares adelante”

En Barranquilla una mujer hizo de la bisutería una forma de vivir



Rocío, en el I Encuentro de periodistas comunitarios y Reparación Integral a las Víctimas.

**R**ocío Maribel Castillo, de Aracataca, es alegre, tierna y echada pa'lante. Cuatro décadas adornan su piel, y cuando sonrío se alegra la costa Atlántica y reviven las mariposas de Macondo. Su imaginación se pasea por semillas de tagua, bombón, totumo, asaí, camajuro, coco y caracoles, para crear collares, aretes y otros adornos propios del arte de la bisutería. Su vida, como la de muchas mujeres en Colombia, la ha dedicado a la fantasía elaborada con hilos de colores, cueros y cadenas niqueladas.

Todos los días, a las cinco de la mañana, la alborada despierta su imaginación y sus manos comienzan a traducir sus ideas a obras de arte, que le hacen olvidar, al menos por instantes, la desaparición de su esposo, quien hizo parte de ese cruel tributo que exigió la guerra ilegal el 14 de marzo del 2003 en Retén (Magdalena), cuando él y dos personas fueron interceptadas por hombres al mando de alias 'Maycol' y de alias 'Tijeras', pertenecientes al bloque paramilitar que dirigía "Jorge 40", que, sin mediar palabras, los desaparecieron. Aquí comenzó su angustia, que se incrementó días después, cuando en diferentes sitios aparecieron muertos los dos hombres que acompañaban a su marido, sin que hubiera rastro de él. "¿Estará vivo?", se preguntaba Rocío con insistencia hasta el día en que alias "Maycol" confesó que lo había asesinado.

"El abogado de Justicia y Paz me dijo que fuera a la cárcel en la que estaba recluido el paramilitar, pues él me diría el paradero del cadáver de mi esposo... a mí me dio miedo ir", cuenta Rocío.

Con sus tres hijos, Freider, Maicol y Yeryuri Paola, se fue a Barranquilla escapando del miedo que reinaba en Aracataca. Tomó una casa en arriendo en el barrio Rosario, un sector moderado de la capital del Atlántico. Allí se ganó la vida con la venta de minutos y con el servicio de fotocopiadora. El 2004 fue para ella y su familia un año opaco: con dos yines y dos blusas caminaba por la Arenosa sin rumbo fijo.

Sin embargo, con ayuda del USAID compró una vitrina y la llenó con diferentes productos; empezó a recuperar la vitalidad que caracteriza su raza negra y declaró la desaparición del esposo. Rocío volvió a sonreír y su belleza, igual de mágica a la Remedios de Gabriel García Márquez, resplandeció.

Con algunos ahorros le pagó a su hija menor un curso de bisutería, con el que la joven se hizo experta en la fabricación de collares, llaveros, anillos y otras artesanías.

"Yeryuri siempre me regalaba una de sus creaciones, pero poco me duraban pues la primera amiga que encontraba se antojaba de ellas. De aquí nació la idea de dedicarme a esto; inicié los cursos y le metí la ficha". En poco tiempo, se volvió tan experta como Yeryuri.

Ingresó a un programa de Pastoral Social en el que aprendió más técnicas; también dictó clases a otras mujeres con las que compartía historias similares, ya fuera por el conflicto o por las inclemencias de la pobreza.

"Lo hice con amor. Vi en este trabajo una manera de vivir y de ayudar a

que otras mujeres aprendieran y sacaran sus hogares adelante", dice Rocío, quien luego montó negocio propio en la sala de la casa al que bautizó: Artesanías de Rochi. Desde allí, esta mujer, nacida en el gran Macondo, empezó a crear nuevas historias y más coloridas que las del 2003.

La vida quiso golpearla otra vez, pero no pudo. Rocío venció en el 2010 un cáncer de útero, que le trajo muchas dificultades económicas. No obstante, en el 2011, llegaron nuevas alegrías, pues recibió la indemnización administrativa con la que pudo pagar el arriendo atrasado y comprar material para seguir fabricando los productos que le han devuelto la vida en los últimos cuatro años.

En la capital del departamento del Atlántico, la Unidad para las Víctimas ha beneficiado a más de 2.328 víctimas, de las 101.966 que se estiman, había en los registros en agosto del 2013.

Hoy, madre e hija fabrican alrededor de 36 artesanías diarias, que Rocío empaca en el bolso y sale a vender. No es raro ver a las mujeres de la Unidad para las Víctimas en Barranquilla lucir anillos en totumo, collares en cuero resinado, cadenas niqueladas con hermosas piedras de tonga o flores de palma de iraca en el centro del pecho, hechos por ella.

De sus ganancias aún guarda una parte del dinero con el sueño de poder hacerse a un plan de vivienda, con el que pueda mejorar el negocio y darles a sus hijos, como lo escribiera el Nobel colombiano, "una segunda oportunidad sobre la tierra". ■

Jorge Enrique Serna

## "Pachera" y la música: una medida de satisfacción

**A**sus 33 años, Jorge Enrique Serna recibió la parte que le correspondía de la indemnización administrativa por el asesinato de su padre, ocurrido en 1993, en Riosucio (Chocó). Así se convirtió en el primero de sus siete hermanos en recibir este beneficio que se otorga a las víctimas, en el marco de la Ley 1448 de 2011.

Sabe que con el dinero suplirá solo algunas necesidades en el hogar, pero su verdadera reparación va más allá del cheque: es cantante y compositor. Con la música ha podido reparar los daños que le produjo el conflicto armado. Esa es su medida de satisfacción.

Es el menor del hogar que formaron Luis Enrique Serna y Licensia Palacios, a orillas del río Atrato, entrada la década del 80. Está en el meridiano de la vida, trabaja en un taller de muebles en el occidente de Bogotá, escribe poemas y los convierte en canciones.

Todo en él tiene un encanto natural: su tez negra, el histrionismo de sus manos, el anecdotario de la infancia, el sublime amor por la familia, los malabares de sus pasos con sabor pa-

cífico y su sonrisa donde ríe la felicidad, a golpe de esfuerzo, de esperanza, de poesía y música.

"Desde niño llevo conmigo el sabor y el folclor. Me acuerdo que yo hacía guacharacas con las latas de las sardinas, les hacía huecos con una puntilla y listo; también cogíamos con un primo y mi hermano mayor las sombrillas dañadas, sacábamos los alambres y armábamos el tenedor", recuerda con una alegría que sus manos subrayan.

Jorge Enrique construía otros instrumentos, tan artesanales como la guacharaca: solía coger la guadua y forrar sus extremos con viejas radiografías, que muchas veces diagnosticaban serias enfermedades. Alrededor les colocaba bejucos finos para asegurarse de que quedara bien templado. Así daba vida a una caja o tambora.

"En esa época el cantante era mi hermano mayor. Mi primo y yo éramos los instrumentalistas. Como el pueblo era tan aburrido nosotros pasábamos noches cantando y componiendo canciones, hasta que la gente llegó a llamarnos 'Los trasnocha perros', comenta entre risas y el tarareo del estribillo de una



Jorge Enrique Sera en el centro de Bogotá, con la sonrisa que siempre lo caracteriza.

salsa que nació tras esa anécdota: “Ese soy yo, que cuando estaba chiquito a todos los vecinos no dejaba dormir...”

Además de esta canción, que aún no ve la luz del sol, Jorge Enrique ha escrito otros 300 temas, todos ellos producto del improvisado pero inspirador libreto de su vida. Solo tres de estos poemas se han convertido en piezas musicales. Uno de ellos ocupará siempre el primer lugar: “Cuando estés con él”, un canto al desamor de la juventud, del que poco habla porque la felicidad junto a su esposa, Liliana Rivas, también chocoana, contradice la tristeza de su letra.

Ella luce 26 años y es la madre de Carlos Andrés, Luis Frank y Maider David, y ante su recuerdo prefiere detenerse, repararla en su memoria y con su voz: “Esa mujer es un tsunami, cuidado que te va a enganchar, desde Colombia hasta Miami anda suelta ese huracán...”

“La primera canción la compusimos en Soacha, en el año 2011, con Edwin Orjuela, un amigo del Valle. A él lo había conocido en una iglesia cristiana y junto a otros amigos que me decían que siguiera con la música nos dimos a la tarea de hacerla”, comenta.

Mientras rememora se asoma otro sentimiento, esta vez de gratitud, por lo que en ese cancionero con ribetes de poemario aparece la canción “Madre solo hay una”, de sencilla letra con profundo sentimiento: “Quién fue la que dio la bendición antes de nacer, quién fue la que me dio la bendición antes de partir (...) siempre te amaré mamá, siempre te amaré mamá...”

Su madre es oriunda del Medio Atrato. Allí permaneció la mayor parte de la vida, pero hoy vive en Quibdó junto a Marleny, la menor de los Serna Palacios. Juntas atienden los cuidados del mayor de los hijos, quien sufrió recientemente un derrame cerebral. No pasa un día de su vida en el que no la llame y le recuerde cuánto la ama.

“Mi mamá es una mujer alegre, le gusta la salsa y el folclor. Es ella quien me ha inspirado a seguir en la música, pues cuando era joven tenía una voz muy bonita y ganó muchas veces concursos de chirimías”, comenta emocionado. Al repasar el triste capítulo de su padre, vuelve a entonar una canción: “Papá, te quiero, papá...”

Luis Enrique Serna nació en Vigía del Fuerte, un municipio urabaense, en los confines del departamento de Antioquia, donde el Chocó cierne sobre la piel de los habitantes el color de la afrocolombianidad y le mezcla al acento paisa un aire pacífico.

Había recibido formación profesional, pero se dedicaba a la agricultura. Era un hombre aventurero y sabía combinar el trabajo social con el del campo y el de mercader, pues llevaba maíz a Maicao, donde compraba mercancías para vender en el Chocó.

Su pensamiento era liberal, afín a las tesis de Luis Carlos Galán. Cuando no estaba leyendo tratados de economía marxista o de sociología, cultivaba yuca, maíz, plátano o caña. Había sido capataz en fincas de la región hasta que pudo conseguir su propia parcela, La Juliana, al otro lado del río, en el caserío Montaña.

“Era experto cazador -recuerda Jorge Enrique-. Cazaba guaguas, que son como unas dantas, y tenía su lote de cedro y flor morado. Incluso, de ahí, él mismo hacía las canoas, ya que como buen antioqueño sabía tallar la madera”.

Parte del conocimiento lo invirtió en el trabajo comunitario y detrás de un sueño: que no hubiera corrupción en su departamento. Lo inspiraba Martin Luther King, inmortal líder de la revolución contra la segregación racial en Estados Unidos y opositor de la guerra de Vietnam, que fue Nobel de Paz en 1964.

Pero ese liderazgo le costó la vida la mañana del 19 de agosto de 1993, cuando volvía de La Juliana al caserío. Era domingo y acababa de llegar con la canoa llena de víveres como era su costumbre, cuando unos hombres, en medio de un aguacero, lo llevaron con engaños a una supuesta reunión, a la que sabían que él asistiría por su fama de defensor de causas sociales.

Sin mediar palabra y sin dar explicaciones apagaron su voz, le quitaron un líder al pueblo y dejaron una respuesta inconclusa, pues un mes antes su padre había ido a Quibdó, adonde el joven estudiaba para regalarle una bicicleta y cinco mil pesos como premio por el buen desempeño académico.

Aquel encuentro, el último entre los dos, dejó una pregunta que todavía no responde completamente, pero que va armando poco a poco, letra tras letra, canción tras canción: “¿Qué me va a dar de regalo, Pachera?”, título que expresa las palabras que hizo al decirle adiós en un puerto a orillas del río Atrato, antes de regresar a Montaña.

La muerte de Luis Enrique no fue la única en aquel tiempo. Ya habían ocurrido hechos similares, a manos de una cuadrilla perteneciente a las Farc, conformada por hombres que no eran de la región.

“La cosas ya se estaban poniendo mal. Mi mamá le decía que se fueran para Quibdó, pero él, con el carácter que lo identificaba, le respondía que no debía nada y no tenía por qué irse, pero él ya sospechaba, porque le había dicho a mi mamá que tres personas días atrás lo estaban siguiendo. No hizo caso y vea”, comenta.

Cuatro años pasaron para que Jorge Enrique volviera al caserío, debido a la prohibición de regresar impuesta a los hijos por las Farc, después de la muerte de Luis Enrique, con el pretexto de evitar cualquier revanchismo por parte de los varones. Solo hasta 1997 regresó a encontrar la respuesta. “Me fui directo a donde el comandante de la zona y le pedí explicaciones. Él me dijo que el asesinato de mi papá había sido un error”, afirma.

Quizás por descaro o porque en verdad lo sintió así, el comandante, de quien prefiere no dar el nombre, le dijo que echara pa’ delante, que tenía todo un futuro. “Mijo, ustedes por aquí pueden venir cuando quieran, pero es mejor que se vayan para la ciudad”.

Han pasado 15 años sin volver a aquel caserío, donde corrió parte de su infancia y donde aprendió a cazar, a remar y a tallar la madera. Allí, donde Jorge Enrique se formó como un joven valeroso y querendón, en la región del Cacarica, en las serranías del Darién.

Esta es una zona apartada de Riosucio, a la que se llega por vía fluvial y marítima, bordeando el golfo de Urabá hasta encontrarse con el río Atrato. De aquella época no olvida los juegos entre cultivos de naranja, papaya, limón, ni las viandas que su madre preparaba a base de bocachico, doncella y sabaleta, tres especies de peces, famosas en el Pacífico.

“Hay una receta muy especial. Mi mamá cogía el bocachico, lo adobaba con tomate, lo envolvía en hojas de plátano y lo metía al horno, hecho de bareque, y eso quedaba exquisito”, asegura.

## Sin fatigarse ni perder la esperanza, decidió enfrentarse, en el 2003, a Bogotá, donde ha librado una batalla diaria y constante por su familia y sus sueños

Vuelve a su padre, y esta evocación talla en su rostro dos lágrimas. “Mi papá significaba un modelo a seguir. Era grande, fortachón, crespo. Era un hombre entregado a la familia. Gracias a él nunca faltó nada en la casa. Él decía por ejemplo: “Hoy vamos a comer tal cosa, se iba a cazar y traía el alimento”. Éramos muy llaves. Él quería que yo estudiara derecho, pero no se oponía a mi pasión por la música”, afirma.

Luis Enrique usaba carriel, poncho y sombrero, como un buen antioqueño. Era respetado en el pueblo y muy serio a la hora de impartir órdenes. Tenía la voz gruesa, y aunque nunca llegó a pegar, sus palabras eran acogidas con obediencia.

Todavía le parece escuchar a su padre decirle desde el puerto: “¡Pachera”, el sobrenombre que lo acompaña desde que le pegaron una extraña enfermedad llamada ‘mal de ojo’, que de acuerdo con las creencias populares, se transmite a otra persona con solo mirarla, causa cansancio e infecciones oculares y hasta puede provocar la muerte. “Pachera” o Jorge Enrique, como todavía le decían en casa, tenía apenas un año de nacido.

“Mi papá me llevó donde “Pacho”, un curandero del pueblo. Él le dijo que me curaría a cambio de que me apodara de la

misma manera que él. Mi papá no tuvo problema en decirle que sí, y así fue, me curaron y desde entonces mi papá me apodó “Pachera”, porque sonaba más bonito que “Pacho”, comenta y sonríe de manera picarona.

Cada detalle en la vida de “Pachera” tiene un sentido y una inspiración, hasta los nombres de sus hijos, quienes además de ser parte fundamental de sus días, llevan consigo la impronta de verdaderos héroes en su vida. Carlos Andrés, el mayor, tiene 6 años, la misma edad de la relación con Liliana, su esposa. Le sigue Luis Frank, de 3 años.

“Ya sabes, el nombre Luis, porque así se llamaba mi padre, y Frank, porque es el nombre de uno de los tíos que me ayudó mucho cuando yo llegué a Medellín en el 2003, después de que las cosas en el Chocó se pusieran más complicadas”, dice.

Y no se queda atrás el pequeño Maider David, de 1 año. “Yo soy muy fanático del Rey del Pop, Michael Jackson, y tengo un primo con el que me la he llevado toda la vida muy bien. Él se llama Jaider. De esa combinación salió el nombre”, refiere sonriendo.

Todos tres, con sus exóticos nombres compuestos, son la esencia en la vida de “Pachera”. Por ellos cada día se levanta a las 5:30, los baña y junto a Liliana les preparan el desayuno, antes de salir de su casa, en el barrio Socorro de Bogotá, a tomar la ruta hasta el taller de muebles, en Patio Bonito, donde hace trabajos en ciertas temporadas. No se rinde porque es consciente de que no puede ser inferior a la formación que le dio el padre.

Durante su vida en Medellín, al lado de otro tío, “Pachera” hizo una tecnología en el Sena y también se inscribió en una carrera musical en la Universidad Remington. Esta no la pudo terminar por falta de dinero. En la capital de Antioquia se le midió al trabajo callejero: vendió galletas en semáforos y ropa interior, de puerta en puerta.

Sin fatigarse ni perder la esperanza, decidió enfrentarse, en el 2003, a Bogotá, donde ha librado una batalla diaria y constante por su familia y sus sueños, como el de tener una orquesta y una escuela de música donde enseñe a otros jóvenes el amor por el arte musical del que surjan semilleros de cantantes.

Con todas las penas y alegrías, tiene un mensaje para las víctimas y lo expresa con la misma voz que le permite entonar las canciones que aspira escuchar en estaciones de radio:

“Sigan luchando, sean ustedes mismos. Yo me siento orgulloso de ser campesino porque creo que es lo mejor que me ha pasado. Tengo fe en que algún día esta guerra acabará y podremos estrecharnos la mano con los guerrilleros y los paramilitares para que podamos vivir en este paraíso que nos regaló Dios”. ■

Rafael Posso



## Rafael Posso: memoria, amor y reconciliación

Rafael esperó muchos años para llegar al perdón. Y hoy, una tarde de octubre, cuando han pasado 13 años desde la Masacre en Las Brisas (San Juan Nepomuceno, Bolívar) donde murieron 12 personas, 3 de las cuales eran sus familiares, está emocionado y nervioso porque al frente suyo hay un monumento que en nombre de las víctimas, y como parte de una diligencia judicial, mandaron construir, los postulados de Justicia y Paz, Über Enrique Bánquez, alias 'Juancho Dique' y Edward Cobos Téllez alias 'Diego Vecino'. Lo acompaña su hijo, José Alfredo, y está por llegar Liliana, su esposa. El niño, que no hace muchos días cumplió 11 años, lleva en su mano una rosa blanca que espera entregarle a uno de los desmovilizados en señal del perdón.

—'Diego Vecino', dice, pero Rafael lo corrige: — Para mí 'Diego Vecino' ya no existe, yo quiero conocer a Edward Cobos.

La pertenencia de 'Diego Vecino' al bloque Héroes de los Montes de María se conoció hacia 1999, dos años después de su creación, cuando tomaron el nombre de Bloque Sucre-Bolívar -según informes de la Comisión Nacional de Reconciliación-. Él era quien tenía el mando funcional, administrativo y económico, obviamente, bajo las órdenes Carlos Castaño y Salvatore Mancuso.

Sin embargo, estos acontecimientos pasan a un segundo plano al estar al pie del monumento que, según Rafael, "le devuelve a San Juan una parte de lo que nos quitaron, porque ellos, todos los muertos, eran campesinos honra-

bles, buenos, trabajadores, no eran colaboradores de grupos armados".

Rafael es campesino y tiene una chispa extraordinaria para conversar. Con 45 años de edad conserva sus tradiciones, y es, a pesar de haber salido del campo hace más de una década, un buen cultivador de ñame, domador de mulos y conocedor de caminos. Observa la obra de arte, al contraluz de la canícula, repasa los nombres grabados allí y enhebra con precisión cada episodio de su vida antes y después del 2000, cuando cayeron 12 campesinos y cerca de 200 familias salieron desplazadas, por temor a ser borradas de la faz de la tierra, del corregimiento de Mampuján y de las veredas Las Brisas, Pela el Ojo, Casingú y Aguas Blancas.

"En la masacre cayó tío, suegro, primos y cuñados. Ellos vivían en Botijuela, pero como la casa del abuelo era grande, luego se fueron para Las Brisas. Allí permanecían tío Joaquín, la señora Etelinda y las otras hermanas, Sandra, Martha y Liliana", comenta Rafael.

La tragedia de los Posso también fue su tragedia porque, más allá del lazo de sangre, eran como hermanos. Por eso, en medio del orgullo de haber logrado el monumento, no puede ocultar su nostalgia pues los dos muchachos tenían para él mucho significado:

"Sabes, esos dos pelados se levantaron conmigo. Te estoy hablando de José Joaquín Posso y Alfredo Luis Posso. Desde niños empezamos a compartir un tiempo. Allí todos nos dedicábamos al campo, y a pesar de que mi infancia fue en Botijuela, yo iba mucho a Las Brisas y allí empezamos a conocernos. Hasta en las vacaciones, que no eran vacaciones, porque nos tocaba trabajar. Hay muchas anécdotas, juntos, pero cómo olvidar que por ahí cerca había un señor que hacía panela y nosotros le ayudábamos a arriar los mulos, con la intención de que de recompensa nos diera el costre que quedaba; súmele a eso que estudié con ellos".

Si estos tres muchachos querían jugo de caña, lo obtenían en la misma finca, y si un día cualquiera su intención era ir al río, lo hacían sin problemas en las tranças, pequeños depósitos de agua que construían para convertirlos en verdaderas piscinas naturales.

"Solíamos también pescar moncholo, que es un pescado típico de esta zona, robusto, los dientes finitos y con la boca grande".

De repente, la gente empieza a sembrar junto al monumento algunas plantas que adornarán el sitio en adelante. Y Rafael vuelve a la escuela, a las charlas frecuentes con Alfredo Luis. Él era un muchacho entregado a la vida del campo y que, con apenas 29 años, ya había ganado algunas cosas:

"Alfredo solo estudió la primaria y medio año del bachillerato. Él me decía que el tiempo que iba a demorar era de 6 años, que mejor se ponía a conseguir su propia finca. El día que lo mataron, Alfredo ya tenía 29 reses: toros, vacas, terneros, un caballo de carreras y un burro especial, un burro prieto".

A diferencia de los burros que deambulan por todos los lugares en la región Caribe, los llamados 'burros prietos' son de color negro azabache. Los pobladores los consideran especiales pues esta raza tiene una fuerza asombrosa, al punto que los comparan con la fuerza de los mulos.

Llega Liliana, su prima y actual esposa. Rafael sonríe. "Nunca lo pensé en la vida. Yo siempre decía que con familia nada, pero me tocó callar porque me quedé con una prima hermana. Fue superior la belleza interna y física y la comprensión. Me ganó la idea de que mis cuñados fueran como mis hermanos, de que mi tío decía que prefería

que un conocido se quedara con ellas a que lo hiciera un desconocido".

La conoció cuando ella tenía 12 años y él se acercaba a los 18. La conquistó con su simpatía, su 'mamádera e gallo' -como dicen en la costa a las personas jocosas y de buen conversar-. Curiosamente, ser buen cultivador de ñame le valió para ganarse el afecto de su tío, que luego se convirtió en su suegro.

"Una de las formas en que los padres probaban a los yernos era poniéndolos a trabajar. Mi tío tenía una teoría: el ñame depende de la mano. No todo el que sembraba ñame se le daba. Y eso me dio muchísimos puntos, porque yo salí con buena mano. Un día dijo: 'De hoy en adelante nadie más me siembra el ñame sino tú'".

Su historia de amor ocurre en una vereda llamada Las Brisas. Claro que no fue color de rosa. Durante 6 años, Marta, la mayor de los Posso, estuvo distante de su primo 'Rafa', pero el liderazgo en beneficio de las víctimas los hizo unir. Ella comprendió que él era un buen prospecto para su hermana Liliana. También, pese a la buena relación con Alfredo y Joaquín, hubo ciertos roces el día en el que por primera vez, vieron a Rafael acariciar la mejilla de Liliana:

—Qué te está pasando —dijo Alfredo. —Nada, cálmate, ven, charlamos y te cuento, y si quieres a los puños, también te cuento —respondió Rafael.

Rafael junto a Gisel, su hija menor y Liliana, su esposa.



## Rafael es campesino y tiene una chispa extraordinaria para conversar. Con 45 años de edad conserva sus tradiciones, y es, a pesar de haber salido del campo hace más de una década, un buen cultivador de ñame, domador de mulos y conocedor de caminos.

Al recordar este pasaje, reflexiona sobre lo que pudo haber pasado si aquel muchacho, alto, fornido, fuerte, de pocas palabras y de carácter recio, hubiera optado por la segunda opción. A otro precio habría sido una pelea con José Joaquín, que era más delgado y bajito. Aunque en principio Etelinda no sintió la relación entre Rafael y Liliana, hoy en día comparte con su yerno ideas y proyectos: “Ninguno de los dos hace nada sin antes consultarnos mutuamente; hay una relación muy hermosa”.

A finales de 1988, Rafael terminó el bachillerato en el colegio de San Juan Nepomuceno y emprendió varias tareas para ganarse la vida, eso sí, sin desprenderse del campo.

“Terminé el bachillerato y me formé como Técnico Profesional en Manejo y Aprovechamiento de Bosques, después hice un diplomado en Auditoría Ambiental Comunitaria porque siempre, mira, yo te comento, todos los estudios que podíamos realizar era pensando en el campo”, comenta.

Capacitarse en esta área tiene todo el sentido en San Juan, dado que la región de Los Montes de María es una despensa agropecuaria, y es un paso obligado hacia otros centros económicos lo cual facilita el acceso al mar Caribe y a sus puertos. Allí sobresalen la producción de ñame, plátano y ganadería.

Por si fuera poco, en jurisdicción de San Juan Nepomuceno, al costado derecho, sobre la troncal de occidente que conduce a San Jacinto, se halla una importante reserva natural declarada por Naciones Unidas como Patrimonio Natural de la Humanidad conocida como Parque Los Colorados.

Debe su nombre al mono colorado, un animal que lo habita. La riqueza de esta reserva es inagotable, y son comunes

allí especies maderables como el guayacán, “carreto”, ceiba amarilla, palma de chontaduro, entre otras. Desde su creación, en 1977, la zona ha tenido fines educativos y científicos, pero con la incursión del bloque ‘Héroes y Mártires de los Montes de María’ sus 1.000 hectáreas de bosques tropicales se han visto amenazadas. Hoy, Rafael se encuentra en un cruce de sentimiento.

“Es algo que hoy le tengo miedo. Estamos luchando por el retorno y estamos luchando por el campo, pero en cierta forma todavía hay un miedo que se encierra”.

El amor entre Liliana y Rafael inició formalmente en la década del 90 en medio de un abanico de oportunidades.

“Ella se viene a estudiar, yo soy el tutor de ella, y eso ayuda un poco. Nos comprendimos, y por eso llegamos a los que somos hoy: una familia”.

Por supuesto, en una familia cristiana como la de los Posso, Etelinda no dio la bendición a Rafael, sino hasta el momento en el que se casaron por la Iglesia. Y así fue: el 25 de diciembre del 2001, en la parroquia central de San Juan Nepomuceno, dos primos vigorizaron su sangre, bebieron del beso sagrado -que a este punto tenía la pulcritud del cáliz- y contrajeron matrimonio.

Luego, Rafael tuvo que dejar su tierra por un tiempo, pero a diferencia de Efraín, su “María” ni enfermó ni cayó en lamentaciones que lo hicieran regresar. Lejos de casa se desempeñó como electricista y estudió electrónica. Su regreso tuvo relación con el grado de Liliana en la Normal, y la nueva labor de ella como docente en el sur de Bolívar.

Mucho de lo aprendido Rafael quiso llevarlo a San Juan, pero la falta de instrucción impedía que lo lograra.

“Nosotros queríamos compartir estas experiencias pero no teníamos cómo hacerlo. Comprendimos que había que organizarnos, entonces conseguimos 50 personas y le llevamos el listado al instructor y conseguimos que nos capacitaran, y es algo que nos ha servido para lo que queremos mostrar”.

Su hermano mayor, Efraín, trabajaba en La Mutual, una IPS de Cartagena y era amigo del gerente de la óptica Santa Lucía quien para la época montó una sucursal en San Juan. Allí surgió una nueva oportunidad laboral para él. “Necesitaban una secretaria y un carpintero. Yo era el carpintero y la secretaria, mi hermana Juliana”.

El espíritu de lucha de Rafael inició antes de la tragedia del 2000. Desde que trabajó en el gasoducto demostró valentía e ímpetu en la defensa de causas justas, aunque estas le costaran el empleo. “Recuerdo que nos pagaban \$3.000, y yo había leído que por derecho tenían que pagarnos \$9.000; lógicamente yo armé la protesta y cuando terminó, me echaron”.

Luego de ese episodio, y marcado por la valentía, decidió acompañar a Martha a la reuniones que apenas iniciaban en el proceso que hoy es un caso exitoso de reparación colectiva.

Ya se han sembrado 6 corales en el parque, planta originaria de América del Sur, que tiene en la punta de sus flores unidades reproductivas, de cuyo tallo enverdecido surgen flores bañadas entre el rojo y el carmín, y que es para ellos el símbolo de la vida en San Juan.

“El coral sembrado en el parque es muestra de la diversidad que tenemos en las veredas. Son de buen tamaño, porque la idea es que el jardín no tape el monumento. Por eso escogimos el coral, porque, como puede ver, es una

planta prodigiosa que siempre está florecida”, agrega Rafael.

Además, para él, el monumento significa ver a los campesinos como son: personas honorables, valiosas, que cortan el monte, cultivan la tierra, en fin, la síntesis del campesino.

Justo ahora, la mayor felicidad de Rafael está en brazos de su padre, quien balancea por el parque Olaya a su hija Gisel, de 15 meses. A cada paso se oye cómo el longevo la mira a los ojos y después de entonarle una canción de Alejo Durán, le dice: “Vamos niña, canta”. Y la pequeña solo sonríe. Su hijo, “el Campeón”, y Liliana, su “corazón”, completan su cuadro feliz:

“Ver a mi familia aquí, me llena de alegría. El único que no está es Yovani, porque anda trabajando en Barranquilla, pero usted no imagina cómo al ver estos niños en cierto modo ayuda a perdonar, porque quiere decir que la vida sigue y sigue en paz. Eso es lo que me da vida a mí -mientras observa el monumento-. Cuando pase por el parque, mi orgullo se va a poner a mil, pues no en todas partes se le hace un monumento al campesino”.

Una persona anuncia que Edward Cobos no irá. Rafael mira a Alfredo, lo abraza y susurra en su oído. Por ahora el niño pospone la entrega de la rosa blanca.

La masacre de Las Brisas y el desplazamiento en Mampuján son capítulos de todo un tratado sobre el horror paramilitar en los Montes de María, pero Rafael cree en la reparación de las víctimas y se ha convertido en símbolo de la reconciliación. Antes de devolverse a ese sector de su memoria en el que se instaló el terror que fragmentó las ilusiones en Las Brisas y Mampuján, prefiere desmalezar esos recuerdos, recordar las cosas positivas y atisbar los buenos tiempos que llegan.

“Tenemos la mejor comida del mundo: ñame espino, yuca, suero. Son el principal recurso económico de la zona, con muy buenas proteínas; si te fijas, nunca verás a los niños ‘pipones’, ni en huesos, siempre están bien”.

Y no se equivoca: en San Juan -aunque se desconoce perfectamente el origen del ñame-, se encuentran 20 variedades.

Han sido 12 años de lucha. Y llegará el tiempo en el que Rafael dé un paso al costado. Para ese momento anhela “vi-

vir en paz en la finca, en el campo, porque mis mejores vivencias fueron en mi infancia y así quiero que sea mi vejez”.

Mientras tanto, sabe que aún debe estar al frente del proceso de la reparación y que todavía hay valores por rescatar, como el tamarindo. A este árbol -referenciado en varias actividades e incluso fotografiadas por un talentoso reportero gráfico en el 2009-, le dieron durante una década la connotación de campamento guerrillero, cuando era, para la comunidad, un símbolo de unión.

“Allí compartíamos, con Mampuján y María La Baja, la compraventa y los intercambios culturales, deportivos y los productos. Para nosotros el tamarindo era una fiesta. Y queremos que esa connotación de campamento, muera”.

Igualmente, su deseo es que San Juan recupere su fortín productivo. “Es algo que realmente se merece esta región para comenzar de cero, aunque sea difícil. Queremos que la carga del campesino sea asegurada, que cuando salga el ñame, los campesinos vuelvan a tener sus remesas. A cambiar ñame por arroz”.

En medio de la tragedia de la familia Posso, Rafael se reencontró con un talento que tenía guardado desde la infancia. Así fue como decidió contar la masacre de Las Brisas, a través de 13 láminas, en medio del temor de abrir las heridas. “Empecé tarde a hacerlo, porque tenía miedo de que causara dolor, pero cuando lo hice fue como exorcizarlo, sanar el alma, madurar el duelo”.

Con los dibujos, Rafael se atrevió a construir parte de la memoria histórica, que se suma a otras iniciativas de memoria en los Montes de María, como el Colectivo de Comunicaciones o los telares de Mampuján, que bordan una historia contada desde la narrativa de los sobrevivientes.

“Yo quise comentarle a la comunidad mi vida y mis experiencias. Lo hago, no solo con dibujos, sino con poesía, canciones y décimas -estas últimas quedan siempre en el tintero-. La música, como el arte de dibujar, es algo que creció con él, incluso, fue una canción, la que selló el pacto de amor con Liliana. Justo ahora, suelta el lápiz de la memoria y baja del recuerdo una tonada: ‘Juntos hasta el final’:

Una hermosa tarde que llegaste tú / ahí brilló la estrella que me dio la luz. / Hoy somos felices, las flores no mueren

cuando estás conmigo. (...) y seremos muy felices toda una eternidad. (Bis)

La lucha de Rafael no ha sido en vano, y su liderazgo no encuentra linderos en las 12 víctimas de la masacre del 2000, va más allá, porque su propósito es la reparación integral de las casi 16.050 mil víctimas estimadas en este municipio, dentro de las cuales, el desplazamiento ocupa el índice más elevado, con cerca de 14.808 casos asociados, seguido de hechos relacionados con masacres y homicidios, cuya cifra asciende a 813, según datos oficiales en septiembre del 2013. Es un número elevado si se tiene en cuenta que en Bolívar hay 299.813 víctimas.

El proceso en San Juan avanza. Y esto satisface a Rafael, quien ve cómo las víctimas cada vez tienen más confianza en el Estado. El solo hecho de que entre el 2012 y septiembre del 2013, se hayan realizado 1.477 declaraciones, significa que las víctimas quieren reparación y tienen menos miedo que otrora.

Además, en cumplimiento de la Sentencia han sido indemnizadas 1344 víctimas, de las cuales, 699 son mujeres, 645, hombres y 74, niños, a quienes se les hicieron pagos a través de acuerdos con tutores o representantes legales. Estos giros se llevaron a cabo en Barranquilla, Bogotá, Cartagena y otras ciudades.

La Unidad para las Víctimas consolida el retorno colectivo de 117 familias de Mampuján viejo. Del mismo modo, el Gobierno lidera el proyecto de la escuela y el puesto de salud en este corregimiento, y se espera que la Unidad asuma los costos de diseño del acueducto comunitario.

La jornada en San Juan termina y la gente vuelve a casa. En un costado del parque Olaya hay doce campesinos en mulo. Vendrán nuevos días en esta dinámica de la reparación, que no cabe duda, será exitosa. Triunfará, como triunfó el amor de Rafael y Liliana.

El 28 de octubre del 2013 ambos sembraron una planta de coral en el jardín para, juntos, celebrar la vida, y en verdad que se trata de celebrar la vida, porque justo a dos metros, están Gisel y José Alfredo -sus hijos- y observan.

En total plantaron 12 corales que crecerán a la medida justa para adornar este monumento que se convirtió en símbolo de reconciliación en esa comunidad de San Juan y de los Montes de María. ■



Unidad para la **Atención**  
y **Reparación Integral**  
a las Víctimas

[www.unidadvictimas.gov.co](http://www.unidadvictimas.gov.co)

Bogotá **426 1111** • Línea Gratuita Nacional **018000 91 11 19**

Síguenos en



[www.flickr.com/photos/unidadvictimas](http://www.flickr.com/photos/unidadvictimas)



@UnidadVictimas



[youtube.com/upariv](http://youtube.com/upariv)



/unidadvictimas

 **PROSPERIDAD  
PARA TODOS**